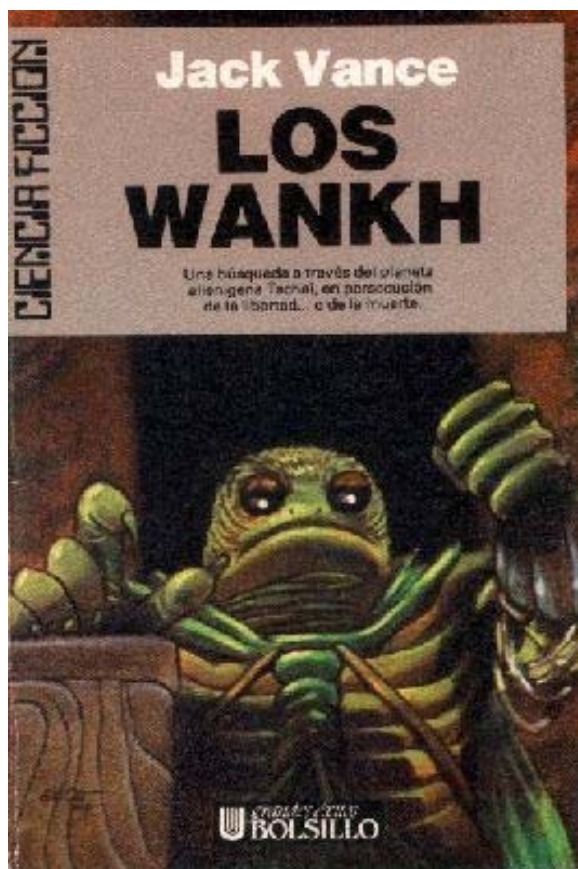


LOS WANKH



Ciclo de Tschai, el planeta de la aventura/2
Jack Vance

Título original: Servante of the Wankh

Traducción: Domingo Santos.

©1969 By Jack Vance

©1986 Ultramar Editores

Mallorca 49 - Barcelona

ISBN: 84-7386-391-7

Edición digital: Electronic_sapiens

R6 08/02

Prólogo

A doscientos doce años luz de la Tierra flotan la humosa estrella amarilla Carina 4269 y su único planeta Tschai. Al acudir a investigar la fuente de unas señales de radio recibidas en la Tierra, la nave Explorador IV fue destruida. Su único superviviente, el explorador estelar Adam Reith, fue rescatado, maltrecho, por Traz Onmale, joven jefe de los nómadas Emblemas.

Desde un principio, la más urgente finalidad de Adam Reith fue regresar a la Tierra, con la noticia de la existencia de Tschai y su extraño conglomerado de razas. En su búsqueda de una espacionave para tal fin se le unieron primero Traz, luego un tal Ankhe at afram Anacho, un Hombre-Dirdir fugitivo.

Reith no tardó en saber que Tschai había sido escenario de antiguas guerras entre tres razas extraplanetarias: los Dirdir, los Chasch y los Wankh. En la actualidad existía un incierto punto muerto, en el que cada raza mantenía su área de influencia, con las vastas tierras interiores abandonadas a los nómadas, fugitivos, bandidos, señores feudales y otras comunidades más o menos civilizadas. Indígenas de Tschai eran los solitarios Phung, y los Pnu-me, una raza furtiva que vivía en cavernas, túneles y pasadizos bajo las ciudades en ruinas que jalonaban el paisaje del planeta.

Cada una de las razas alienígenas había adoptado o esclavizado a los hombres, los cuales, a lo largo de miles de años, habían evolucionado hacia la correspondiente raza anfitriona, de tal modo que ahora existían los Hombres-Dirdir, los Hombres-Chasch, los Hombres-Wankh y los Pnumekin, además de las otras y más obvias poblaciones humanas.

Reith se sintió desde un principio maravillado ante la presencia de hombres en Tschai. Una tarde, en la posada del recinto para caravanas de la Estepa Muerta, el Hombre-Dirdir Anacho aclaró el asunto:

—Antes de que llegaran los Chasch, los Pnume gobernaban en todas partes. Vivían en poblados de pequeños domos, pero toda huella de esos poblados ha desaparecido. Ahora moran en cuevas y pasadizos bajo las viejas ciudades, y sus vidas son un misterio. Incluso los Dirdir consideran que trae mala suerte molestar a un Pnume.

—Entonces, ¿los Chasch llegaron a Tschai antes que los Dirdir? —inquirió Reith.

—Es bien sabido —dijo Anacho, maravillándose de la ignorancia de Reith—. Sólo un hombre de una provincia aislada... o de un mundo lejano, ignoraría el hecho. —Lanzó a Reith una mirada interrogadora—. Pero los primeros invasores fueron de hecho los Viejos Chasch, hará un centenar de miles de años. Diez mil años más tarde llegaron los Chasch Azules, procedentes de un planeta colonizado en una era anterior por los viajeros espaciales Chasch. Las dos razas Chasch lucharon por el dominio de Tschai, y apelaron a los Chasch Verdes como tropas de choque.

«Hace sesenta mil años llegaron los Dirdir. Los Chasch sufrieron grandes pérdidas hasta que los Dirdir llegaron en tan gran número que se volvieron vulnerables, a partir de cuyo momento se estableció un equilibrio. Las razas siguen siendo enemigas, con pocos intercambios entre ellas.

»En un tiempo comparativamente reciente, hace diez mil años, estalló una guerra espacial entre los Dirdir y los Wankh, y se extendió hasta Tschai, donde los Wankh construyeron fuertes en Rakh y en el sur de Kachan. Pero ahora la lucha es escasa, excepto alguna que otra escaramuza y emboscada. Cada raza teme a las otras dos y anhela la hora en que pueda eliminarlas y conseguir la supremacía. Los Pnume son neutrales y no toman parte en las guerras, aunque observan con interés y toman notas para su historia.

—¿Y qué hay de los hombres? —preguntó Reith con circunspección—. ¿Cuándo llegaron a Tschai?

—Los hombres —dijo el Hombre-Dirdir a su manera más didáctica— se originaron en Sibol y vinieron a Tschai con los Dirdir. Los hombres son tan plásticos como la cera, y algunos se metamorfosearon, primero en hombres de las marismas, luego, hace veinte mil años, en este tipo. —Y aquí Anacho señaló a Traz, que le devolvió una fulgurante mirada—. Otros, esclavizados, se convirtieron en Hombres-Chasch, Pnumekin, incluso Hombres-Wankh. Hay docenas de híbridos y razas extrañas. Existen multitud de variedades incluso entre los Hombres-Dirdir. Los Inmaculados son casi Dirdir puros. Otros exhiben menos refinamiento. Éste es el entorno que rodeó mi propia desafección: exigí prerrogativas que me fueron negadas, pero que adopté pese a todo...

Anacho siguió hablando, describiendo sus dificultades, pero la atención de Reith no estaba con él. Ahora resultaba claro cómo habían llegado los hombres a Tschai. Los Dirdir conocían el viaje espacial desde hacía más de setenta mil años. Durante este tiempo habían visitado evidentemente la Tierra, dos veces al menos. En la primera ocasión habían capturado una tribu de proto-mongoloides: la naturaleza aparente de los hombres de las marismas a los que había aludido Anacho. En la segunda ocasión —hacia veinte mil años, según Anacho— habían recogido un cargamento de proto-caucasianos. Esos dos grupos, bajo las especiales condiciones de Tschai, habían mutado, se habían especializado, habían vuelto a mutar, habían vuelto a especializarse, hasta producir la sorprendente diversidad de tipos humanos que podían hallarse en el planeta.

Acompañando la caravana que cruzaba la Estepa Muerta iban tres Sacerdotisas del Misterio Femenino y su cautiva: la Flor de Cath, por utilizar su nombre formal, o Ylin Ylan, su nombre de flor, o Derl, su nombre de amigo. Era una muchacha de notable belleza, de mediana estatura, exquisitamente formada si bien algo delgada, con un negro cabello que caía hasta sus hombros y una tez cremosa. Su rostro, en reposo, era pensativo, casi melancólico, como si sus aventuras le hubieran dado ocasión de desaliento, lo cual era posible. Reith se había sentido fascinado por ella a la primera mirada; a la segunda, había entrado en trance. Tomó a la muchacha bajo su protección y prometió cuidar de devolverla sana y salva a su hogar.

Así supo que desde Cath se habían originado las señales de radio que habían atraído a la Explorador IV a Tschai. Dos ciudades de Cath, Settra y Ballisidre, habían sido devastadas por torpedos, aparentemente como consecuencia de las señales de radio. Un torpedo había destruido a la Explorador IV. ¿Quién había lanzado los torpedos: qué personas, qué raza? Nadie sabía nada.

Reith confiaba en hallar en Cath las facilidades necesarias para construir una pequeña espacionave. Tras conseguir una plataforma volante en Pera, la Ciudad de las Almas Perdidas, Reith partió hacia el este, acompañado por Traz, Anacho el Hombre-Dirdir, y la Flor de Cath.

LOS WANKH

1

A tres mil kilómetros al este de Pera, sobre el corazón de la Estepa Muerta, la plataforma se estremeció, voló suavemente durante unos instantes, luego se estremeció de nuevo y osciló de una forma ominosa. Adam Reith miró alarmado hacia popa, luego echó a correr hacia el belvedere de control. Alzó la tapa de bronce, llena de volutas, del alojamiento, y miró entre los arabescos, adornos florales y sonrientes rostros infantiles que ocultaban casi maliciosamente el motor. Ankhe at afram Anacho, el Hombre-Dirdir, se le unió casi inmediatamente.

—¿Sabes qué es lo que ocurre? —preguntó Reith.

Anacho frunció su pálida nariz y murmuró algo acerca de un «anticuado cacharo Chasch» y «esa loca expedición en la que nos hemos metido». Reith, acostumbrado a las debilidades del Hombre-Dirdir, se dio cuenta de que era demasiado vanidoso como para admitir su ignorancia, demasiado desdeñoso para reconocer que unos conocimientos tan básicos se le escapaban.

La plataforma se estremeció de nuevo. Simultáneamente, les llegaron una serie de pequeños ruidos raspantes procedentes de una caja de madera negra situada a un lado del compartimiento del motor. Anacho le dió un imperioso golpe con los nudillos. Los gruñidos y estremecimientos cesaron.

—Corrosión —dijo Anacho—. La acción electromórfica a lo largo de un centenar de años o más. Creo que este motor es una copia del fracasado Heizakim Bursa, que los Dirdir abandonaron hará doscientos años.

—¿Podemos repararlo?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Apenas me atrevo a ponerle la mano encima.

Siguieron escuchando. El motor siguió funcionando sin ninguna otra pausa. Finalmente Reith bajó la tapa. Los dos hombres regresaron a proa.

Traz permanecía acurrucado en un rincón tras haber pasado toda la noche de guardia. En el asiento con su crujiente acolchado verde bajo la adornada linterna de proa se hallaba la Flor de Cath, con las piernas cruzadas, la cabeza apoyada en sus antebrazos, mirando hacia el este, hacia Cath. Llevaba así horas, el pelo flotando al viento, sin decirle nada a nadie. Reith encontraba su conducta desconcertante. En Pera no había dejado de sentir añoranza por Cath; no podía hablar de ninguna otra cosa excepto de la gracia y las comodidades del Palacio del Jade Azul, de la gratitud de su padre si Reith simplemente la devolvía a casa. Había descrito maravillosas fiestas, extravagancias, excursiones acuáticas, máscaras de acuerdo con la vuelta correspondiente del «rondó». («¿"Rondo"? ¿Qué significa "rondó"?», preguntó Reith. Ylin Ylan, la Flor de Cath, rió excitadamente. «¡Simplemente es la forma en que son las cosas y cómo se desarrollan! Todo el mundo debe saber y los listos anticipar: ¡por eso son listos! ¡Oh, es todo tan divertido!») Ahora que habían emprendido realmente el viaje a Cath, el humor de la Flor había cambiado. Se había vuelto pensativa, remota, y eludía todas las preguntas relativas a la fuente de su abstracción. Reith se alzó de hombros y se volvió. Su intimidad había llegado a un final: peor para los dos, se dijo a sí mismo. De todos modos, la pregunta seguía royéndole: ¿por qué? Su finalidad al volar a Cath era doble: primero, cumplir con la promesa que le había hecho a la muchacha; segundo, descubrir, o al menos eso esperaba, una base técnica que le permitiera la construcción de una nave espacial, no importaba lo pequeña o tosca que fuera. Si podía conseguir la cooperación del Señor del Jade Azul, mejor que mejor. De hecho, esta colaboración era una necesidad.

La ruta hasta Cath cruzaba la Estepa Muerta, al sur de las montañas Ojzanalai, luego hacia el nordeste a lo largo de la Estepa de Lok Lu, cruzando el Zhaarken o Páramo Salvaje, sobrevolando el estrecho de Achenkin hasta la ciudad de Nerv, luego al sur bajando por la costa de Charchan hasta Cath. Para la plataforma, fallar en cualquier punto del viaje antes de Nerv significaba el desastre. Como para subrayar este hecho, la plataforma sufrió una breve y única sacudida, luego siguió volando uniformemente.

Pasaron los días. Bajo ellos se deslizaba la Estepa Muerta, parda y gris a la lánguida luz de Carina 4269. Al atardecer cruzaron el gran río Yatl, y durante toda la noche volaron bajo la luna rosa Az y la luna azul Braz. Por la mañana aparecieron una serie de colinas bajas al norte, que fueron agrandándose poco a poco y creciendo en altura hasta convertirse en las Ojzanalai.

A media mañana aterrizaron en un pequeño lago para volver a llenar los tanques de agua. Traz se sentía intranquilo.

—Los Chasch Verdes están cerca. —Señaló a un bosque, a un par de kilómetros al sur—. Ocultos ahí, observándonos.

Antes de que los tanques estuvieran llenos, una horda de cuarenta Chasch Verdes, montados en caballos saltadores, surgieron del bosque. Ylin Ylan se mostró perversamente lenta en subir a la plataforma. Reith casi la izó a bordo; Anacho tiró de la palanca de elevación... quizá con demasiada brusquedad. El motor rateó; la plataforma cabeceó y osciló.

Reith corrió a popa, alzó la tapa del motor, puñeó la caja negra. El rateo cesó; la plataforma se alzó sólo unos metros por delante de los galopantes guerreros y sus espadas de tres metros. Los caballos saltadores se detuvieron, los guerreros apuntaron sus catapultas, y el aire se llenó de largas flechas de hierro. Pero la plataforma estaba ya a más de cien metros de altura; una o dos de las flechas golpearon contra el casco al límite de su trayectoria y cayeron.

La plataforma, estremeciéndose espasmódicamente, se desvió hacia el este. Los Chasch Verdes partieron en su persecución; la plataforma, rateando, balanceándose, estremeciéndose y ocasionalmente picando de proa, fue dejándolos gradualmente atrás.

El movimiento empezó a hacerse intolerable. Reith golpeó la caja negra de nuevo, sin conseguir ningún efecto aparente esta vez.

—Vamos a tener que repararla —le dijo a Anacho.

—Podemos intentarlo. Pero antes debemos aterrizar.

—¿En la estepa? ¿Con esos Chasch Verdes detrás nuestro?

—No podemos seguir en el aire. Traz señaló hacia el norte, a una sucesión de colinas que morían en una serie de aislados oteros.

—Mejor que nos posemos sobre uno de esos montes de cima plana.

Anacho condujo la plataforma hacia el norte, provocando oscilaciones aún más alarmantes; la proa empezó a girar como un excéntrico juguete.

—¡Aguanta! —gritó Reith.

—Dudo que podamos alcanzar ese primer otero —murmuró Anacho.

—¡Intenta el siguiente! —chilló Traz. Reith vio que el segundo de los oteros, con escarpadas paredes verticales, era claramente mejor que el primero... si la plataforma podía mantenerse en el aire hasta allí.

Anacho redujo la velocidad a un mero planeo. La plataforma se bamboleó cruzando el espacio hacia el segundo otero y se posó. La ausencia de movimiento fue como el silencio tras el ruido.

Los viajeros descendieron de la plataforma, con los músculos rígidos por la tensión. Reith miró en torno, disgustado: era difícil imaginar un lugar más desolado que aquél, a ciento cincuenta metros por encima del centro de la Estepa Muerta. Demasiado para sus esperanzas de un billete tranquilo hasta Cath.

Traz se acercó al borde del otero y miró por encima del farallón.

—Puede que podamos bajar.

La unidad de supervivencia que Reith había recuperado de la estrellada lanzadera incluía una pistola de proyectiles, una célula de energía, un telescopio electrónico, un cuchillo, antisépticos, un espejo, trescientos metros de fuerte cuerda.

—Podemos bajar —dijo Reith—. Pero yo preferiría volar. —Se volvió hacia Anacho, que examinaba lúgubrementemente la plataforma—. ¿Crees que podemos repararla?

Anacho se frotó sus largas y blancas manos, disgustado.

—Tienes que darte cuenta de que mi entrenamiento en estos asuntos no es muy completo.

—Muéstrame qué va mal —dijo Reith—. Puede que yo consiga arreglarlo.

El rostro de bufón de Anacho pareció hacerse aún más largo. Reith era la refutación viviente de sus más queridos axiomas. Según la ortodoxia de la doctrina Dirdir, los Dirdir y los Hombres-Dirdir habían evolucionado juntos en un mismo huevo primigenio en el mundo natal Dirdir de Sibol; los únicos hombres auténticos eran los Hombres-Dirdir; todos los demás eran fenómenos. Anacho encontraba difícil reconciliar la competencia de Reith

con sus preconcepciones, y su actitud era un curioso compuesto de envidiosa desaprobación, renuente admiración y hosca lealtad. Ahora, en vez de permitir que Reith demostrara sus cualidades en otro aspecto, se apresuró a popa de la plataforma y metió su largo y pálido rostro de payaso en la abertura del motor.

La superficie del otero estaba completamente desprovista de vegetación con pequeños canales de erosión aquí y allá, medio llenos de gruesa arena. Ylin Ylan vagó melancólicamente de un lado para otro. Llevaba los pantalones y la blusa grises de los moradores de la estepa, con una chaquetilla de terciopelo negro; su calzado, negro también, era el primero en hollar las irregulares rocas grises del otero, pensó Reith... Traz estaba mirando hacia el oeste. Reith se le unió en el borde de la roca. Estudió la deprimente estepa, pero no vio nada.

—Los Chasch Verdes —dijo Traz—. Saben que estamos aquí.

Reith escrutó de nuevo la estepa, desde las negras y bajas colinas al norte hasta la bruma del sur. No pudo ver ningún asomo de movimiento, ninguna columna de polvo. Extrajo su sondoscopio, un fotomultiplicador binocular, y examinó nuevamente el paisaje gris amarronado. Entonces vio los saltarines puntos negros, como pulgas.

—Están ahí fuera, sí.

Traz asintió sin gran interés. Reith sonrió, divertido como siempre por la sombría sabiduría del muchacho. Se dirigió a la plataforma.

—¿Cómo van las reparaciones?

La respuesta de Anacho fue un irritado movimiento de brazos y hombros.

—Míralo por ti mismo.

Reith se inclinó y observó la caja negra, que Anacho había abierto, dejando al descubierto una intrincada masa de pequeños componentes.

—El tiempo y la corrosión han hecho su trabajo —dijo Anacho—. Espero poder introducir metal nuevo aquí y aquí. —Señaló—. Lo cual constituye un problema importante, sin herramientas adecuadas.

—Entonces, ¿no podremos seguir el viaje esta noche?

—Quizá mañana al mediodía.

Reith dio un rodeo por la periferia del otero, una distancia de trescientos o cuatrocientos metros, y se sintió algo tranquilizado. Las paredes eran verticales por todas partes, con amontonamientos de rocas en su base, llena de grietas y oquedades. No parecía haber ningún método sencillo de escalar las paredes, y dudaba de que los Chasch Verdes se tomaran tanto trabajo por el placer trivial de masacrar a unos cuantos hombres.

El viejo sol ambarino brillaba bajo en el oeste; las sombras de Reith, Traz e Ylin Ylan se tendían largas cruzando la parte superior del otero. La muchacha dejó de contemplar hacia el este. Miró a Traz y Reith por un momento, luego, lentamente, casi de forma reluciente, cruzó la arenosa superficie y se reunió con ellos.

—¿Qué es lo que estáis mirando?

Reith señaló. Los Chasch Verdes a lomos de sus caballos saltadores eran visibles ahora a ojo desnudo: oscuras motas brincando en saltos que parecían capaces de descoyuntar los huesos.

Ylin Ylan inspiró profundamente.

—¿Vienen a por nosotros?

—Imagino que sí.

—¿Podemos luchar contra ellos? ¿Y nuestras armas?

—Tenemos los lanzaarena en la plataforma. Si suben al otero después del anochecer pueden causar algún daño. Durante el día no necesitamos preocuparnos.

Los labios de Ylin Ylan temblaron. Cuando habló, su voz fue casi inaudible.

—Si alguna vez regreso a Cath, me ocultaré en la gruta más alejada del jardín del Jade Azul y nunca más apareceré. Si regreso alguna vez.

Reith pasó un brazo en torno a su cintura: estaba rígida y reacia.

—Por supuesto que regresarás, y reanudarás tu vida allá donde la dejaste.

—No. Puede que ya haya alguna otra Flor de Cath; habrá sido bien recibida... siempre que haya elegido otra flor distinta al Ylin Ylan para su bouquet.

El pesimismo de la muchacha desconcertó a Reith. Había soportado con estoicismo todas las pruebas anteriores; ahora, con perspectivas de regresar a casa, se había vuelto taciturna. Reith lanzó un profundo suspiro y se alejó.

Los Chasch Verdes estaban ya a menos de un par de kilómetros de distancia. Reith y Traz retrocedieron para no llamar la atención en caso de que los Chasch no se hubieran dado cuenta de su presencia allí. La esperanza se disolvió muy pronto. Los Chasch Verdes llegaron a la carrera a la base del otero, desmontaron y se quedaron contemplando la pared del farallón. Reith, mirando por encima del borde, contó cuarenta y tres criaturas. Su altura iba de los dos metros a los dos metros y medio, fornidos y de recios miembros, con escamas verde metálico parecidas a las de un pangolín. Bajo la protuberancia frontal de su cráneo sus rostros eran pequeños y, a los ojos de Reith, como el rostro de un insecto feroz visto bajo una lente de aumento. Llevaban delantales de cuero y arneses en los hombros; iban armados con espadas que, como todas las espadas de Tschai, parecían largas y poco manejables, y éstas, de dos y medio y tres metros de largo, aún más. Algunos de ellos iban armados con catapultas; Reith se echó hacia atrás para evitar alguna flecha. Miró a su alrededor en busca de rocas que dejar caer por la pared del otero, pero no encontró ninguna.

Algunos de los Chasch cabalgaron rodeando el otero, examinando sus paredes. Traz corrió a lo largo de su periferia, manteniéndolos vigilados.

Todos regresaron al grupo principal, donde se quedaron murmurando y rezongando. Reith tuvo la impresión de que no se sentían muy entusiasmados a escalar la pared del otero. Montaron el campamento, ataron sus caballos saltadores, y les metieron trozos de una sustancia oscura y pegajosa en sus pálidas fauces. Encendieron tres fuegos, sobre los que hirvieron trozos de la misma sustancia con la que habían alimentado a los caballos saltadores, y finalmente se sentaron sobre pequeños montículos en forma de sapo y devoraron alegremente el contenido de sus calderos. El sol disminuyó en intensidad tras la neblina occidental y desapareció. Un crepúsculo ocre invadió la estepa. Anacho bajó de la plataforma y observó a los Chasch Verdes.

—Zants Inferiores —murmuró—. ¿Ves las protuberancias a cada lado de sus cabezas? Así se distinguen de los Grandes Zants y las demás hordas. Ésos no revisten gran importancia.

—A mí me parecen lo bastante importantes —dijo Reith.

De pronto Traz se agitó y señaló. De una de las hendiduras entre dos prominencias rocosas apareció de pronto una alta y oscura sombra.

—¡Un Phung!

Reith miró a través del sondoscopio y vio que la sombra era efectivamente un Phung. De dónde había surgido era ya otro asunto.

Tenía casi dos metros y medio de altura, y cubierto con su amplio y blando sombrero negro y su capa también negra parecía una gigantesca langosta con toga magistral.

Reith estudió su rostro, observando los lentos movimientos de las placas quitinosas en torno a la parte inferior de la cara. Miraba a los Chasch Verdes con una meditativa indiferencia mientras éstos permanecían inclinados sobre sus calderos a menos de diez metros de distancia.

—Están locos —susurró Traz con los ojos brillantes—. ¡Mira, va a hacer alguno de sus trucos! El Phung bajó sus largos y delgados brazos, alzó una roca de regular tamaño y la lanzó por el aire en una alta curva. La roca cayó entre los Chasch, golpeando a uno de ellos en su robusta espalda.

Los Chasch Verdes saltaron como movidos por resortes, mirando con ojos furiosos hacia la parte superior del otero. El Phung se mantuvo inmóvil, perdido entre las sombras. El Chasch que había sido golpeado estaba tendido boca abajo en el suelo, agitando brazos y piernas de una forma convulsivamente natatoria.

El Phung alzó hábilmente otra roca de respetables dimensiones y la lanzó alta por el aire, pero esta vez los Chasch vieron el movimiento. Lanzando chillidos de furia, agarraron sus espadas y se lanzaron contra él. El Phung dio un tranquilo paso hacia un lado; luego, con un majestuoso floreo de su capa, arrancó una espada de manos de sus enemigos y la esgrimió como si fuera un palillo para los dientes, volteándola, sajando, pinchando, cortando alocadamente con ella, al parecer sin plan ni dirección. Los Chasch se dispersaron; algunos quedaron tendidos en el suelo, y el Phung siguió saltando de un lado para otro, cortando y pinchando sin discriminación: los Chasch Verdes, el fuego, el aire, como un juguete mecánico fuera de control.

Tomando mil precauciones, los Chasch Verdes volvieron al ataque, agitando en todas direcciones sus hojas. El Phung arrojó su espada, y en un momento fue hecho trizas. La cabeza voló separada del torso y aterrizó en el suelo a tres metros de uno de los fuegos, con el blando sombrero negro aún en su sitio. Reith observó la escena a través del sondoscopio. La cabeza parecía consciente y absolutamente despreocupada. Los ojos contemplaban el fuego; las placas de su boca seguían moviéndose lentamente.

—Vivirá durante días, hasta que se seque —dijo Traz con voz ronca—. Se irá endureciendo gradualmente.

Los Chasch no prestaron mayor atención a la criatura, sino que ensillaron inmediatamente sus caballos saltadores. Cargaron sus cosas, y cinco minutos más tarde se habían hundido en las sombras. La cabeza del Phung siguió rumiando ante las vacilantes llamas.

2

Durante un tiempo los tres hombres permanecieron observando la estepa desde el borde del precipicio. Traz y Anacho iniciaron una discusión acerca de la naturaleza de los Phung. Traz afirmaba que eran el producto de una unión innatural entre los Pnumekin y los cadáveres de los Pnume.

—El semen penetra en la carne en descomposición como un gusano en la madera, y finalmente rompe la piel y surge como un joven Phung, no muy diferente de un miembro calvo de las jaurías de la noche.

—¡Una idiotez absoluta, muchacho! —dijo Anacho con divertida condescendencia—. Seguramente se reproducen como los Pnume: un proceso sorprendente en sí, si lo que he oído al respecto es cierto.

Traz, no menos orgulloso que el Hombre-Dirdir, se volvió incisivo.

—¿Cómo puedes hablar con tanta seguridad? ¿Has observado el proceso? ¿Has visto a un Phung con otros de su especie, o cuidando de uno de sus pequeños? —Hizo una mueca burlona—. ¡No! ¡Siempre van solos, están demasiado locos para procrear!

Anacho agitó un dedo en un gesto irritadamente didáctico.

—Los Pnume raramente son vistos en grupos; de hecho, raramente los vemos solos tampoco. Y sin embargo se reproducen, a su manera peculiar. Las generalizaciones apresuradas suelen ser sospechosas. La verdad es que tras muchos y largos años en Tschai, seguimos sabiendo muy poco tanto de los Phung como de los Pnume.

Traz dejó escapar un gruñido inarticulado, demasiado sensato como para no aceptar lo convincente de la lógica de Anacho, demasiado orgulloso como para abandonar abyectamente su punto de vista. Y Anacho, a su vez, no hizo ningún intento de

aprovechar aquella ventaja inicial. A su debido tiempo, pensó Reith, era posible que aprendieran a respetarse mutuamente.

Por la mañana Anacho volvió a trastear con el motor, mientras los otros temblaban al frío aire que soplaba del norte. Traz predijo lúgubrementemente lluvia, y de hecho el cielo empezó a cubrirse y la niebla descendió sobre las cimas de las colinas al norte.

Finalmente Anacho arrojó con disgusto las herramientas a un lado.

—He hecho lo que he podido. La plataforma volará, pero no hasta muy lejos.

—¿Hasta cuán lejos, según tu opinión? —preguntó Reith, dándose cuenta de que Ylin Ylan se había vuelto para escuchar—. ¿Hasta Cath?

Anacho agitó las manos, haciendo que sus dedos aletearan en una intraducible gesticulación Dirdir.

—Imposible llegar hasta Cath por la ruta que tú habías proyectado. El motor está convirtiéndose en polvo.

Ylin Ylan miró hacia otro lado, estudió sus crispadas manos.

—Volando hacia el sur, puede que alcancemos Coad sobre el Dwan Zher —prosiguió Anacho—, y allí tomar pasaje para cruzar el Draschade. Esa ruta es más larga y más lenta... pero es concebible que por ella lleguemos hasta Cath.

—Parece que no tenemos elección —dijo Reith.

Durante un cierto tiempo siguieron hacia el sur el curso del enorme río Nabiga, viajando tan sólo a unos pocos metros por encima de la superficie, de modo que las placas repulsoras sufrieran la menor tensión posible. El Nabiga giró luego hacia el oeste, marcando el límite natural entre la Estepa Muerta y la Estepa de Amán, y la plataforma siguió hacia el sur cruzando una región inhóspita de lúgubres bosques, pantanos y marismas; y un día más tarde volvieron a la estepa. En una ocasión vieron una caravana en la distancia: una hilera de carromatos de altas ruedas y bamboleantes carros vivienda; otra vez pasaron sobre una banda de nómadas que llevaban sobre sus hombros rojos fetiches de plumas y se lanzaron al galope por la estepa con la intención de interceptarlos, sólo para verse distanciados gradualmente.

A última hora de la tarde ascendieron dificultosamente un amontonamiento de colinas marrones y negras. La plataforma se estremeció y osciló; la caja negra emitió ominosos sonidos raspantes. Reith volaba bajo, a veces rozando incluso las copas de los negros helechos arborescentes. La plataforma se deslizó coronando la cima de las elevaciones, y tropezó de frente con un campamento de cabrioleantes criaturas vestidas con voluminosas ropas blancas, aparentemente hombres. Echaron a correr y se arrojaron al suelo, luego chillaron ultrajados y dispararon sus mosquetones contra la plataforma, cuya errante trayectoria ofrecía un blanco difícil.

Volaron durante toda la noche sobre un denso bosque, y por la mañana el paisaje seguía siendo el mismo: una prieta alfombra negra, verde y marrón cubriendo la Estepa de Amán hasta el límite de la visión, aunque Traz declaró que la estepa terminaba en las colinas, y que debajo de ellos lo que se deslizaba ahora era el Gran Bosque de Daduz. Anacho le contradijo condescendentemente y, desplegando un mapa, señaló varias indicaciones topográficas con su largo dedo blanco para demostrar su punto de vista.

El cuadrado rostro de Traz se volvió testarudo y hosco.

—Éste es el Gran Bosque de Daduz: en dos ocasiones, llevando el Onmale con los Emblemas, conduje a la tribu hasta aquí en busca de hierbas y tintes.

Anacho apartó el mapa a un lado.

—Eso no cambia nada —observó—. Estepa o bosque, tiene que ser atravesado. —Miró hacia popa cuando el motor emitió un ruido desacostumbrado—. Creo que lograremos llegar a las afueras de Coad, ni un kilómetro más, y cuando alcemos la tapa no encontraremos otra cosa que un montón de herrumbre.

—¿Pero alcanzaremos Coad? —preguntó Ylin Ylan con voz incolora.

—Eso creo. Solamente faltan trescientos kilómetros. Ylin Ylan pareció momentáneamente alegre.

—¡Qué diferente de antes —exclamó—, cuando llegué a Coad cautiva de las sacerdotisas! —El pensamiento pareció deprimirla, y quedó pensativa una vez más.

Se acercaba la noche. Coad estaba todavía a ciento cincuenta kilómetros de distancia. El bosque se había reducido a una sucesión de inmensos árboles negros y dorados, con extensiones intermedias de hierba en las que pastaban hordas de achaparrados animales de seis patas con relucientes colmillos y cuernos. Aterrizar de noche era difícilmente realizable, y a Reith no le importaba llegar a Coad a la mañana siguiente, en lo cual Anacho era de la misma opinión. Detuvieron el movimiento de la plataforma, la ataron a la copa de un árbol, y flotaron sobre sus repulsores para pasar la noche.

Tras la cena, la Flor de Cath se dirigió a su cabina en la parte de atrás del salón; Traz, tras estudiar el cielo y escuchar los sonidos de los animales a sus pies, se envolvió en sus ropas y se tendió sobre uno de los divanes.

Reith se reclinó contra la barandilla observando cómo la luna rosa, Az, alcanzaba el cenit justo en el mismo momento en que la luna azul, Braz, surgía de detrás del follaje de un alto y lejano árbol.

Anacho se situó a su lado.

—Bien, ¿cuáles son tus pensamientos para mañana?

—No sé nada de Coad. Supongo que lo mejor será preguntar acerca de los medios de transporte disponibles para cruzar el Draschade.

—¿Sigues con la intención de acompañar a la mujer hasta Cath?

—Por supuesto —dijo Reith, ligeramente sorprendido.

Anacho silbó entre dientes.

—Lo único que tienes que hacer es meter a la mujer de Cath en un barco; no necesitas ir tú mismo.

—Cierto. Pero no tengo ninguna intención de quedarme en Coad.

—¿Por qué no? Es una ciudad que incluso los Hombres-Dirdir visitan de tanto en tanto. Si tienes el dinero necesario puedes comprar cualquier cosa en Coad.

—¿Incluso una espacionave?

—Difícil... Parece que persistes en tu obsesión.

Reith se echó a reír.

—Llámalo como quieras.

—Admito mi perplejidad —prosiguió Anacho—. La explicación más plausible, y la que te animo a que aceptes, es que eres un amnésico, y que te has fabricado subconscientemente una fábula para explicar tu propia existencia. La cual, por supuesto, crees fervientemente que es cierta.

—Razonable —admitió Reith.

—Pero quedan aún una o dos circunstancias extrañas —prosiguió pensativo Anacho—. Los notables artilugios que llevas contigo: tu telescopio electrónico, tu arma de energía, otros adminículos. No puedo identificar su artesanía, aunque es equivalente a la del buen equipamiento Dirdir. Supongo que debe proceder del planeta natal Wankh; ¿estoy en lo cierto?

—Siendo como soy un amnésico, ¿cómo quieres que lo sepa?

Anacho lanzó una seca risita.

—¿Y sigues con la intención de ir a Cath?

—Por supuesto. ¿Y tú, qué piensas hacer? Anacho se alzó de hombros.

—Un lugar es tan bueno como cualquier otro, desde mi punto de vista. Pero dudo que te des cuenta de lo que te espera en Cath.

—No sé nada de Cath —dijo Reith—, excepto lo que he oído. Al parecer, la gente de allá es civilizada.

Anacho se alzó nuevamente de hombros, esta vez condescendiente.

—Son Yao: una raza fervientemente adicta al ritual y a la extravagancia y propensa a los excesos de temperamento. Puede que encuentres difícil adaptarte a lo intrincado de la sociedad de Cath.

Reith frunció el ceño.

—Espero que no sea necesario. La muchacha me ha prometido la gratitud de su padre, lo cual tiene que simplificar el asunto.

—Formalmente, existirá esa gratitud. De eso estoy seguro.

—¿Formalmente? ¿No realmente?

—El hecho de que tú y la muchacha hayáis establecido un arreglo erótico constituye, por supuesto, una complicación.

Reith sonrió ácidamente.

—El «arreglo erótico» ha seguido su curso y ha desaparecido en el horizonte desde hace tiempo. —Miró hacia las cabinas—. Francamente, no comprendo a la muchacha. Parece realmente alterada por la perspectiva de regresar a su casa.

Anacho escrutó la oscuridad.

—¿Tan ingenuo eres? Evidentemente teme el momento en que deba respaldarnos a los tres ante la sociedad de Cath. Se hubiera sentido terriblemente contenta si la hubieras enviado a su casa sola.

Reith lanzó una amarga carcajada.

—En Pera cantaba una canción muy distinta. No dejaba de suplicarme que volviéramos a Cath.

—Entonces la posibilidad era remota. Ahora tiene que enfrentarse a la realidad.

—¡Pero esto es absurdo! Traz es como es. Tú eres un Hombre-Dirdir, de lo cual no tienes por qué avergonzarte...

—No hay dificultad en ninguno de estos casos —afirmó el Hombre-Dirdir con un elegante floreo de sus dedos—. Nuestros papeles son inmutables. Tu caso es diferente; y puede que fuera mejor para todos que enviases a la muchacha a su casa por su cuenta.

Reith contempló el mar de copas de árboles iluminado por la luz de las lunas. La opinión, asumiendo su validez, distaba mucho de ser lúcida, y presentaba también un dilema. Evitar Cath era renunciar a su mejor posibilidad de conseguir una nave espacial. La única alternativa entonces sería robar una, de los Dirdir, o de los Wankh, o, y esa era la perspectiva menos atrayente de todas, a los Chasch Azules: en resumen, una perspectiva capaz de ponerle a uno nervioso...

—¿Por qué tengo que ser yo menos aceptable que tú o Traz? ¿Debido al «arreglo erótico»?

—Por supuesto que no. Los Yao se preocupan más por la teoría que por la práctica. Me sorprende esa falta de discernimiento por tu parte.

—Culpa de ello a mi amnesia —dijo Reith. Anacho se alzó de hombros.

—En primer lugar, y posiblemente debido a tu «amnesia», no tienes ninguna cualidad, ningún papel, ningún lugar en el «rondó» de Cath. Como inclasificable, constituyes una distracción, un animal zizyl en medio de un salón de baile. En segundo lugar, y más importante, están tus actitudes, que no encajan con el buen tono en el Cath contemporáneo.

—¿Te refieres con ello a mi «obsesión»?

—Desgraciadamente, es algo similar a un movimiento histérico que distinguió un ciclo anterior del «rondó» —dijo Anacho—. Hace ciento cincuenta años, una camarilla de Hombres-Dirdir fueron expulsados de las academias de Eliasir y Anismna por el crimen de promulgar fantasías. Introdujeron sus creencias en Cath, y estimularon una moda tendenciosa: la Sociedad de los Anhelantes Refluxivos, o el «culto». Sus artículos de fe desafiaban el hecho establecido. Se afirmaba que todos los hombres, Hombres-Dirdir y subhombres eran inmigrantes de un lejano planeta en la constelación de Clari: un paraíso donde las esperanzas de la humanidad se habían visto realizadas. El entusiasmo hacia el

«culto» galvanizó Cath; se construyó un radiotransmisor y se proyectaron señales hacia Clari. Toda esa actividad fue detectada en algún lugar; alguien envió torpedos que devastaron Settra y Ballisidre. Normalmente se hace responsable de ello a los Dirdir, pero esto es absurdo; ¿por qué iban a tomarse todos esos problemas? Te aseguro que se hallan demasiado distanciados de todas estas cosas, se sienten demasiado poco interesados.

«Fueran quienes fuesen los agentes, el destino se cumplió. Settra y Ballisidre fueron arrasadas. El «culto» quedó desacreditado; los Hombres-Dirdir fueron expulsados; el «rondó» volvió a la ortodoxia. Incluso ahora la mención del «culto» es considerada una vulgaridad, y aquí llegamos a tu caso. A todas luces, tú has conocido y asimilado el dogma del «culto»; se manifiesta claramente en tus actitudes, tus actos, tus metas. Pareces incapaz de distinguir los hechos de la fantasía. Si me permites que te lo exponga claramente, te hallas tan desorientado en este aspecto como para sugerir que sufres desórdenes psíquicos.

Reith cerró la boca reprimiendo una alocada risa; aquello no haría más que reforzar las dudas de Anacho respecto a su cordura. Una docena de observaciones brotaron a la punta de su lengua; las refrenó. Finalmente dijo:

—Sea como sea, aprecio tu franqueza.

—No tiene importancia —dijo serenamente el Hombre-Dirdir—. Espero haber aclarado la naturaleza de las aprensiones de la muchacha.

—Sí —dijo Reith—. Como tú, ella me considera un lunático.

El Hombre-Dirdir miró la luna rosa, Az, y parpadeó.

—Mientras se mantuvo fuera del «rondó», en Pera y en los demás lugares, se permitió algunas concesiones. Pero ahora el regreso a Cath es inminente... —No dijo nada más, y se dirigió a su camastro en el salón.

Reith se dirigió al puesto de vigía de proa, bajo la gran linterna delantera. Un frío sople de viento abofeteó su rostro; la plataforma derivaba lánguidamente atada a la copa del árbol. Del suelo llegó un furtivo crujir de pasos. Reith escuchó; se detuvieron, luego siguieron adelante y se desvanecieron bajo los árboles. Reith alzó la vista hacia el cielo donde la rosada Az y la azul Braz se perseguían. Miró hacia atrás, hacia donde dormían sus camaradas: un joven perteneciente a los nómadas Emblemas, un hombre con rostro de payaso que había evolucionado hacia una raza de desmañados alienígenas, y una hermosa muchacha Yao que le creía loco. A sus pies sonaron nuevos rumores de pisadas. Quizá sí que estuviera realmente loco...

Por la mañana Reith había recobrado su ecuanimidad, y fue capaz incluso de hallar un cierto humor grotesco en la situación. No se le había ocurrido ninguna buena razón para cambiar sus planes, y la plataforma aérea siguió su renqueante camino hacia el sur como antes. El bosque se redujo a matorrales y dejó paso a aisladas plantaciones y terrenos de pastos, cabañas, torres de vigía contra la aproximación de nómadas, algún camino ocasional lleno de rodadas. La plataforma desplegó una inestabilidad aún más acusada, con una irritante tendencia de caer de popa. A media mañana surgió ante ellos una línea de bajas colinas, y la plataforma se negó a ascender los menos de cien metros necesarios para rebasarlas. Afortunadamente apareció un paso, que la plataforma cruzó bamboleándose con menos de tres metros de margen.

Ante ellos se abrían el Dwan Zher y Coad: una compacta ciudad con apariencia de una asentada antigüedad. Las casas estaban construidas con maderos castigados por la intemperie, y mostraban enormes y picudos techos con una multitud de pronunciados gabletes, excéntricas cornisas, buhardillas y altas chimeneas. Había ancladas una docena de embarcaciones, y otras tantas estaban amarradas al otro lado del puerto, frente a la hilera de oficinas de los consignatarios. Al norte de la ciudad estaba la terminal de caravanas, junto a un largo recinto rodeado de hostelerías, tabernas y almacenes. El

recinto parecía un lugar adecuado para posar la plataforma; Reith dudaba de que pudiera sostenerse en el aire otros diez kilómetros.

La plataforma cayó primero de popa; los repulsores lanzaron un tartajoso gruñido y callaron con una significativa sensación de algo definitivo.

—Bien —dijo Reith—, me alegro de que hayamos podido llegar.

El grupo tomó su escaso equipaje, desembarcó, y dejó la plataforma allá donde había aterrizado.

Al final del recinto Anacho hizo algunas indagaciones con un mercader de estiércol y recibió la indicación de que el Gran Continental era la mejor de las hostelerías de la ciudad.

Coad era una ciudad activa. A lo largo de las atestadas calles, a la luz ambarina del sol o fuera de ella, se movían hombres y mujeres de muchas clases y colores: isleños amarillos e isleños negros; comerciantes de cortezas horasianos envueltos en ropas grises; caucasoides como Traz de la Estepa de Aman; Hombres-Dirdir e híbridos de Hombres-Dirdir; sieps enanos de las laderas orientales de las Ojzanalai que tocaban música por las calles; algunos hombres blancos de planos rostros del lejano sur de Kislovan. Los nativos, o tans, eran una gente amable de zorruno rostro con anchos y relucientes pómulos, barbillas puntiagudas, pelo rojizo o castaño oscuro cortado en flequillo en las orejas y frente. Sus ropas habituales eran pantalones hasta las rodillas, chaquetillas bordadas, redondos sombreros negros en forma de tarta. Eran numerosos los palanquines, conducidos por hombres bajos y robustos con narices curiosamente largas y recio pelo negro en punta: al parecer una raza aparte. Reith no los vio dedicarse a ninguna otra ocupación. Más tarde supo que eran nativos de Grenie, en la embocadura del Dwan Zher.

Reith creyó captar el atisbo de un Dirdir en un balcón, pero no pudo estar seguro. En una ocasión Traz sujetó su brazo y le señaló a un par de delgados hombres con unos anchos pantalones negros, negras capas de cuello alto que los envolvían completamente excepto sus rostros, y blandos sombreros cilíndricos negros con anchas alas: misteriosas e intrigantes caricaturas.

—¡Pnumekin! —siseó Traz con algo en su voz entre el shock y el ultraje—. ¡Míralos! ¡Caminan entre los demás sin mirar a los lados, y sus mentes están llenas de extraños pensamientos!

Llegaron a la hostelería, un edificio de tres plantas de construcción irregular, con un café en la terraza frontal, un restaurante en una glorieta en la parte de atrás, y balcones dominando la calle. Un empleado en una ventanilla tomó su dinero y les distribuyó una serie de extravagantes llaves de hierro negro tan grandes como sus manos, dándoles las instrucciones necesarias acerca de cómo encontrar sus habitaciones.

—Hemos hecho un largo y polvoriento viaje —dijo Anacho—. Necesitamos bañarnos con ungüentos de buena calidad, ropas limpias, y luego querremos cenar.

—Será como ordenan.

Una hora más tarde, limpios y tonificados, los cuatro se reunieron en el vestíbulo de la planta baja. Allá fueron abordados por un hombre de pelo y ojos negros que exhibía un fruncido rostro melancólico. Se dirigió a ellos con voz muy suave:

—¿Sois recién llegados a Coad?

Anacho, instantáneamente suspicaz, retrocedió.

—En absoluto. Somos bien conocidos aquí y no necesitamos nada.

—Represento a la Cofradía de Tomadores de Esclavos, y ésta es mi honesta opinión sobre vuestro grupo. La muchacha vale su buen dinero, el joven algo menos. Generalmente los Hombres-Dirdir se consideran carentes de valor excepto para servidumbres administrativas, para las cuales no tenemos demanda. Puede que seas calificado como un recogedor de caracoles o un cascador de nueces, lo cual no representa un gran valor. Este hombre, sea lo que sea, parece capaz de efectuar trabajos

duros, por lo que puede ser vendido al precio estándar. Teniendo todo esto en cuenta, vuestro seguro será de diez sequins a la semana.

—¿Seguro contra qué? —preguntó Reith.

—Contra ser tomados como esclavos y vendidos —murmuró el agente—. Hay una intensa demanda de trabajadores competentes. ¡Pero por diez sequins a la semana —declaró triunfante— podréis pasear por las calles de Coad de noche y de día, tan seguros como si el demonio Harasthy estuviera perchado sobre vuestros hombros! En caso de que seáis secuestrados por algún comerciante no autorizado, la Cofradía ordenará instantáneamente que seáis puestos en libertad.

Reith retrocedió un paso, medio divertido, medio disgustado. Anacho dijo con su voz más nasal:

—Muéstrame tus credenciales.

—¿Credenciales? —preguntó el hombre, dejando colgar su mandíbula.

—Muéstranos un documento, una autorización, una patente. ¿Qué? ¿No tienes nada de eso? ¿Nos tomas por idiotas? ¡Lárgate inmediatamente de aquí!

El hombre se alejó hoscamente. Reith preguntó:

—¿Era realmente un fraude?

—Uno nunca sabe, pero hay que trazar una línea en alguna parte. Vamos a comer algo; después de semanas de legumbres al vapor y plantas del peregrino se me ha abierto el apetito.

Se sentaron en el comedor: de hecho una amplia glorieta al aire libre con un techo de cristal que dejaba pasar una pálida luz marfileña. Sus paredes estaban formadas por negras enredaderas; en las esquinas había helechos púrpura y azul pálido. El día era suave; el extremo de la estancia se abría a una vista sobre el Dwan Zher y a un grupo de cúmulos rizados por el viento allá en el horizonte.

El salón estaba medio lleno; quizá dos docenas de personas cenaban ante una colección de bandejas y bols de madera negra y arcilla roja, hablando en voz baja, observando a la gente de otras mesas con disimulada curiosidad. Traz miró intranquilo a uno y otro lado, con las cejas desaprobadoramente alzadas ante tanto lujo: indudablemente aquél era su primer encuentro con lo que debía parecerle una acumulación de complicado esnobismo, reflexionó Reith.

Observó que Ylin Ylan contemplaba la estancia como sorprendida por lo que veía. Casi inmediatamente desvió los ojos hacia un lado, como incómoda o azarada. Reith siguió la dirección de su mirada, pero no vio nada fuera de lo normal. Decidió no preguntarle la causa de su turbación, puesto que no deseaba recibir una fría respuesta. Y Reith sonrió incómodo. ¡Vaya situación: casi como si ella estuviera cultivando un positivo desagrado hacia él! Perfectamente comprensible, por supuesto, si la explicación de Anacho era correcta. Su desconcierto respecto a la agitación de la muchacha había sido resuelto por el sardónico Hombre-Dirdir.

—Observa al tipo de aquella mesa del fondo —murmuró Anacho—. El de la chaqueta verde y púrpura.

Reith volvió la cabeza y vio a un agraciado joven con el pelo cuidadosamente peinado y un denso bigote sorprendentemente dorado. Llevaba ropas elegantes, algo arrugadas y muy usadas: una chaqueta de suaves tiras de piel, teñidas alternativamente de verde y púrpura, pantalones de plisada tela amarilla, sujetos en las rodillas y los tobillos por broches en forma de fantásticos insectos. Ligeramente inclinado sobre su cabeza llevaba un gorro cuadrado de suave piel de pelo, orlando con pendientes de cuentas de oro de cinco centímetros de largo; un extravagante gardenez de filigrana de oro cubría el puente de su nariz. Anacho murmuró:

—Obsérvalo bien. Se dará cuenta de nuestra presencia. Verá a la chica.

—¿Pero quién es?

Anacho se retorció irritadamente las puntas de los dedos.

—¿Su nombre? Lo desconozco. Su status: alto, según su propia opinión al menos. Es un caballero Yao.

Reith dirigió su atención a Ylin Ylan, que estaba observando al joven caballero con el rabillo del ojo. ¡Era milagrosa la forma en que había cambiado su humor! Había recuperado su viveza, aunque obviamente se retorcía en el nerviosismo y la incertidumbre. Lanzó una breve mirada a Reith, y enrojeció al descubrir los ojos del hombre fijos en ella. Inclino la cabeza y se apresuró a servirse los entremeses: uvas grises, galletitas, insectos marinos ahumados, escamas de helechos adobadas. Reith observó al caballero, que estaba cenando sin demasiado entusiasmo un negro pastel de semillas y un plato de escabeche, con la mirada fija en el mar. Se alzó tristemente de hombros, como descorazonado por sus propios pensamientos, y cambió de postura. Vio a la Flor de Cath, que fingía estar absorta en su comida. El caballero se inclinó hacia delante, claramente sorprendido. Saltó en pie con una tal exuberancia que casi volcó su mesa. Cruzó en tres largas zancadas el comedor y se dejó caer sobre una rodilla, con un profundo saludo que hizo que su capa barrierá el rostro de Traz.

—¡Princesa del Jade Azul! Vuestro servidor Dordolio. Mi misión se ha visto cumplida.

La Flor inclinó la cabeza con la exacta dosis de contención y complacida sorpresa. Reith admiró su aplomo.

—Es agradable —murmuró la muchacha— encontrar por casualidad, en una tierra tan lejana, a un caballero de Cath.

—¡«Casualidad» no es la palabra! Soy uno de la docena de caballeros que partimos en vuestra busca, para ganar la recompensa prometida por vuestro padre y para honrar a nuestros respectivos palacios. ¡Por las barbas del Primer Diablo Pnume, ha recaído sobre mí el honor de encontraros!

—Entonces habéis estado buscando exhaustivamente, ¿no? —dijo Anacho con su voz más suave.

Dordolio se envaró, examinó rápidamente a Anacho, Reith y Traz, y efectuó tres meticulosas inclinaciones de cabeza. La Flor hizo un alegre gesto con la mano hacia ellos, como si los tres hombres fueran sus compañeros casuales en una excursión campestre.

—Mis leales escuderos: me han sido de una ayuda incalculable. De no ser por ellos, dudo que en estos momentos estuviera viva.

—En ese caso —declaró el caballero—, pueden contar para siempre con la protección de Dordolio, Oro y Cornalina. Pueden utilizar mi nombre de campaña, Alutrin Estrelladeoro. —Hizo un saludo que los incluía a los tres, luego chasqueó los dedos en dirección a la camarera—. Una silla, por favor. Cenaré en esta mesa.

La camarera trajo sin demasiadas ceremonias una silla hasta allí; Dordolio se sentó y centró su atención en la Flor.

—¿Cuáles han sido vuestras aventuras? Supongo que habrán constituido una auténtica prueba. Sin embargo, parecéis tan lozana como siempre, como si vuestras penalidades no os hubieran hecho mella.

La Flor se echó a reír.

—¿Con estas ropas de la estepa? Aún no he podido cambiarme, voy a tener que comprar docenas de cosas fundamentales antes de permitirlos que me miréis.

Dordolio echó una ojeada a sus ropas grises, hizo un gesto negligente.

—No había notado nada. Sois como siempre. Pero, si lo deseáis, saldremos de compras juntos; los bazares de Coad son fascinantes.

—¡Estupendo! Habladme de vos. ¿Decís que mi padre emitió un decreto?

—Sí, y prometió una recompensa. Los más galantes respondieron. Seguimos vuestro rastro hasta Spang, donde supimos quiénes os habían secuestrado: las Sacerdotisas del Misterio Femenino. Muchos os dieron por perdida, pero yo no. ¡Mi perseverancia se ha visto recompensada! ¡Regresaremos en triunfo a Settra!

Ylin Ylan dirigió una sonrisa más bien críptica a Reith.

—Por supuesto, estoy ansiosa por volver a casa. ¡Qué suerte haberos encontrado aquí en Coad!

—Una suerte notable —dijo secamente Reith—. Hace apenas una hora que hemos llegado procedentes de Pera.

—¿Pera? No conozco ese lugar.

—Está al oeste de la Estepa Muerta. Dordolio clavó en él una opaca mirada, luego se volvió de nuevo a la Flor.

—¡Cuántas penalidades debéis haber sufrido! ¡Pero ahora estáis bajo la protección de Dordolio! Regresaremos inmediatamente a Settra.

Cenaron. Dordolio e Ylin Ylan no dejaron de hablar con gran animación. Traz, preocupado por los pocos familiares utensilios de mesa, no dejó de lanzarles hoscas miradas, como si sospechara estar haciendo el ridículo. Anacho no les prestaba atención. Reith comió en silencio. Finalmente Dordolio se echó hacia atrás en su silla.

—Ahora vayamos a lo práctico: el paquebote Yazilissa está amarrado en el puerto, y dentro de poco parte hacia Vervodei. Es una triste tarea tener que despedirnos de vuestros camaradas, todos ellos buena gente, estoy seguro, pero debemos disponer inmediatamente vuestro regreso a casa.

—Ocurre que todos nosotros vamos a Cath —dijo Reith con voz suave.

Dordolio clavó en él una fría mirada interrogadora, como si Reith hablara un idioma incomprensible.

Se levantó, ayudó a Ylin Ylan a ponerse en pie; los dos se dirigieron hacia la terraza más allá de la glorieta. La camarera trajo la cuenta.

—Son cinco comidas: cinco sequins, por favor.

—¿Cinco?

—El Yao comió en su mesa.

Reith sacó cinco sequins de su bolsa. Anacho lo observaba divertido.

—La presencia del Yao es, de hecho, una ventaja; no vas a llamar tanto la atención a tu llegada a Settra

—Quizá —dijo Reith—. Por otra parte, esperaba la gratitud del padre de la muchacha. Necesito todos los amigos que pueda conseguir.

—A veces los acontecimientos despliegan una vitalidad propia —observó Anacho—. Los teólogos Dirdir hacen observaciones interesantes al respecto. Recuerdo un análisis de coincidencias... hecho, incidentalmente, no por un Dirdir sino por un Hombre-Dirdir Inmaculado...

—Mientras Anacho seguía hablando, Traz salió a la terraza para observar los tejados de Coad; Dordolio e Ylin Ylan pasaron junto a él caminando lentamente, ignorando su presencia. Hirviendo de indignación, Traz regresó junto a Reith y Anacho.

—El dandy Yao le está pidiendo que nos despida. Ella se refiere a nosotros como nómadas... «toscos pero honrados y dignos de confianza».

—No importa —dijo Reith—. Su destino no es el nuestro.

—¡Tú has hecho que prácticamente lo sea! Hubiéramos podido quedarnos tranquilamente en Pera, o dirigirnos a las Islas Afortunadas; en cambio... —alzó disgustado los brazos.

—Las cosas no están ocurriendo como yo esperaba —admitió Reith—. Sin embargo, ¿quién sabe? Puede que sea mejor así. Anacho lo cree, al menos. ¿Te importaría ir a decirle que por favor venga un instante?

Traz fue a cumplir el encargo, y regresó casi inmediatamente.

—¡Ella y el Tao han salido a comprar lo que llaman un atuendo adecuado! ¡Esto es una farsa! ¡Yo he llevado ropas de la estepa durante toda mi vida! Constituyen un atuendo adecuado y útil.

—Por supuesto —dijo Reith—. Bien, dejémosles que hagan lo que quieran. Quizá sea conveniente que nosotros cambiemos también un poco nuestra apariencia.

El bazar estaba en la zona de los muelles; allá, Reith, Anacho y Traz se procuraron nuevas ropas de material y corte menos toscos: camisas de suave y ligero lino, chaquetillas de manga corta, anchos pantalones bombachos negros, zapatos de suave piel gris.

Los muelles estaban a unos pocos pasos; se dirigieron a ellos para inspeccionar las embarcaciones, y el Yazilissa llamó inmediatamente su atención: un barco de tres palos de más de treinta metros de largo, con un alto castillo de popa lleno de ventanas para los pasajeros y una hilera de cabinas en el entrepuente. El muelle estaba lleno de mercancías, y los fardos y cajas eran alzados hasta cubierta y bajados a las calas.

Subieron la pasarela y encontraron al sobrecargo, quien les confirmó que el Yazilissa alzaría velas dentro de tres días, tocando los puertos de Grenie y Horasin, luego pondría rumbo a Pag Choda, las Islas de las Nubes, Tusa Tula y el capo Gaiz en la costa oeste de Kachan, y finalmente a Vervodei en Cath: un viaje de sesenta o setenta días.

Reith le preguntó si había pasaje, y supo que todos los camarotes de primera clase estaban reservados hasta Tusa Tula, y todas las cabinas menos una del entrepuente también. Sin embargo, había sitio ilimitado en las acomodaciones de cubierta, las cuales, según el sobrecargo, no eran demasiado incómodas excepto durante las lluvias ecuatoriales. Admitió, de todos modos, que esas lluvias eran frecuentes.

—No me gusta —dijo Reith—. Al menos deseáramos cuatro cabinas de segunda clase.

—Desgraciadamente no puedo complacerles a menos que se produzca alguna anulación, lo cual siempre es posible.

—Muy bien. Me llamo Adam Reith. Puede localizarme en el Gran Hotel Continental.

El sobrecargo le miró con sorpresa.

—¿Adam Reith? Pero si usted y su grupo están ya en la lista de pasajeros.

—Me temo que no —dijo Reith—. Acabamos de llegar a Coad esta mañana.

—Pero hace apenas una hora, quizá menos incluso, un par de Yao subieron a bordo: un caballero y una mujer noble. Hicieron reservas a nombre de «Adam Reith»; la gran suite del castillo de popa, es decir, dos camarotes con un salón privado, y pasaje de cubierta para tres. Les pedí un depósito, y me dijeron que Adam Reith vendría a bordo para pagar los pasajes, que suben dos mil trescientos sequins. ¿Es usted Adam Reith?

—Soy Adam Reith, pero no tengo ninguna intención de pagar dos mil trescientos sequins. En lo que a mí respecta, puede cancelar las reservas.

—¿Qué clase de broma es ésta? —exclamó el sobrecargo—. No me gustan las frivolidades.

—Y a mí aún me gusta menos cruzar el océano Draschade bajo la lluvia —dijo Reith—. Si tiene alguna reclamación que hacer, diríjase al Yao.

—Eso es lo mismo que perder el tiempo —gruñó el sobrecargo—. Bien, que así sea. Si se conforma usted con algo menos de lujo, pruebe en el Vargaz: ése de ahí al lado. Parte dentro de uno o dos días para Cath, y sin duda encontrará sitio en él.

—Gracias por su ayuda. —Reith y sus compañeros volvieron al muelle y se encaminaron al Vargaz: un barco de forma redondeada con alta popa y un largo bauprés, ostensiblemente torcido. Sus dos mástiles sostenían un par de velas latinas que colgaban flaccidas mientras los marineros las remendaban con trozos de lona nueva.

Reith inspeccionó dubitativo la nave, luego se alzó de hombros y subió a bordo. A la sombra del castillo de popa había dos hombres sentados ante una mesa llena de papeles, plumas, sellos, cintas y una jarra de vino. El más imponente de los dos era un hombre fornido, desnudo hasta la cintura, que exhibía un pecho repleto de recio vello negro. Tenía la piel oscura y unos rasgos pequeños y duros en un rostro redondo e impassible. El otro hombre era delgado, casi frágil, y llevaba una chilaba blanca suelta y una chaqueta del

mismo color amarillo que su piel. Un largo bigote caía tristemente de las comisuras de su boca; llevaba una cimitarra al cinto. Un par de ostensibles rufianes, pensó Reith.

—¿Qué desea, señor? —preguntó el hombre fornido.

—Transporte hasta Cath con el máximo de comodidades posibles —dijo Reith.

—Lo que pide es bastante poco. —El hombre se puso en pie—. Le mostraré lo que tengo disponible.

Finalmente Reith pagó un depósito por dos cabinas pequeñas para Anacho e Ylin Ylan, y un camarote más grande que él podía compartir con Traz. No eran muy aireados, ni espaciosos, ni demasiado limpios, pero Reith pensó que podían haber sido peores.

—¿Cuándo parte el barco? —preguntó al fornido capitán.

—Mañana al mediodía, con la marea. Es preferible que estén a bordo a media mañana; mi barco es puntual.

Los tres regresaron por las atestadas calles de Coad hasta el hotel. Ni la Flor ni Dordolio estaban allí. A última hora de la tarde regresaron en un palanquín, seguidos por tres porteadores cargados de paquetes. Dordolio bajó, ayudó a Ylin Ylan a hacer lo mismo, y entraron en el hotel seguidos por los porteadores y el jefe de varas del palanquín.

Ylin Ylan llevaba una graciosa túnica de seda verde oscuro, con un corpiño azul oscuro. Un encantador gorri-to de redecilla de aspecto cristalino sujetaba su pelo. Vaciló al ver a Reith, se volvió a Dordolio y le dijo unas palabras. Dordolio tironeó su extraordinario bigote dorado y se dirigió hacia donde estaba Reith con Anacho y Traz.

—Todo está arreglado —dijo Dordolio—. He reservado pasajes para todos a bordo del Yazilissa, un barco de excelente reputación.

—Me temo que has incurrido en gastos innecesarios —dijo Reith educadamente—. Yo he tomado otras disposiciones.

Dordolio dio un paso atrás, perplejo.

—¡Pero tendrías que haberme consultado!

—No puedo imaginar por qué —dijo Reith.

—¿Qué barco has elegido? —preguntó Dordolio.

—El Vargaz.

—¿El Vargaz? ¡Bah! Una cochiguera flotante. Jamás viajaría en el Vargaz.

—No necesitas hacerlo: tú viajas en el Yazilissa. Dordolio tironeó de su bigote.

—La Princesa del Jade Azul también prefiere viajar a bordo del Yazilissa, en el mejor camarote disponible.

—Eres un hombre extremadamente generoso —dijo Reith—, reservando pasaje de lujo para un grupo tan grande.

—De hecho, hice todo lo que pude —admitió Dordolio—. Puesto que tú estás a cargo de los fondos del grupo, el sobrecargo te pasará la cuenta.

—En absoluto —dijo Reith—. Te recuerdo que ya he reservado pasaje a bordo del Vargaz.

Dordolio silbó malhumorado entre dientes.

—Ésta es una situación insufrible. Los porteadores y el jefe de varas del palanquín se acercaron e hicieron a Reith una inclinación de cabeza.

—Aquí están nuestras cuentas —dijeron.

Reith alzó las cejas. ¿Acaso la ligereza de Dordolio no tenía límites?

—Por supuesto, tenéis derecho a cobrarlas. Al que contrató vuestros servicios. —Se puso en pie. Se dirigió a la habitación de Ylin Ylan, llamó a la puerta. Oyó un sonido de movimiento dentro; la muchacha atisbo por la mirilla. La parte superior de la puerta se abrió una rendija.

—¿Puedo entrar? —preguntó Reith.

—Estoy vistiéndome.

—Esto no representó ninguna diferencia antes.

La puerta se abrió; Ylin Ylan se echó a un lado, un tanto mustia. Reith entró. Había paquetes por todas partes, algunos abiertos y revelando ropas y pieles, zapatillas, corpiños bordados, tocados de filigrana. Reith miró sorprendido a su alrededor.

—Tu amigo es extravagantemente generoso.

La Flor fue a decir algo, luego se mordió los labios.

—Estas pocas cosas son necesidades para el viaje a casa. No tengo intención de llegar a Vervodei como una fregona. —Lo dijo con una altivez que Reith no había oído nunca antes—. Todo esto será considerado como gastos de viaje. Por favor, presenta la cuenta a mi padre, y él te reembolsará satisfactoriamente.

—Me pones en una difícil situación —dijo Reith—, en la que inevitablemente voy a perder mi dignidad. Si pago, soy un patán y un imbécil; si no lo hago, soy un tacaño sin corazón. Creo que hubieras podido manejar la situación con un poco más de tacto.

—La cuestión del tacto no apareció en ningún momento —dijo la Flor—. Yo deseaba esos artículos. Los encargué y dije que los trajeran aquí.

Reith hizo una mueca.

—No voy a discutir el tema. He subido solamente para decirte esto: he reservado pasaje a Cath a bordo del Vargaz, que parte mañana. Es un barco sencillo y sin lujos; necesitarás ropas sencillas y sin lujos.

La Flor se lo quedó mirando desconcertada.

—¡Pero si el Noble Oro y Cornalina ya reservó pasaje a bordo del Yazilissa!

—Si él quiere viajar a bordo del Yazilissa, es completamente libre de hacerlo, si es que puede pagar su pasaje, por supuesto. Precisamente acabo de notificarle que no voy a pagar ni sus paseos en palanquín, ni su pasaje a Cath, ni —Reith hizo un gesto hacia los paquetes— esas espléndidas prendas que a todas luces te animó a seleccionar.

Ylin Ylan enrojeció furiosamente.

—Nunca imaginé llegar a descubrir toda tu mezquindad.

—La alternativa es peor. Dordolio...

—Ése es su nombre de amigo —dijo Ylin Ylan con una voz llena de sobreentendidos—. Será mejor que utilices su nombre de campaña, o su nombre formal: Noble Oro y Cornalina.

—Sea como sea, el Vargaz parte mañana. Puedes subir a bordo o quedarte en Coad, como deseas.

Reith regresó al salón de abajo. Los porteadores y el jefe de varas del palanquín se habían ido. Dordolio estaba de pie en el porche delantero. Los enojados adornos que realzaban sus pantalones a la altura de las rodillas habían desaparecido.

3

El Vargaz, ancho de manga, con su alta y afilada proa, hundida parte central y elevado castillo de popa, se balanceaba tranquilamente sujeto por sus amarras junto al muelle. Como todas las cosas en Tschai, su aspecto era exagerado, con cada una de sus características espectacularmente realzada. La curva del casco era excesiva, el bauprés parecía querer horadar el cielo, las velas no eran más que un puro remiendo.

La Flor de Cath acompañó en silencio a Reith, Traz y Anacho el Hombre-Dirdir a bordo del Vargaz, con un porteador tras ellos llevando su equipaje en un carretón de mano.

Media hora más tarde Dordolio apareció en el muelle. Estudió el Vargaz durante uno o dos minutos, luego subió la pasarela. Habló brevemente con el capitán, arrojó una bolsa sobre la mesa. El capitán frunció el ceño, mirando de soslayo bajo sus densas cejas negras, meditando. Abrió la bolsa, contó los sequins y los consideró insuficientes, y lo dijo. Dordolio llevó reluciente la mano a su bolsillo, encontró la suma requerida, y el capitán señaló con el pulgar hacia el castillo de popa.

Dordolio dio un tirón a su bigote, alzó los ojos hacia el cielo. Fue a la pasarela e hizo una seña a un par de porteadores, que subieron su equipaje a bordo. Luego, con una formal inclinación de cabeza hacia la Flor de Cath, fue a apoyarse en la barandilla en la parte más alejada del barco, contemplando sombríamente al otro lado del Dwan Zher.

Otros cinco pasajeros subieron a bordo: un mercader bajito y gordo con un caftán gris oscuro y un sombrero alto y cilíndrico; un hombre de las Islas de las Nubes, con su esposa y dos hijas: unas muchachitas vivaces y frágiles, de pálida piel y pelo anaranjado.

Una hora antes del mediodía el Vargaz desplegó las velas, recogió las amarras y empezó a apartarse del muelle. Los tejados de Coad se convirtieron en oscuros prismas amarrados esparcidos a lo largo de la colina. La tripulación tensó las velas, recogió las cuerdas, luego puso al descubierto un rudimentario cañón, que fue arrastrado hasta la proa.

—¿Qué es lo que temen? ¿Piratas? —preguntó Reith a Anacho.

—Una precaución. Mientras vean un cañón, los piratas se mantendrán a distancia. No tenemos nada que temer: raras veces son vistos en el Draschade. Un problema más importante es el reavituallamiento. Pero el capitán parece un hombre acostumbrado a vivir bien, lo cual es un signo optimista.

El barco avanzó a buena marcha durante toda la brumosa tarde. El Dwan Zher estaba tranquilo y mostraba un resplandor perlino. La línea de la costa desapareció al norte; no se veían otras embarcaciones por ninguna parte. Llegó el ocaso: un lánguido despliegue de ocre y marrones oscuros, y con él una fría brisa que hizo que el agua se agitara en pequeñas olitas en torno a la alta y afilada proa.

La comida de la noche fue sencilla pero apetitosa: lonchas de carne seca muy especiada, una ensalada de verduras crudas, paté de insectos, escabeche, suave vino blanco servido en garrafones de cristal verde. Los pasajeros comieron en medio de un prudente silencio; en Tschai los desconocidos eran objeto de instintiva sospecha. El capitán no tenía tales inhibiciones. Comió y bebió abundantemente, y regaló a sus compañeros de mesa con bromas, reminiscencias de anteriores viajes, divertidas suposiciones acerca de los propósitos del viaje de cada pasajero: una actuación que gradualmente descongeló la atmósfera. Ylin Ylan comió poco. No dejaba de mirar a las dos muchachas de pelo naranja, cada vez más consciente del enorme atractivo de su fragilidad. Dordolio permanecía sentado algo apartado de los demás, prestando poca atención a la conversación del capitán, pero mirando de tanto en tanto de soslayo a las dos muchachas y atusándose el bigote. Después de la cena llevó a Ylin Ylan hacia proa, donde contemplaron las fosforescentes anguilas marinas que se apartaban como saetas ante la aproximación de la nave. Los otros se sentaron en bancos a lo largo de la alta popa, manteniendo circunspectas conversaciones mientras la rosa Az y la azul Braz surgían del horizonte, la una inmediatamente después de la otra para enviar un par de reflejos al agua.

Uno a uno, los pasajeros fueron retirándose a sus cabinas, y finalmente el barco quedó al cuidado del timonel y del vigía.

Los días fueron pasando lentamente: frías mañanas de nacarada bruma pegada al mar; mediodías con Carina 4269 ardiendo en el cielo; tardes cobrizas; noches tranquilas.

El Vargaz tocó brevemente dos pequeños puertos en la costa de Horasin: poblados sumergidos en el follaje de gigantescos árboles gris verdosos. El Vargaz descargó pieles y utensilios de metal, cargó a bordo fardos de nueces, tarros de frutas en conserva, tabloncillos de hermosa madera rosada y negra.

El Vargaz se alejó de Horasin y enfiló hacia el océano Draschade, poniendo rumbo al este a lo largo del ecuador, tanto para aprovechar la contracorriente como para evitar las desfavorables condiciones atmosféricas al norte y al sur.

Los vientos eran inconstantes; el Vargaz se bamboleaba perezosamente en un mar apenas ondulado.

Los pasajeros se distraían de las formas más diversas. Las muchachas del pelo naranja, Heizari y Edwe, jugaban a los tejos, e incordiaron a Traz hasta que éste se les unió finalmente.

Reith enseñó al grupo una variante del juego, el tejo de cubierta, especial para ser jugado en la cubierta de un barco, y la idea fue acogida con entusiasmo. Palo Barba, el padre de las muchachas, se presentó como maestro de esgrima, y él y Dordolio practicaban la espada durante una hora o así cada día, Dordolio desnudo hasta la cintura y con una cinta negra sujetando su pelo. Dordolio manejaba la espada dando fuertes golpes en cubierta con los pies y lanzando sincopadas exclamaciones. Palo Barba era menos espectacular en su exhibición, pero ponía un gran énfasis en las posturas tradicionales. Reith observaba ocasionalmente sus confrontaciones, y en una ocasión aceptó la invitación de Palo Barba de cruzar sus espadas. Reith encontró las hojas algo largas y demasiado flexibles, pero se comportó honorablemente. Observó que Dordolio efectuaba observaciones críticas a Ylin Ylan, y más tarde Traz, que había oído lo que decían, le informó de que Dordolio había calificado su técnica como «ingenua y excéntrica».

Reith se limitó a alzarse de hombros y sonrió. Dordolio era un hombre al que Reith había juzgado ya imposible de poder tomar en serio.

En dos ocasiones fueron avistadas otras velas en la distancia; en una ocasión, un largo barco negro a motor cambió de rumbo de una forma siniestra.

Reith inspeccionó la embarcación con su sondoscopio. Una docena de hombres altos de piel amarilla llevando complicados turbantes negros estaban de pie en cubierta observando el Vargaz. Reith informó de todo ello al capitán, que se limitó a hacer un gesto casual con la cabeza.

—Piratas. No nos molestarán: demasiado riesgo.

El barco pasó a más de un kilómetro al sur, luego viró y desapareció hacia el sudoeste.

Dos días más tarde apareció una isla al frente: un promontorio montañoso cuya parte delantera estaba tapizada de altos árboles.

—Gozed —dijo el capitán, en respuesta a la pregunta de Reith—. Nos quedaremos aproximadamente un día. ¿No ha estado nunca en Gozed?

—Nunca.

—Pues le espera una sorpresa. O quizá, por otra parte... —aquí el capitán inspeccionó atentamente a Reith— ...puede que no. No puedo decirlo, puesto que las costumbres de su tierra natal me son desconocidas. ¿Y desconocidas tal vez para usted mismo? Tengo entendido que es amnésico.

Reith hizo un gesto como de disculpa.

—Nunca discuto las opiniones de los demás acerca de mí mismo.

—Una extraña costumbre —declaró alegremente el capitán—. Pese a que lo he intentado, no puedo llegar a decidir cuál es su país natal. Es usted un completo extraño para mí.

—Digamos que soy un vagabundo —dijo Reith—. Un nómada, si lo prefiere.

—Para un vagabundo, es usted a veces sorprendentemente ignorante. Bien, de todos modos, ahí delante tenemos Gozed.

La isla fue creciendo, recortada contra el cielo. Reith miró a través del sondoscopio y pudo ver una zona en la parte delantera de la orilla donde los árboles habían sido desprovistos de sus hojas y convertidos en algo parecido a retorcidos postes, cada uno de los cuales sostenía una, dos o tres redondas chozas. El suelo debajo de ellos era desnuda arena gris, limpia de restos marinos y cuidadosamente rastrillada. Anacho el Hombre-Dirdir inspeccionó el poblado a través del sondoscopio.

—Más o menos lo que había esperado.

—¿Conoces Gozed? El capitán ha hecho que el lugar suene casi como un misterio.

—No hay ningún misterio. La gente de la isla es muy religiosa; adoran a los escorpiones de mar nativos de las aguas que rodean la isla. Son tan grandes o más que un hombre, o al menos eso me han dicho.

—¿Por qué mantienen sus chozas tan altas?

—Por la noche los escorpiones salen del mar para reproducirse, lo cual hacen poniendo sus huevos en un animal huésped, a menudo una mujer que es abandonada en la playa con esa finalidad. Los huevos eclosionan, y la «Madre de los Dioses» es devorada por las larvas. En los últimos estadios, cuando el dolor y el éxtasis religioso producen un curioso estado psicológico en la «Madre», echa a correr por la playa y termina arrojándose por sí misma al mar.

—Una religión más bien inquietante. El Hombre-Dirdir asintió.

—De todos modos, parece convenir perfectamente a los habitantes de Gozed. Hubieran podido cambiarla en cualquier momento que hubieran querido. Los subhombres son notoriamente susceptibles a aberraciones de este tipo.

Reith no pudo evitar una sonrisa, y Anacho lo examinó con sorpresa.

—¿Puedo preguntarte la fuente de tu regocijo?

—Se me ocurre que las relaciones de los Hombres-Dirdir con respecto a los Dirdir no son demasiado distintas a las de la gente de Gozed con respecto a sus escorpiones.

—No consigo ver la analogía —declaró Anacho, algo rígidamente.

—Es la simplicidad misma: ambos son víctimas de seres no humanos que utilizan a los hombres para sus necesidades particulares.

—¡Bah! —murmuró Anacho—. En muchos aspectos eres el más equivocado de todos los hombres vivos. —Se dirigió bruscamente a popa, y se quedó allí contemplando el mar. Las presiones estaban actuando sobre el subconsciente de Anacho, pensó Reith, haciéndole sentirse inseguro.

El Vargaz avanzó con precaución hacia la playa, giró tras una prominencia rocosa incrustada de percebes, y echó el ancla. El capitán fue a la orilla con una chalupa; los pasajeros lo vieron hablar con un grupo de hombres de piel blanca y rostro severo, totalmente desnudos excepto unas sandalias y unas redecillas sujetando hacia atrás su largo pelo color hierro.

Se llegó a un acuerdo; el capitán volvió al Vargaz. Media hora más tarde un par de barcas partieron de la orilla y se acercaron al barco. Se preparó la grúa de carga; se izaron balas de fibras e hilos; otras balas y cajas fueron bajadas a las barcas. Dos horas más tarde de la llegada a Gozed el Vargaz largó velas, recogió el ancla y partió cruzando el Draschade.

Tras la cena los pasajeros se sentaron en la cubierta delantera del castillo de popa con una linterna oscilando sobre sus cabezas, y la charla derivó hacia los habitantes de Gozed y su religión. Val Dal Barba, la esposa de Palo Barba, madre de Eizari y Edwe, creía que el ritual era injusto.

—¿Por qué ha de haber solamente «Madres de los Dioses»? ¿Por qué esos hombres de pétreos rostros no bajan a la playa y se convierten en «Padres de los Dioses»?

El capitán dejó escapar una risita.

—Parece como si todos los honores fueran reservados a las damas.

—Las cosas nunca serían así en Murgen —declaró vehementemente el mercader—. Pagamos apreciables diezmos a los sacerdotes, y ellos aceptan toda la responsabilidad de apaciguar a Bisme; de este modo nosotros no tenemos problemas.

—Un sistema tan razonable como cualquier otro —admitió Palo Barba—. Este año nosotros nos hemos suscrito a la Gnosis Pansogmática, una religión con mucha virtud.

—A mí me gusta mucho más que el Tutelanismo —dijo Edwe—. Simplemente recitas la letanía, y ya tienes bastante para todo el resto de la jornada.

—El Tutelanismo era un terrible aburrimiento —estuvo de acuerdo Heizari—. ¡Había que aprendérselo todo de memoria! ¿Y recuerdas esa horrible Convocación de las Almas,

donde los sacerdotes se mostraban tan familiares? A mí me gusta mucho más la Gnosis Pansogmática.

Dordolio lanzó una risita indulgente.

—Preferís no tener que involucraros mucho. Yo mismo me inclino en esa dirección. La doctrina Yao, por supuesto, es en cierto modo un sincretismo; o mejor dicho, en el transcurso del «rondó», todos los aspectos del Inefable reciben la oportunidad de manifestarse, de modo que, a medida que nos movemos con el ciclo, experimentamos toda la teopatía.

Anacho, aún dolido por las comparaciones de Reith, se volvió hacia él.

—Y bien, ¿qué tiene que decir al respecto Adam Reith, el erudito etnólogo? ¿Con qué genialidades teosóficas puede contribuir?

—Con ninguna —dijo Reith—. Con muy pocas, en cualquier caso. Se me ocurre que el hombre y su religión son una sola y única cosa. Lo desconocido existe. Cada hombre proyecta sobre el vacío la forma de su propia y particular visión del mundo. Adorna su creación con sus deseos y actitudes personales. El hombre religioso que explica su caso está en esencia explicándose a sí mismo. Cuando un fanático es contradicho siente una traición hacia su propia existencia; reacciona violentamente.

—¡Interesante! —exclamó el gordo mercader—. ¿Y el ateo?

—No proyecta ninguna imagen sobre ese vacío. Acepta los misterios cósmicos como cosas en sí mismas; no siente ninguna necesidad de colgar una máscara más o menos humana sobre ellos. Aparte esto, la correlación entre un hombre y la forma en que moldea lo desconocido para poder manipularlo mejor es exacta.

El capitán alzó su vaso de vino contra la luz de la linterna y dio un largo sorbo.

—Tal vez tenga usted razón en esto, pero nadie cambiará nunca por sí mismo sobre tales bases. He conocido a una multitud de pueblos. He caminado bajo las espiras Dirdir, cruzado los jardines de los Chasch Azules y los castillos de los Wankh. Conozco a esa gente y a los hombres que se mueven a su alrededor. He viajado a seis continentes de Tschai; he entablado relación con un millar de hombres, acariciado a un millar de mujeres, matado a un millar de enemigos; conozco a los Yao, los Binth, los Walalukian, los Shemolei, en una mano, y en la otra los nómadas de las estepas, los hombres de las marismas, los isleños, los caníbales de Rakh y Kislovan; veo diferencias; veo identidades. Todos intentan extraer un máximo de ventajas de la existencia, y finalmente todos mueren. Ninguno parece ser mejor que los demás al respecto. ¿Mi propio dios? ¡El buen viejo Vargaz! ¡Por supuesto! Como insiste Adam Reith, él es yo. Cuando el Vargaz gruñe y gime bajo los embates de una tormenta, yo me estremezco y rechino los dientes. Cuando nos deslizamos quietamente sobre las negras aguas bajo las lunas rosa y azul, toco el laúd, llevo una cinta roja en torno a mi frente, bebo vino. Yo y el Vargaz nos servimos mutuamente, y el día que el Vargaz se hunda en las profundidades, yo me hundiré con él.

—¡Bravo! —exclamó Palo Barba, el maestro de esgrima, que también había bebido mucho vino—. ¿Sabe?, éste es también mi credo. —Extrajo su espada, la mantuvo en alto de modo que la luz de la linterna se reflejó trazando destellos arriba y abajo en la hoja—. ¡Lo que el Vargaz es para el capitán, es la espada para mí!

—¡Padre! —exclamó su hija Edwe—. ¡Y durante todo este tiempo pensamos que eras un razonable Pansogmático!

—Por favor —suplicó Val Dal Barba—, baja el acero antes de que te excites y le cortes una oreja a alguien.

—¿Quién? ¿Yo? ¿Un espadachín veterano? ¿Cómo puedes imaginar algo así? Está bien, como tú quieras. Cambiaré el acero por otro vaso de vino.

La charla prosiguió. Dordolio se acercó tambaleante a Reith. Al cabo de un momento dijo, con voz llena de jocosa condescendencia:

—Qué sorpresa encontrar a un nómada tan erudito en la disquisición, tan capaz de hacer esas sutiles distinciones.

Reith le sonrió a Traz.

—Los nómadas no tienen por qué ser necesariamente unos bufones.

—Me desconcertáis —declaró Dordolio—. ¿Cuál es exactamente vuestra estepa nativa? ¿Vuestra tribu?

—Mi estepa está muy lejos; mi tribu se halla diseminada en todas direcciones.

Dordolio tironeó pensativo de su bigote.

—El Hombre-Dirdir cree que sois un amnésico. Según la Princesa del Jade Azul, habéis dicho que sois un hombre de otro mundo. El muchacho nómada, que es quien mejor os conoce, no dice nada. Admito que mi curiosidad puede resultar un poco impertinente.

—Esa cualidad significa una mente activa —dijo Reith.

—Sí, sí. Dejadme preguntaros algo que admito libremente que puede ser una cuestión absurda. —Dordolio examinó cautelosamente a Reith con el rabillo del ojo—. ¿Os consideras a vos mismo como un nativo de otro planeta?

Reith se echó a reír mientras buscaba una respuesta. Finalmente dijo:

—Existen cuatro posibilidades. Si de hecho procediera de otro mundo, podría responder sí o no. Si no procediera de otro mundo, podría responder también sí o no.

El primer caso me traería problemas. El segundo heriría mi autorrespeto. El tercero es una locura. El cuarto representa la única situación que tú no considerarías una anomalía. La pregunta, pues, como tú mismo admites, plantea una cuestión absurda.

Dordolio tiró furiosamente de su bigote.

—¿Acaso sois, por alguna casualidad, miembro del «culto»?

—Probablemente no. ¿Qué «culto» es ése?

—Los Anhelantes Refluxivos que remontaron el ciclo para destruir dos de nuestras más hermosas ciudades.

—Pero tenía entendido que fue un agente desconocido el que torpedeó las ciudades.

—No importa; el «culto» instigó el ataque; ellos fueron la causa.

Reith agitó la cabeza.

—¡Incomprensible! Un enemigo destruye vuestras ciudades, y vuestra amargura se dirige no contra el cruel enemigo sino contra un posiblemente sincero y preocupado grupo de vuestra propia gente. Yo llamaría a esto una transferencia emotiva.

Dordolio inspeccionó fríamente a Reith.

—Vuestros análisis bordean a veces la mordacidad. Reith se echó a reír.

—Dejemos eso. No sé nada acerca de vuestro «culto». En cuanto a mi lugar de origen, prefiero ser amnésico.

—Un curioso lapso, cuando en otros asuntos parecéis ser tan enfático en vuestras opiniones.

—Me pregunto por qué te tomas tanto interés en este extremo —murmuró Reith—. Por ejemplo, ¿qué dirías si afirmara que soy originario de un mundo muy lejano?

Dordolio frunció los labios, parpadeó a la linterna.

—No he llevado mis pensamientos hasta tan lejos. Está bien, no proseguiremos con este tema. Para empezar, la idea misma es estremecedora: ¡un antiguo mundo de hombres!

—¿Estremecedora? ¿Por qué?

Dordolio rió intranquilo.

—Hay un lado oscuro en la humanidad, que es como una piedra clavada en el humus. La parte superior, expuesta al sol y al aire, está limpia; giradla y mirad debajo, y veréis lodo y correteantes insectos... Nosotros los Yao sabemos esto muy bien; nada pondrá fin al awaile. ¡Pero dejemos de hablar de esto! —Los hombros de Dordolio se estremecieron,

y volvió a su tono de voz ligeramente condescendiente—. Habéis decidido ir a Cath; ¿qué pensáis hacer allí?

—No lo sé. Tengo que vivir en algún lugar; ¿por qué no en Cath?

—No es tan simple para un extranjero —dijo Dordolio—. Es difícil afiliarse a un palacio.

—Es sorprendente que seas tú quien diga eso. La Flor de Cath afirma que su padre nos dará la bienvenida al Palacio del Jade Azul.

—Os ofrecerá necesariamente su cortesía formal, pero no podréis residir en el Palacio del Jade Azul, del mismo modo que no podríais hacerlo en el fondo del Draschade aunque los peces os invitaran a nadar con ellos.

—¿Qué me lo impediría? Dordolio se alzó de hombros.

—A nadie le gusta verse puesto en ridículo. El comportamiento es la definición de la vida. ¿Qué sabe un nómada de comportamientos?

Reith no tenía nada que decir al respecto.

—Hay un millar de detalles en la conducta de un caballero —afirmó Dordolio—. En la escuela aprendemos grados de comportamiento, signos, configuraciones del habla, en los cuales admito una cierta deficiencia. Se nos enseña comportamiento con la espada, los principios del duelo, genealogía, heráldica; aprendemos las exquisiteces del atuendo y un centenar de otros detalles. Quizá vos consideréis esas materias demasiado arbitrarias.

Fue Anacho el Hombre-Dirdir, de pie cerca de ellos, quien respondió:

—Triviales es una palabra más ajustada.

Reith esperó una helada respuesta, al menos una mirada, pero Dordolio se limitó a alzarse indiferente de hombros.

—Bien, ¿acaso vuestra vida es más significativa? ¿O la del mercader, o la del maestro de esgrima? ¡Nunca olvidéis que los Yao son una raza pesimista! El awaile es siempre una amenaza; quizá seamos más sombríos de lo que parecemos. Conscientes de la inutilidad esencial de la existencia, exaltamos el pequeño destello de vitalidad que tenemos a nuestra disposición; extraemos todo el aroma posible de cada incidente, insistiendo en una formalidad apropiada. ¿Trivialidad? ¿Decadencia? ¿Quién puede hacer algo mejor?

—Todo esto está muy bien —dijo Reith—. ¿Pero por qué sentirse satisfechos con el pesimismo? ¿Por qué no expandir vuestros horizontes? Más aún, parece que aceptáis la destrucción de vuestras ciudades con una sorprendente indiferencia. La venganza no es la más noble de las actividades, pero el sometimiento es peor.

—Bah —murmuró Dordolio—. ¿Cómo puede comprender un bárbaro el desastre y sus consecuencias? Gran número de Refluxivos se refugiaron en el awaile; los actos y las expiaciones mantenían en efervescencia nuestro país. No había energía para ninguna otra cosa. Si vos fuerais de buena casta, atravesaría vuestro corazón por atreveros a formular contra nosotros una acusación tan tosca.

Reith se echó a reír.

—Puesto que mi baja casta me protege del castigo, déjame formular otra pregunta: ¿qué es el awaile? Dordolio alzó sus manos en el aire.

—¡Un bárbaro y, además, amnésico! ¡No puedo seguir hablando con alguien como vos! Preguntádselo al Hombre-Dirdir; es lo bastante locuaz como para poder responderos. —Y se alejó a grandes zancadas, lleno de rabia.

—Un irracional despliegue de emociones —murmuró Reith—. Me pregunto cuál habrá sido mi acusación.

—La vergüenza —dijo Anacho—. Los Yao son tan sensibles a la vergüenza como los ojos a la arena. Misteriosos enemigos destruyeron sus ciudades; sospechan de los Dirdir, pero no se atreven a acusarles, y deben soportar la impotente rabia y la vergüenza. Ése es su atributo típico, y los predispone al awaile.

—¿Que es...?

—El asesinato. La persona afligida, la que siente en su carne la vergüenza, mata a tantas personas como es capaz, de cualquier sexo, edad o grado de relación. Luego, cuando es incapaz de seguir matando, se somete y se vuelve apático. Su castigo es terrible y altamente espectacular, e ilumina a toda la población, que se apiña en el lugar del castigo. Cada ejecución tiene su estilo particular, y es esencialmente una espectacular exhibición de dolor, de la que goza posiblemente hasta la víctima. La institución permea toda la vida de Cath. Sobre esta base, los Dirdir consideran a todos los subhombres locos.

Reith lanzó un gruñido.

—Así pues, si visitamos Cath, nos arriesgamos a ser asesinados insensatamente.

—Es un riesgo pequeño. Después de todo, esos actos no son acontecimientos ordinarios. —Anacho miró a su alrededor—. Pero parece que se está haciendo tarde. —Le deseó buenas noches a Reith, y se encaminó a su cabina.

Reith se quedó junto a la barandilla, contemplando el agua. Tras el derramamiento de sangre en Pera, Cath le había parecido que sería el cielo, un entorno civilizado donde tal vez pudiera conseguir una nave espacial. La perspectiva ahora le parecía más remota que nunca.

Alguien se apoyó en la barandilla a su lado: Heizari, la mayor de las dos hijas de Palo Barba.

—Tienes un aire muy melancólico. ¿Qué es lo que te preocupa?

Reith bajó la vista hacia el pálido óvalo enmarcado en su cabellera naranja del rostro de la muchacha: un rostro abierto, que en estos momentos reflejaba una inocente —¿o quizá no tan inocente?— coquetería. Reith contuvo las primeras palabras que acudieron a sus labios. La muchacha era innegablemente atractiva.

—¿Cómo es que no estás ya en la cama con tu hermana Edwe?

—Oh, por una razón muy sencilla. Ella tampoco está en la cama. En estos momentos está sentada con tu amigo Traz en la cubierta de atrás, seduciéndole y provocándole, pinchándole y atormentándole. Es mucho más inclinada al flirt que yo.

Pobre Traz, pensó Reith. Preguntó:

—¿Qué hay de tu padre y tu madre? ¿A ellos no les preocupa?

—¿Y por qué habría de hacerlo? Cuando eran jóvenes, ellos también lo hicieron, tan ardientemente como cualquiera; ¿acaso no tenían derecho?

—Sí, supongo que sí. Pero las costumbres varían, ya lo sabes.

—¿Y tú? ¿Cuáles son las costumbres de los tuyos?

—Ambiguas y más bien complicadas —dijo Reith—. Hay una gran cantidad de variaciones.

—Éste es el caso también de los habitantes de las Islas de las Nubes —dijo Heizari, acercándosele un poco más—. Nosotros no nos enamoramos automáticamente, en absoluto. Pero en algunas ocasiones una persona se siente presa de un determinado estado de ánimo, lo cual creo es una consecuencia de la ley natural.

—Indiscutible. —Reith obedeció a un impulso y besó el provocativo rostro—. De todos modos, no tengo ninguna intención de enemistarme con tu padre, ley natural o no. Es un experto espadachín.

—No sientas temor por este lado. Si quieres cerciorarte, estoy segura de que aún está despierto.

—Bueno, no sé exactamente qué debería preguntarle —dijo Reith—. Claro que, considerando todo el asunto...

—Los dos echaron a andar hacia proa y subieron los tallados peldaños que conducían a la bodega de proa, y contemplaron el mar en dirección al sur. Az colgaba baja en el oeste, trazando una línea de prismas amatista a lo largo del agua. Una muchacha de pelo naranja, una luna púrpura, un barco de cuento de hadas en un remoto océano: ¿cambiaría todo aquello por un billete de regreso a la Tierra? La respuesta tenía que ser

sí. Y sin embargo, ¿por qué renegar de los atractivos del momento? Reith besó a la muchacha algo más ardientemente que antes, y en aquel momento, de entre las sombras del cabrestante del ancla, una persona hasta entonces invisible saltó en pie y se alejó con un desesperado apresuramiento. Reith reconoció a la sesgada luz de la luna a Ylin Ylan, la Flor de Cath... Su ardor se vio apagado; miró con aire miserable a popa. Y sin embargo, ¿por qué sentirse culpable? Hacía ya tiempo que ella había dejado bien claro que sus relaciones de antes habían terminado. Reith se volvió de nuevo hacia Heizari, la muchacha de pelo naranja.

4

El día amaneció con una ausencia total de viento. El sol se alzó en un cielo que parecía un huevo de pájaro: beige y gris paloma en el horizonte, gris pálido y azul en el cenit.

El desayuno, como siempre, consistió en pan de miga dura, pescado salado, frutas en conserva y té ácido. Los pasajeros permanecieron sentados en silencio, cada uno de ellos ocupado con sus pensamientos matutinos.

La Flor de Cath llegó tarde. Entró discretamente en el salón y ocupó su lugar con una educada sonrisa a derecha e izquierda, y comió en una especie de ensoñación. Dordolio la observó perplejo.

El capitán metió la cabeza en el salón desde cubierta.

—Un día tranquilo. Esta noche nubes y truenos. ¿Mañana? No hay forma de saberlo. ¡El tiempo habitual!

Reith se obligó irritadamente a seguir su conducta habitual. No había razón para los celos: él no había cambiado; era Ylin Ylan quien lo había hecho. Incluso en el estadio más intenso de sus relaciones ella había mantenido constantemente una parte de sí misma secreta: ¿una persona representada por otro de sus muchos nombres? Reith la obligó a salir de su mente.

Ylin Ylan no malgastó su tiempo en el salón: salió a cubierta, donde se le reunió inmediatamente Dordolio. Inclclinados sobre la barandilla, Ylin Ylan se puso a hablar con gran urgencia, mientras Dordolio tironeaba de su bigote y ocasionalmente intercalaba una o dos palabras. Un marinero apostado en el alcázar lanzó de pronto una llamada y señaló al agua. Reith saltó hacia la escotilla y vio una oscura forma flotando, con una cabeza y unos hombros estrechos, inquietantemente humanoide; la criatura surgió, desapareció bajo la superficie. Reith se volvió hacia Anacho.

—¿Qué era eso?

—Un Pnume.

—¿Tan lejos de tierra firme?

—¿Por qué no? Son muy parecidos a los Phung. ¿Quién puede obligar a un Phung a dar cuenta de sus acciones?

—¿Pero qué hace aquí fuera, en medio del océano?

—Quizá flotar por la noche en la superficie, contemplando el discurrir de las dos lunas.

Transcurrió la mañana. Traz y las dos muchachas jugaban a los tejos. El mercader estaba enfrascado en un libro encuadernado en piel. Palo Barba y Dordolio practicaron un poco de esgrima, Dordolio espectacular como siempre, agitando su hoja en el aire, haciendo resonar los pies, moviendo mucho los brazos.

Palo Barba terminó cansándose del ejercicio. Dordolio se quedó allí, agitando su hoja. Ylin Ylan apareció y se sentó sobre la escotilla. Dordolio se volvió hacia Reith.

—Vamos, nómada, tomad vuestra hoja; mostradme las habilidades de vuestra estepa nativa.

Reith se puso en guardia instantáneamente.

—Son muy pocas; además, estoy falto de práctica. Quizá otro día.

—Vamos, vamos —exclamó Dordolio, con los ojos brillantes—. He oído relatos de vuestras habilidades. No podéis negaros a demostrar vuestra técnica.

—Deberás disculparme; no me siento inclinado a ello.

—¡Sí, Adam Reith! —dijo de pronto Ylin Ylan—. ¡Hazlo, o nos decepcionarás a todos!

Reith volvió la cabeza, examinó a la Flor durante un largo momento. Su rostro, crispado y tenso y tembloroso por las emociones, no era el rostro de la muchacha que había conocido en Pera. De alguna forma se había producido un cambio; estaba contemplando el rostro de una desconocida.

Reith devolvió su atención a Dordolio, que evidentemente había sido incitado por la Flor de Cath. Fuera lo que fuese lo que planeaban, no era en absoluto en su beneficio.

Palo Barba intervino.

—Vamos —le dijo a Dordolio—, deja tranquilo a este hombre. Haré unos cuantos pases más contigo; así tendrás todo el ejercicio que necesitas.

—Quiero medirme con este hombre —declaró Dordolio—. Sus actitudes son exasperantes; creo que necesita un buen correctivo.

—Si lo que pretendes es iniciar una pelea —dijo fríamente Palo Barba—, esto es por supuesto asunto tuyo.

—No se trata de ninguna pelea —declaró Dordolio con voz resonante, casi nasal—. Digamos más bien una demostración. El tipo este parece confundir la casta de Cath con el vulgo. Existe una diferencia significativa, y quiero dejárselo bien claro.

Reith se puso cansadamente en pie.

—Muy bien. ¿Qué tienes en mente para tu demostración?

—Florete, espada, lo que queráis. Puesto que sois un ignorante en lo que a reglas caballerescas se refiere, no habrá ninguna; un simple «adelante» bastará.

—¿Y un «alto»?

Dordolio sonrió debajo de su bigote.

—Según dicten las circunstancias.

—Muy bien. —Reith se volvió hacia Palo Barba—. ¿Me permite examinar sus armas, por favor?

—Por supuesto.

Palo Barba abrió su estuche. Reith seleccionó un par de hojas cortas y ligeras.

Dordolio contempló las armas con una clara expresión de desagrado.

—¡Armas de niños, para el entrenamiento de muchachitos!

Reith alzó una de las hojas, la probó, tasajeó el aire con ella.

—Para mí es perfecta. Claro que si no te satisface, puedes usar cualquier otra hoja que te complazca más. A regañadientes, Dordolio tomó la ligera arma.

—No tiene vida; carece de movimiento y flexibilidad... Reith alzó su espada, y de un golpe inclinó el sombrero de Dordolio sobre sus ojos.

—Pero responde a todas las exigencias de quien la maneja, como puedes ver.

Dordolio se enderezó el sombrero sin hacer ningún comentario, dobló los puños de su blusa de seda blanca.

—¿Estáis preparado?

—Cuado tú digas.

Dordolio alzó su arma en un saludo ridículo, luego la inclinó a derecha e izquierda, hacia los espectadores. Reith retrocedió unos pasos.

—Creí que habíamos decidido dejar de lado las ceremonias.

Dordolio se limitó a hacer una mueca con las comisuras de su boca. Exhibió los dientes en una sonrisa lobuna, y se lanzó a uno de sus habituales ataques, acompañado de un abundante juego de pies. Reith paró sin ninguna dificultad, hizo una finta que desequilibró a Dordolio, y dio un tajo a una de las hebillas que sujetaban los pantalones de su contrincante.

Dordolio dio un salto atrás y atacó de nuevo, con su sonrisa burlona reemplazada ahora por otra siniestra. Atacó violentamente la defensa de Reith, pinchando aquí y allá, sondeando, probando; Reith reaccionó blandamente. Dordolio fintó, apartó de un golpe la hoja de Reith, se lanzó a fondo. Pero Reith ya había saltado a un lado; la hoja del caballero Yao solamente encontró aire. Reith lanzó un golpe preciso y, esta vez, la cinta de la hebilla cedió y se partió.

Dordolio retrocedió con el ceño fruncido. Reith avanzó, lanzó un tajo a la otra hebilla, y los pantalones de Dordolio se deslizaron cintura abajo.

Dordolio se retiró a un lado, el rostro púrpura. Arrojó la espada al suelo.

—¡Ésos son juegos ridículos! ¡Tomad una auténtica espada!

—Utiliza cualquier espada que prefieras. Yo sigo quedándome con ésta. Pero antes te sugiero que tomes las medidas necesarias para sujetar tus pantalones; de otro modo el asunto va a resultar más bien embarazoso, tanto para ti como para mí.

Dordolio inclinó la cabeza en un gélido saludo. Se apartó un poco del grupo, se ató los pantalones a su cintura con una correa.

—Estoy listo. Puesto que insistís, y puesto que mis propósitos son daros una lección, utilizaré el arma con la que estoy acostumbrado.

—Como prefieras.

Dordolio tomó su larga y flexible hoja, hizo un floreo con ella en torno a su cabeza, haciéndola cantar en el aire, y luego, con una inclinación de cabeza a Reith, se lanzó al ataque. La flexible punta barrió de derecha a izquierda; Reith se echó a un lado y casualmente, casi como por accidente, palmeó la mejilla de Dordolio con la parte plana de su hoja.

Dordolio parpadeó y se lanzó a un furioso ataque. Reith cedió terreno; Dordolio siguió avanzando, pateando el suelo con los pies, lanzando estocadas, hendiendo, atacando desde todos lados. Reith fue parando sus golpes, y en un momento determinado palmeó la otra mejilla de Dordolio. Luego retrocedió un poco.

—Yo estoy sin aliento; ¿quizá ya hayas tenido suficiente ejercicio por hoy?

Dordolio lo miró con furia, las aletas de su nariz distendidas, su pecho subiendo y bajando afanosamente. Se volvió, miró hacia el mar. Inspiró profundamente y se dio la vuelta.

—Sí —dijo con voz apagada—. Ya nos hemos ejercitado bastante. —Bajó la vista hacia su enjoyado estoque, y por un momento pareció que iba a arrojarlo al mar. En vez de ello, volvió a meterlo en su funda, hizo una inclinación de cabeza hacia Reith—. Vuestra esgrima es excelente. Me siento en deuda por la demostración.

Palo Barba avanzó unos pasos.

—Bien hablado; ¡un auténtico caballero de Cath! Ya basta de hojas y metal; tomemos un buen vaso de vino matutino.

Dordolio volvió a hacer una inclinación de cabeza.

—Disculpadme unos instantes. —Se dirigió a su cabina. La Flor de Cath permanecía sentada, como tallada en piedra.

Heizari trajo a Reith un vaso de vino.

—Tengo una idea maravillosa.

—¿Cuál es?

—Abandona el barco en Wyness; ven a la Colina de los Huertos y ayuda a mi padre con su academia de esgrima. Será una vida sencilla, sin preocupaciones ni temores.

—La perspectiva es agradable —admitió Reith—, y me gustaría seguirla... pero tengo otras responsabilidades.

—¡Déjalas a un lado! ¿Son tan importantes las responsabilidades cuando uno tiene tan sólo una vida que vivir? Pero no respondas. —Apoyó una mano sobre la boca de Reith—. Sé lo que vas a decir. Eres un hombre extraño, Adam Reith, tan taciturno y tan alegre a la vez.

—Yo no me considero extraño. Tschai es extraño; yo soy completamente vulgar.

—¡Por supuesto que no! —rió Heizari—. Tschai es... —hizo un gesto vago—. A veces es terrible... ¿pero extraño? No conozco ningún otro lugar. —Se puso en pie—. Bueno, te traeré un poco más de vino, y quizá yo beba un poco también. En un día tan tranquilo, ¿qué otra cosa se puede hacer?

El capitán pasaba por allí cerca; se detuvo.

—Disfrutar de la calma mientras se puede; los vientos se acercan. Miren al norte.

En el horizonte colgaba un banco de negras nubes; el mar debajo de ellas resplandecía como cobre. Mientras miraban, un soplo de aire cruzó el mar, curiosamente frío. Las velas del Vargaz restallaron; los aparejos chirriaron.

Dordolio salió de su cabina. Se había cambiado de ropas; ahora llevaba un atuendo marrón oscuro, zapatos negros de terciopelo, un puntiagido sombrero también de terciopelo negro. Buscaba a Ylin Ylan; ¿dónde estaba? En el extremo de la proa, reclinada sobre la barandilla, contemplando el mar. Dordolio dudó, luego se dio lentamente la vuelta. Palo Barba le tendió un vaso de vino; Dordolio se sentó en silencio bajo la gran linterna de latón.

El banco de nubes rodaba hacia el sur, lanzando destellos de luz púrpura, y el lejano retumbar de un trueno alcanzó el Vargaz.

Las velas triangulares fueron recogidas; el barco siguió avanzando lentamente, con sólo un pequeño foque de tormenta desplegado.

El atardecer se convirtió en una escena casi sobrenatural, con un sol marrón oscuro brillando apenas tras las negras nubes. La Flor de Cath regresó de proa: se detuvo, completamente desnuda, mirando hacia todos lados, ante los sorprendidos rostros de los pasajeros.

Llevaba una pistola de dardos en una mano, una daga en la otra. Su rostro exhibía una sonrisa peculiarmente fija; Reith, que había reconocido aquel rostro bajo las más diversas circunstancias, jamás lo hubiera reconocido. Dordolio, lanzando un grito inarticulado, corrió hacia ella.

La Flor de Cath apuntó la pistola hacia él; Dordolio se echó a un lado; el dardo pasó silbando junto a su cabeza. Ylin Ylan volvió a mirar a su alrededor; buscaba a Heizari. La descubrió y avanzó hacia ella, con la pistola nuevamente preparada. Heizari dejó escapar un grito de miedo y echó a correr tras el palo mayor. Un relámpago saltó de una nube a otra; Dordolio saltó, a su resplandor púrpura, hacia la Flor; ella le lanzó un tajo con la daga; Dordolio retrocedió tambaleándose; de su cuello brotaba sangre. La Flor apuntó la pistola de dardos; Dordolio se dejó caer de bruces tras la escotilla. Heizari echó a correr hacia el castillo de proa; la Flor la persiguió. Un marinero emergió en aquel momento del castillo... y se quedó petrificado. La Flor le lanzó un tajo al sorprendido rostro; el hombre cayó hacia atrás, rodando por las escaleras.

Heizari se había ocultado tras el trinquete. Un relámpago hendió el aire; el trueno le siguió casi inmediatamente.

La Flor rodeó el palo, agitando diestramente la hoja; la muchacha con el pelo naranja se aferró al costado y vaciló hacia delante, con una enorme sorpresa pintada en su rostro. La Flor apuntó la pistola de dardos, pero Palo Barba estaba ya allí y le dio un golpe seco al arma, enviándola resonando contra la cubierta. La Flor le lanzó un tajo con la daga, luego otro a Reith, que estaba intentando también sujetarla; trepó por la escalerilla de la bodega de proa, se subió al bauprés.

El barco se alzó sobre las olas y volvió a caer; el bauprés pareció elevarse y luego hundirse. El sol se hundió en el océano; la Flor se volvió para contemplarlo, sujetándose al estay del trinquete con una mano.

—¡Vuelve aquí, vuelve! —llamó Reith.

La muchacha se giró y le miró, con rostro remoto.

—¡Derl! —llamó Reith—. ¡Ylin Ylan! —Ella no dio ninguna muestra de haber oído. Reith apeló a sus otros nombres—: ¡Flor de Jade Azul! —Luego su nombre de corte—: ¡Shan Zarin!

Ella se limitó a dirigirle una triste sonrisa.

Reith intentó ablandarla. Utilizó su nombre de niña:

—Zози... Zози... baja de ahí.

El rostro de la muchacha cambió. Se acercó más al estay, sujetándose fuertemente a él.

—¡Zози! ¿Por qué no me hablas? Baja, sé buena chica. Pero la mente de ella estaba muy lejos, allá donde estaba ocultándose el sol.

Reith apeló a su nombre secreto.

—¡L'lae! ¡Ven, ven conmigo! ¡Es Ktan quien te llama, L'lae!

Ella agitó de nuevo la cabeza, sin apartar los ojos del mar.

Reith la llamó por su último nombre, aunque sonó extraño en sus labios: su nombre de amor. La llamó, pero el trueno ahogó el sonido de su voz, y la muchacha no le oyó. El sol era un pequeño segmento hundiéndose en el mar, reflejando apagados colores. La Flor se soltó del estay, pareció dar un paso, y cayó hacia un repentino surtidor de espuma. Por un instante Reith creyó ver la espiral de su oscuro pelo, luego desapareció.

Más tarde, ya entrada la noche, con el Vargaz trepando las empinadas laderas y hundiéndose en los profundos valles de las olas, Reith hizo una pregunta a Ankhe at afram Anacho, el Hombre-Dirdir.

—¿Crees que perdió la razón? ¿O se trató realmente del awaile?

—Fue el awaile. El refugio contra la vergüenza.

—Pero... —Reith fue a decir algo, pero no pudo hacer más que un gesto inarticulado.

—Dedicaste tus atenciones a la muchacha de la Isla de las Nubes. Su campeón se puso en ridículo. Su futuro se abría a la humillación. Nos hubiera matado a todos si hubiera podido.

—Lo encuentro incomprendible —murmuró Reith.

—Naturalmente. Tú no eres un Yao. Para la Princesa del Jade Azul, las presiones fueron demasiado grandes.

Ha sido afortunada. En Settra, hubiera sido castigada en una espectacular sesión de tortura pública.

Reith se marchó tambaleándose de la cubierta. La linterna de latón crujía en sus balanceos. Miró el agitado mar. En algún lugar, muy lejos y muy profundo, un blanco cuerpo flotaba en la oscuridad.

5

Los vientos soplaron inconstantes durante toda la noche: ráfagas, suspiros, tornados, soplos. El amanecer trajo consigo una brusca calma, y el sol mostró al Vargaz balanceándose en un agitado mar.

Al mediodía una terrible borrasca lanzó al barco directamente hacia el sur como un juguete, hendiendo el espumoso mar con la proa. Los pasajeros se mantuvieron en el salón. Heizari, vendada y pálida, no salió de la cabina que compartía con Edwe. Reith permaneció sentado a su lado durante una hora. La muchacha no sabía hablar de otra cosa que de su terrible experiencia.

—¿Pero por qué haría algo tan terrible?

—Al parecer los Yao son propensos a tales actos.

—Ya he oído eso; pero incluso la locura tiene una razón.

—El Hombre-Dirdir dice que se vio abrumada por la vergüenza.

—¡Qué estupidez! ¿Una persona tan hermosa como ella? ¿Qué pudo haber hecho para que la afectara tanto?

—No me atrevo a especular —murmuró Reith.

Las olas se convirtieron en gigantescas colinas que alzaban al Vargaz, empujando su redondo casco, burbujeando y crujiendo, bajando sus largas laderas. Finalmente, una mañana, el sol brilló en un cielo marrón claro libre de nubes. La marejada persistió un día más, luego recedió gradualmente, y el barco desplegó todas sus velas ante una alegre brisa del oeste.

Tres días más tarde una lejana isla negra surgió al sur, y el capitán informó que se trataba de un refugio de corsarios; mantuvo una atenta vigilancia desde el palo mayor hasta que la isla se desvaneció en la oscuridad del anochecer.

Los días fueron pasando sin nada que los distinguiera los unos de los otros: días curiosamente antisépticos dominados por lo incierto del futuro. Reith empezó a ponerse nerviosamente intranquilo. ¡Qué lejanos parecían los acontecimientos de Pera, una época tan inocente y desprovista de complicaciones! Por aquel entonces, Cath había parecido un paraíso de civilizada seguridad, con Reith convencido de que el Señor del Jade Azul facilitaría sus planes a través de la gratitud. ¡Qué absurda esperanza!

El barco se acercaba a la costa de Kachan, donde el capitán esperaba aprovechar las comentes que fluían hacia el norte para penetrar en el Parapan.

Una mañana, al salir a cubierta, Reith descubrió una isla de aspecto notable a estribor: un lugar no demasiado extenso, menos de medio kilómetro de diámetro, rodeado en el mismo borde del agua por un muro de cristal negro de treinta metros de altura. Al otro lado se alzaban una docena de enormes edificios de distintas alturas y proporciones carentes de gracia.

Anacho el Hombre-Dirdir se detuvo de pie a su lado, con los estrechos hombros hundidos y el largo rostro malhumorado.

—Estás contemplando la fortaleza de una raza maligna: los Wankh.

—¿Maligna? ¿Porque están en guerra con los Dirdir?

—Porque no quieren poner fin a la guerra. ¿Qué beneficio ofrece esa confrontación ni a los Dirdir ni a los Wankh? Los Dirdir ofrecen cesar las hostilidades; los Wankh se niegan. ¡Son un pueblo duro e inescrutable!

—Naturalmente, desconozco los raíces del conflicto —dijo Reith—. ¿Por qué el muro en torno a la isla?

—Para mantener alejados a los Pnume, que infestan Tschai como las ratas. Los Wankh no son una gente sociable. De hecho... mira bajo la superficie.

Reith escrutó el agua y vio una oscura silueta de apariencia humana deslizándose junto a la nave a una profundidad de tres o cuatro metros, con una estructura metálica fijada a su cintura y avanzando sin efectuar aparentemente ningún movimiento. La silueta hizo de pronto como una contorsión, se deslizó hacia un lado y desapareció en la oscuridad del agua.

—Los Wankh son una raza anfibia, que utilizan propulsores eléctricos para sus deportes bajo el agua.

Reith tomó una vez más el sondoscopio. Las torres de los Wank, como los muros, eran de cristal negro. Las redondas ventanas eran discos más negros que la negrura; una serie de balcones y galerías de frágil y retorcido cristal se convertían en pasarelas que conducían a otras estructuras más alejadas. Reith captó un movimiento: ¿un par de Wankh? Amplió el alcance y vio que eran hombres

—Hombres-Wankh, sin la menor duda—, con pieles tan blancas como la harina y negros pellejos colgando de unos cráneos casi planos. Sus rostros parecían lisos, con rígidos rasgos taciturnos; llevaban lo que parecían ser trajes negros de una sola pieza, con anchos cinturones de piel negra de los que colgaban pequeños accesorios, herramientas, instrumentos. Cuando entraban en el edificio, volvieron sus miradas hacia

el Vargaz, y por un instante Reith pudo ver completamente sus rostros. Apartó de golpe el sondascopio.

Anacho lo miró sorprendido.

—¿Qué ocurre?

—Vi dos Hombres-Wankh... Incluso tú, un extraño fenómeno de mutación, pareces normal comparado con ellos.

Anacho dejó escapar una sardónica risa.

—De hecho, no son muy distintos de los subhombres típicos.

Reith no discutió aquello; en primer lugar, no podía definir la cualidad exacta que había visto tras aquellos rígidos rostros blancos. Miró de nuevo, pero los Hombres-Wankh habían desaparecido. Dordolio había salido a cubierta y ahora contemplaba fascinado el sondascopio.

—¿Qué instrumento es ése?

—Un dispositivo óptico electrónico —dijo Reith sin el menor énfasis.

—Nunca había visto nada parecido. —Miró a Anacho—. ¿Es una máquina Dirdir?

Anacho hizo un gesto inconclusivo.

—Creo que no.

Dordolio lanzó a Reith una mirada llena de desconcierto.

—¿Es Chasch a Wankh? —Observó el estuche—. ¿Qué escritura es ésta?

Anacho se alzó de hombros.

—Ninguna que yo pueda leer.

—¿Puedes leerla tú? —preguntó Dordolio a Reith.

—Sí, creo que sí. —Animado por un repentino y malévolo impulso, leyó:

Agencia Federal del Espacio

División de Equipo e Instrumentos

Telescopio Binocular a Fotomultiplicación Mark XI

Ix-IOOx No proyectivo, inoperable en oscuridad total

BAF-1303-K-29023

Utilizar únicamente cargas de energía Tipo D5. En luz escasa, conectar el compensador de luz. No mirar directamente al sol o a cualquier otra fuente de iluminación intensa; si el protector automático falla, pueden producirse daños oculares.

Dordolio no consiguió apartar la vista del instrumento.

—¿Qué idioma es ése?

—Uno de los muchos dialectos humanos —dijo Reith.

—¿Pero de qué región? En Tschai hay hombres por todas partes, pero según tengo entendido todos ellos hablan el mismo idioma.

—Antes que ponerlos a ambos en una situación difícil, prefiero no decir nada —indicó Reith—. Seguid pensando en mí como en un amnésico.

—¿Nos tomas por estúpidos? —gruñó Dordolio—. ¿Acaso somos niños para que nuestras preguntas sean contestadas con evasivas?

—A veces —dijo Anacho, hablándole al aire— forma parte de la sabiduría el mantener un mito. Demasiados conocimientos pueden convertirse en una carga.

Dordolio se mordisqueó el bigote. Miró con el rabillo del ojo el sondascopio, luego se dio la vuelta y se alejó bruscamente.

Ante ellos habían aparecido otras tres islas, alzándose agrestes sobre el mar, cada una de ellas con su muro y su núcleo de excéntricos edificios negros. Una sombra se extendía en el horizonte más allá: la tierra firme de Kachan.

A medida que transcurría la tarde la sombra fue adquiriendo densidad y detalle, convirtiéndose en un hacinamiento de montañas que se alzaban del mar. El Vargaz las costó hacia el norte, casi refugiado en sus sombras, con negros milanos de caídas alas trazando círculos en torno a los mástiles y emitiendo gritos que eran casi lamentos y haciendo chasquear sus mandíbulas. A última hora de la tarde las montañas

desaparecieron para dejar paso a una bahía de estrecha embocadura., Una indescriptible ciudad ocupaba la orilla sur; en un promontorio al norte se alzaba una fortaleza Wankh, como una excrescencia de indisciplinados cristales negros. Un espacio-puerto ocupaba la llanura al este, y en él eran visibles un cierto número de naves espaciales de distintos tamaños y estilos.

Reith estudió a través del sondoscopio el paisaje y la ladera montañosa que descendía por el este hasta el espaciopuerto. Interesante, musitó, realmente interesante.

El capitán identificó el puerto como Ao Hidis, uno de los más importantes centros Wankh.

—No tenía intención de ir hasta tan al sur, pero puesto que estamos aquí, intentaré vender mis pieles y las maderas de Grenie; luego llevaré los productos químicos de los Wankh a Cath. Una advertencia para aquellos de ustedes que pretendan desembarcar. Hay dos ciudades aquí: Ao Hidis propiamente dicha, que es una ciudad humana, y otra de nombre impronunciable que es una ciudad Wankh. En la ciudad humana hay diversos tipos de gente, incluidos los Lokhar, pero principalmente Negros y Púrpuras. No se mezclan entre sí: solamente reconocen a los de su propia especie. Pueden andar sin temor por las calles, pueden comprar en cualquier tienda o puesto que tenga la parte frontal abierta. No entren en ninguna tienda cerrada ni taberna, ya sea Negra o Púrpura; lo más probable es que no vuelvan a salir de ella. No hay burdeles públicos. Si compran algo en una tienda Negra, no se detengan en una tienda Púrpura con los artículos que han comprado en la otra; serán mirados con malos ojos y quizá incluso insultados, y hasta es probable que, en algunos casos, atacados. Lo mismo a la inversa. En cuanto a la ciudad Wankh, no hay nada que hacer en ella excepto mirar a los Wankh, a lo cual no parecen poner ningún impedimento. Teniendo en cuenta todo esto, se trata de un puerto más bien poco interesante, con pocas diversiones en tierra firme.

El Vargaz se acercó a un muelle en el que ondeaba un pequeño banderín púrpura.

—En mi última visita hice tratos con los Púrpuras —le dijo el capitán a Reith, que permanecía en la cubierta de popa—. Fueron honestos conmigo y sus precios resultaron interesantes; no veo ninguna razón para cambiar.

El Vargaz fue amarrado junto al muelle por estibadores Púrpuras: hombres con rostros redondos en cabezas redondas con una tez color ciruela. En el muelle Negro contiguo los Negros les miraron con abierta hostilidad. Eran fisionómicamente similares a los Púrpuras, pero con pieles grises sorprendentemente moteadas en negro.

—Nadie sabe la causa de ello —observó el capitán, refiriéndose a la disparidad de color—. La misma madre puede producir un hijo Púrpura y otro Negro. Algunos culpan de ello a la dieta; otros a los medicamentos; otros afirman que se trata de una enfermedad que ataca a las glándulas de los pigmentos en los óvulos de la madre. Pero nacen Negros y nacen Púrpuras; y cada uno de ellos llama a los otros parias. Cuando se unen Negros y Púrpuras, la unión es estéril, o al menos eso se dice. La noción misma de esas uniones horroriza a las dos razas; es casi como emparejarse con las jaurías de la noche.

—¿Y el Hombre-Dirdir? —preguntó Reith—. ¿Va a ser molestado?

—Bah. Los Wankh no se preocupan de tales trivialidades. Los Chasch Azules son conocidos por su sádica malicia. La implacabilidad de los Dirdir es impredecible. Pero según mi experiencia, los Wankh son la gente más indiferente y remota de Tschai, y raras veces buscan problemas a los hombres. Quizá mantengan su maldad en secreto, como los Pnume; nadie lo sabe. Los Hombres-Wankh son de un tipo distinto, fríos como espectros, y no es prudente cruzarse con ellos. Bien, ya hemos amarrado. ¿Va a bajar a tierra? Recuerde mis advertencias: Ao Hidis es una ciudad dura. Ignore tanto a los Negros como a los Púrpuras; no hable con nadie; no interfiera con nada. En mi última visita perdí a un marinero que compró un chal en una tienda Negra, luego bebió unos vasos de vino en un tenderete Púrpura. Volvió al barco casi sin poder sostenerse sobre sus piernas, con espuma brotando de su nariz.

Anacho prefirió quedarse a bordo del Vargaz. Reith bajó a tierra con Traz. Una vez cruzado el muelle, se encontraron en una pintoresca calle pavimentada con losas de esquistos de mica. A ambos lados había casas toscamente construidas con piedra y madera, rodeadas de desperdicios. Arriba y abajo pasaban vehículos a motor de un tipo que Reith no había visto nunca antes; supuso que eran de fabricación Wankh.

Junto a la orilla, hacia el norte, se alzaban las torres Wankh. En esta dirección se hallaba también el espacio-puerto.

No parecía haber transportes públicos, de modo que Reith y Traz emprendieron el camino a pie. Las toscas casas fueron sustituidas por otras moradas más pretenciosas, y finalmente llegaron a una plaza rodeada por todos lados por tiendas y puestos al aire libre. La mitad de la gente era Negra, la otra mitad Púrpura; ninguno de ellos parecía reparar en la presencia de los otros. Los Negros acudían a las tiendas Negras; los Púrpuras compraban en los puestos Púrpuras. Negros y Púrpuras se empujaban al pasar, sin aparentar darse cuenta de ello ni pedir disculpas. El aborrecimiento colgaba en el aire como un hedor.

Reith y Traz cruzaron la plaza y siguieron hacia el norte a lo largo de una carretera de cemento, y finalmente llegaron a una verja de altos barrotes de cristal que rodeaba el espaciopuerto. Reith se detuvo y examinó el lugar.

—Por supuesto, no soy ningún ladrón —le dijo a Traz—. ¡Pero observa esa pequeña espacionave de ahí! De buen grado la confiscaría a su actual propietario.

—Es una nave Wankh —señaló Traz con aire pesimista—. No sabrías cómo controlarla. Reith asintió con la cabeza.

—Cierto. Pero si dispusiera de un poco de tiempo... una semana o así... podría aprender. Las naves espaciales son necesariamente muy parecidas entre sí.

—¡Piensa en cosas prácticas! —le advirtió Traz. Reith ocultó una sonrisa. Ocasionalmente, Traz volvía a la rígida personalidad del Onmale, el casi vital emblema que llevaba consigo cuando se conocieron. El joven agitó dubitativo la cabeza.

—¿Crees que unos vehículos valiosos como éstos van a ser dejados sin vigilancia, listos para volar al espacio? ¡Es impensable!

—Sin embargo, no parece haber nadie a bordo de esa pequeña nave —argumentó Reith—. Incluso las de carga parecen estar vacías. ¿Por qué debería haber vigilancia? ¿Quién desearía robar una, excepto alguien como yo?

—Bien, supongamos que consigues penetrar en la nave; ¿entonces qué? —preguntó Traz—. Antes de que puedas comprender cómo manejarla, te habrán descubierto y matado.

—Nadie niega que el proyecto es arriesgado —reconoció Reith.

Volvieron al puerto, y el Vargaz, una vez estuvieron nuevamente a bordo, pareció un paraíso de normalidad;

Durante toda la noche fueron descargadas mercancías y otras cargadas en su lugar. Por la mañana, con todos los pasajeros y miembros de la tripulación a bordo, el Vargaz soltó amarras, izó sus velas, y se deslizó de vuelta al océano Draschade.

El Vargaz navegó hacia el norte al amparo de la desolada costa de Kachan. A lo largo del primer día pasaron junto a una docena de fortalezas Wankh, que aparecían por la proa y no tardaban en desaparecer entre la bruma a popa. En el segundo día el Vargaz pasó frente a tres grandes fiordos. Del último de ellos surgió una galera a motor, cuya hélice dejaba una amplia estela a popa. El capitán envió inmediatamente a dos hombres al cañón. La galera se situó detrás de la popa del barco, paralela a su rumbo; el capitán hizo quitar las lonas que protegían la pieza, poniéndola bien en evidencia. La galera varió de rumbo y se dirigió mar adentro, y los gritos y abucheos de los marineros del Vargaz resonaron entre las olas.

Una semana más tarde, Dragan, la primera de las Islas de las Nubes, apareció a babor. Al día siguiente el barco penetró en el puerto de Wyness; allí desembarcaron Palo Barba,

su esposa y sus dos hijas de pelo naranja. Traz contempló pensativo su marcha. Edwe se volvió y agitó su mano en un gesto de despedida; luego la familia se perdió de vista entre las sedas amarillas y las capas de lino blanco de la gente que llenaba los muelles.

El barco permaneció dos días en Wyness, descargando, tomando nuevas mercancías y procurándose velas nuevas; luego fueron largadas amarras y el Vargaz puso nuevamente rumbo al mar.

Con un fuerte viento del este, el Vargaz cruzó sin dificultades el estrecho del Parapán. Pasó un día y una noche y otro día, y la atmósfera a bordo se hizo tensa, con toda la tripulación mirando hacia el este, intentando localizar las alturas de Charchan. Llegó el atardecer; el sol se hundió en una melancólica mezcla de marrones y grises y naranjas oscuros. La cena fue una bandeja de frutos secos y pescado en salmuera, que nadie comió, prefiriendo todos permanecer en la borda. Llegó la noche; el viento disminuyó; uno a uno, los pasajeros fueron retirándose a sus cabinas. Reith siguió en cubierta, meditando sobre las circunstancias de su vida. Pasó el tiempo. Desde popa le llegó un gruñir de órdenes; la vela mayor crujió al ser arriada, y el Vargaz se puso al paio. Reith fue a la barandilla. En medio de la oscuridad divisó una hilera de lejanas luces: la costa de Cath.

6

El amanecer reveló una costa baja, negra contra el cielo color sepia. La vela mayor fue izada de nuevo a la brisa matutina; el Vargaz penetró lentamente en el puerto de Vervodei.

El sol se alzó para revelar el rostro de la durmiente ciudad. Al norte, una serie de altos edificios de planas fachadas dominaban el puerto; al sur se desplegaban una serie de depósitos y almacenes.

El Vargaz echó el ancha; las velas chasquearon en los mástiles al ser arriadas. Se acercó un bote con cabos de amarraje, y el Vargaz fue arrastrado de popa hacia el muelle. Los oficiales de puerto subieron a bordo, consultaron con el capitán, intercambiaron saludos con Dordolio, y se fueron. El viaje había terminado.

Reith dijo adiós al capitán y, con Traz y Anacho, bajó a tierra. En el muelle se les acercó Dordolio.

—Debo despedirme de vosotros —dijo con voz intrascendente—. Parto inmediatamente hacia Settra.

Preguntándose qué se ocultaba tras la mente de Dordolio, Reith inquirió:

—¿El Palacio del Jade Azul se halla en Settra?

—Sí, por supuesto. —Dordolio se tironeó el bigote—. No tenéis que preocuparos por ese asunto: yo mismo transmitiré todas las noticias necesarias al Señor del Jade Azul.

—Sin embargo, desconoces la mayor parte de esas noticias —dijo Reith—. De hecho, lo desconoces casi todo.

—Vuestra información no representará un gran consuelo para él —dijo Dordolio rígidamente.

—Quizá no. Pero no dudo que se sentirá interesado en conocerla.

Dordolio agitó la cabeza con triste exasperación.

—¡Quijotesco! ¡No sabéis nada del ceremonial! ¿Acaso esperáis simplemente llegar delante del Señor y soltarle todo vuestro relato? ¡Absurdo! Y vuestras ropas: ¡inadecuadas! Sin mencionar al marmóreo Hombre-Dirdir y al muchacho nómada.

—Confiamos en la cortesía y la tolerancia del Señor del Jade Azul —dijo Reith.

—Bah —murmuró Dordolio—. No tenéis vergüenza. —Pero no se movió de allí, contemplando la calle con el ceño fruncido—. Entonces, ¿tenéis realmente intención de visitar Settra?

—Naturalmente.

—Aceptad mi consejo. Deteneos esta noche en uno de los albergues de aquí... el Dulvan es el más adecuado... y mañana o al día siguiente acudid a una tienda de ropas para caballero de una cierta reputación y poneos en sus manos. Luego, convenientemente ataviados, id a Settra. El Albergue de los Viajeros en el Oval os proporcionará una adecuada acomodación. Bajo esas circunstancias, quizá podáis hacerme un servicio. No sé cómo, pero al parecer he extraviado mis fondos, y me sentiría muy agradecido si me prestarais un centenar de sequins para efectuar mi viaje a Settra.

—Por supuesto —dijo Reith—. Pero creo que sería más conveniente que fuéramos a Settra todos juntos. Dordolio hizo un gesto irritado.

—Tengo un poco de prisa. Y vuestros preparativos tomarán un cierto tiempo.

—En absoluto —dijo Reith—. Estamos listos para partir en este mismo momento. Muéstranos el camino.

Dordolio examinó a Reith de la cabeza a los pies, sin ocultar su desagrado.

—Lo menos que puedo hacer, para nuestra mutua conveniencia, es procurar que vayáis vestidos con ropas respetables. Venid conmigo. —Y echó a andar por la explanada hacia el centro de la ciudad. Reith, Traz y Anacho le siguieron.

—¿Por qué tenemos que soportar su arrogancia? —murmuró indignado Traz.

—Los Yao son una gente mercurial —dijo Anacho—. Hay que aceptarlos como son.

Fuera de los muelles, la ciudad adquiría su auténtico carácter. Amplia, en cierto modo severa, con calles flanqueadas por edificios de planas fachadas hechas de ladrillos vitrificados bajo inclinados tejados de tejas marrones. Por todas partes era evidente una elegante dilapidación. La actividad de Coad estaba aquí ausente; las pocas personas que se veían iban de un lado para otro con una discreta reserva. Algunas llevaban complicados atuendos, camisas de lino blanco, corbatas anudadas en complejos nudos y lazos. Otras, aparentemente de inferior status, llevaban pantalones sueltos verdes o tostados y chaquetas y blusas de varios colores apagados.

Dordolio les condujo hasta una tienda de enorme escaparate donde había varias docenas de hombres y mujeres sentados, cosiendo. Hizo una seña a los tres hombres que le seguían y entró en la tienda. Reith, Anacho y Traz entraron tras él, y aguardaron mientras Dordolio hablaba enérgicamente con el viejo y calvo propietario.

Dordolio se acercó a Reith.

—He descrito vuestras necesidades; el sastre os proporcionará ropas de su almacén de confección a un precio asequible.

Tres jóvenes pálidos se acercaron a ellos, llevando sendas hileras de perchas con ropas ya confeccionadas. El propietario efectuó una rápida selección y les tendió algunas a Reith, Traz y Anacho.

—Creo que éstas servirán adecuadamente a los caballeros. Si queréis cambiaros ahora mismo, podéis disponer de nuestros vestidos.

Reith inspeccionó críticamente las ropas. La tela parecía un tanto basta; los colores algo crudos. Miró a Anacho, cuya reflexiva sonrisa reforzó sus propias suposiciones. Clavando los ojos en Dordolio, dijo:

—Tus propias ropas parecen un tanto ajadas. ¿Por qué no pruebas este traje para ti?

Dordolio retrocedió y alzó las cejas más de la cuenta.

—Estoy satisfecho con lo que llevo.

Reith dejó a un lado el atuendo que acababa de recibir.

—No lo encuentro adecuado para mí —le dijo al sastre—. Muéstrame tu catálogo, o lo que tengas como tal.

—Como deseáis, señor.

Reith, con Anacho observándole gravemente, examinó un centenar o así de dibujos a color. Señaló un traje de corte conservador en azul oscuro.

—¿Qué tal éste?

Dordolio emitió un sonido de impaciencia.

—Es el atuendo que llevaría un campesino rico en los funerales de un amigo íntimo. Reith señaló otro dibujo.

—¿Y éste?

—Menos apropiado todavía: la ropa de casa de un filósofo viejo para su propiedad en medio del campo.

—Hummm. Muy bien. Entonces —le dijo al sastre—, muéstrame las ropas adecuadas que llevaría un filósofo más o menos joven de impecable buen gusto en una visita casual a la ciudad.

Dordolio lanzó un bufido. Fue a decir algo, pero se lo pensó mejor y se retiró. El sastre dio órdenes a sus ayudantes. Reith miró a Anacho con el ceño fruncido.

—Para este caballero, las ropas de viaje de un dignatario de un alto castillo —dijo. Y señalando a Traz—: Y para él un traje sencillo para un joven caballero.

Aparecieron nuevas ropas, escandalosamente distintas de las encargadas por Dordolio. Los tres se cambiaron; el sastre hizo algunos pequeños retoques mientras Dordolio permanecía a un lado, tironeando de su bigote. Finalmente no pudo reprimir un comentario.

—Unas ropas elegantes, sin duda. Pero, ¿son adecuadas? Desconcertaréis a la gente cuando vuestra conducta no encaje con vuestra apariencia.

—¿Hubieras preferido que visitáramos Settra vestidos como patanes? —dijo despectivamente Anacho—. Las ropas que seleccionaste para nosotros no tenían nada de halagador hacia nuestras personas.

—¿Y eso qué importa? —exclamó Dordolio con voz fuerte—. Un Hombre-Dirdir fugitivo, un muchacho nómada y un individuo misterioso: ¿no es un absurdo vestir a gente así con ropas nobles?

Reith se echó a reír; Anacho agitó sus dedos; Traz lanzó a Dordolio una mirada de infinita irritación. Reith pagó la cuenta.

—Bien —murmuró Dordolio—, ahora vayamos al aeropuerto. Puesto que queréis lo mejor, podemos alquilar un vehículo aéreo.

—No tan aprisa —dijo Reith—. Como siempre, has calculado mal. Tiene que haber algún otro medio menos ostentoso de llegar a Settra.

—Naturalmente —dijo Dordolio, sin poder ocultar su ironía—. Pero la gente que viste como señores debe actuar como señores.

—Somos señores modestos —dijo Reith. Se dirigió al sastre—. ¿Cómo viajáis vosotros normalmente a Settra?

—Yo soy un hombre de poca estima o «lugar»; utilizo los transportes públicos.

Reith se volvió hacia Dordolio.

—Si tienes intención de viajar en un vehículo aéreo privado, aquí es donde nos separamos.

—Encantado; si me adelantáis quinientos sequins. Reith negó con la cabeza.

—Me temo que no.

—Entonces yo también deberé utilizar el transporte público.

Cuando salieron a la calle, Dordolio se mostró algo más cordial.

—Descubriréis que los Yao dan gran importancia a la coherencia y armonía de los atributos. Vais vestidos como personas de calidad, de modo que no dudo que os comportaréis en consonancia. Las cosas suelen ajustarse por sí mismas.

En la terminal, Dordolio tomó asientos de primera clase; poco después un largo vehículo llegó junto a la plataforma, deslizándose sobre dos grandes ruedas por una ranura cónica de un riel de cemento. Los cuatro hombres penetraron en un compartimiento y se sentaron en asientos recubiertos de peluche rojo. El vehículo se puso en marcha con un gruñido y una sacudida, y partió hacia la campiña de Cath.

Reith encontró el vehículo intrigante, incluso un poco desconcertante. Los motores eran pequeños, potentes y de diseño sofisticado; ¿por qué entonces el vehículo en sí estaba

tan rudimentariamente construido? Las ruedas —cuando alcanzaba la máxima velocidad, quizá unos cien kilómetros por hora— rodaban sobre cojines de aire, a veces con una sedosa suavidad, hasta que las ruedas entraban de nuevo en contacto con la ranura de cemento, en cuyos momentos el vehículo se estremecía y vibraba de una forma abominable. Los Yao, reflexionó Reith, parecían ser buenos teóricos, pero evidentemente eran malos ingenieros.

El vehículo atravesó una antigua zona cultivada, más civilizada que cualquier otra cosa que Reith había visto hasta entonces en Tschai. Había algo de neblina en el aire, tiñendo el sempiterno amarillo de la luz del sol; las sombras eran más negras que el negro. El vehículo cruzó bosquecillos, plantaciones de nudosos árboles de negras flores, parques y haciendas, poblados en los que solamente la mitad de las casas parecían estar habitadas. Tras ascender a una pantanosa meseta, el vehículo giró hacia el este sobre marismas y colinas de disgregada piedra calcárea. Reith creyó discernir castillos en ruinas en la distancia.

—Un país de fantasmas —dijo Dordolio—. Esto son los páramos de Audan; ¿habéis oído hablar de ellos?

—Nunca —dijo Reith.

—Una región desolada, como podéis ver. Un refugio para los fuera de la ley, incluso para algún que otro ocasional Phung. Cuando se ha hecho oscuro, los aullidos de las jaurías de la noche...

El vehículo descendió de los páramos de Audan a una región de gran encanto. Por todas partes había estanques y cursos de agua, dominados por enormes árboles negros, marrones y color orín. Altas casas con inclinados gabletes y elaborados balcones se erguían en pequeñas islas. Dordolio señaló hacia el este.

—¿Veis allá abajo, esa enorme mansión al borde del bosque? Oro y Cornalina: el palacio de mi stirpe. Detrás, pero no podéis verlo, se halla Halmeur, un barrio limítrofe de Settra.

El vehículo penetró en un bosque y emergió al otro lado a una región llena de dispersas granjas, con los domos y espiras de Settra alzándose en el cielo allá al fondo. Unos pocos minutos más tarde entraron en una terminal y el vehículo se detuvo. Los pasajeros salieron a una terraza.

—Ahora debo dejaros —dijo Dordolio—. Si cruzáis el Oval hallaréis el Albergue de los Viajeros, que os recomiendo y a dónde enviaré un mensajero con la suma que os debo. —Hizo una pausa y carraspeó—. Si los hados del destino hacen que volvamos a encontrarnos... por ejemplo si pensáis seguir adelante con vuestra quimérica ambición de haceros recibir por el Señor del Jade Azul... puede que sea conveniente para nuestros mutuos propósitos el que no nos reconozcamos los unos a los otros.

—No veo ninguna razón por la que ninguno de los dos deseemos hacer eso —dijo educadamente Reith.

Dordolio le miró secamente, luego hizo un saludo formal.

—Os deseo buena fortuna. —Echó a andar cruzando la plaza, aumentando el largo de sus zancadas a medida que caminaba.

Reith se volvió a Traz y Anacho.

—Vosotros dos id al Albergue de los Viajeros y arreglad el hospedaje. Yo voy al Palacio del Jade Azul. Con un poco de suerte llegaré antes que Dordolio, que parece tener una prisa muy peculiar.

Se dirigió a una hilera de triciclos motorizados, subió al primero.

—Al Palacio del Jade Azul, a toda velocidad —le dijo al conductor.

El motor se puso en marcha y el triciclo partió hacia el sur, cruzando edificios de ladrillo vitrificado y oscuros paneles de cristal, luego un distrito de pequeñas casitas de madera, luego un gran mercado al aire libre, un escenario tan abigarrado y multicolor como cualquier otro de los que había observado en Cath. Girando en ángulo recto, el triciclo

enfiló un antiguo puente de piedra, cruzó un portal en un muro de piedra y penetró en una amplia plaza circular. A su alrededor había tenderetes, en su mayor parte desocupados y llenos de mercancías; en el centro una corta rampa conducía a una plataforma circular, en cuya parte posterior había varias hileras de asientos. Una estructura rectangular ocupaba la parte delantera de la plataforma, y sus dimensiones le resultaron a Reith mórbidamente sugerentes.

—¿Qué es este lugar? —preguntó al conductor, que le lanzó una mirada de ligera sorpresa.

—El Círculo, sede de la Comunion Patética, como puede ver. ¿Es usted extranjero en Settra?

—Sí.

El conductor consultó una especie de horario impreso en cartulina amarilla.

—La próxima celebración tendrá lugar este viernes: será traído un diecinueve para clarificar su horrible desesperación. ¡Imagine, un diecinueve! ¡El mejor tanteo desde los veintidós del Señor Wis de la Ágata de Cristal!

—¿Quiere decir que mató a diecinueve?

—Por supuesto, ¿qué otra cosa podría ser? Cuatro eran niños, pero aún así es toda una proeza en estos días, en los que la gente parece desconfiar del awaile. Toda Settra acudirá a presenciar la expiación. Si está usted aún en la ciudad, no encontrará nada mejor para el provecho de su alma.

—Es probable que sí. ¿Falta mucho para el Palacio del Jade Azul?

—Cruzar Dalmere y llegar.

—Tengo prisa —dijo Reith—. Tan rápido como sea posible.

—Naturalmente, señor, pero si tengo un accidente o hiero a alguien, me sentiré extraordinariamente avergonzado, hasta lo más profundo de mi alma, y no quiero correr un riesgo de tanta responsabilidad.

—Es comprensible.

El triciclo enfiló un amplio bulevar, haciendo auténticas cabriolas para evitar los baches. Enormes árboles de negros troncos y follaje marrón y verde púrpura formaban como una especie de palio sobre la calzada; a ambos lados, rodeadas por oscuros jardines, se divisaban mansiones de la más extraordinaria arquitectura. El conductor señaló hacia delante.

—Allí en la colina: el Palacio del Jade Azul. ¿Por qué entrada, señor? —Inspeccionó irónicamente a Reith.

—La entrada principal —dijo Reith—. ¿Cuál si no?

—Como diga su señoría. Aunque la mayor parte de los que acuden a la entrada principal no llegan en triciclo a motor.

El vehículo ascendió la colina y se detuvo ante una puerta cochera. Reith pagó la carrera y descendió a una alfombra de seda apresuradamente depositada bajo sus pies por dos lacayos. Reith cruzó resueltamente un arco, para encontrarse en una estancia panelada con espejos. Una miríada de prismas de cristal colgaban tintineantes de cadenas de plata. Un mayordomo con una espléndida librea de terciopelo rojo oscuro hizo una profunda reverencia.

—Su señoría está en casa. ¿Deseáis descansar o tomar un cordial, aunque mi Señor Cizante aguarda impaciente el privilegio de recibirlos?

—Le veré inmediatamente; soy Adam Reith.

—¿Señor de qué dominio?

—Dile al Señor Cizante que traigo importante información.

El mayordomo miró inseguro a Reith, y su rostro se retorció en una docena de sutiles emociones. Reith se dio cuenta de que había cometido ya una serie de incorrecciones. No importa, pensó, el Señor del Jade Azul tendrá que comprender.

El mayordomo hizo una seña, un poco menos obsequioso que antes.

—Tened la bondad de venir por aquí.

Reith fue conducido a un pequeño patio interior donde murmuraba una cascada de luminoso líquido verde.

Pasaron dos minutos. Un hombre joven vestido con pantalones verdes y un elegante chaleco apareció. Su rostro era pálido como la cera, como si nunca hubiera visto la luz del sol; sus ojos eran sombríos y melancólicos; bajo un sombrero de cuatro puntas de suave terciopelo verde su pelo tenía el color del ala de cuervo: un hombre notablemente agraciado, que de alguna manera emanaba un aura a la vez de laxitud y competencia. Examinó a Reith con un interés crítico y habló con voz seca.

—Señor, ¿afirmáis poseer información para el Señor del Jade Azul?

—Sí. ¿Sois vos?

—Soy su ayudante. Podéis transmitirme vuestra información con toda confianza.

—Traigo noticias relativas al destino de su hija —dijo Reith—. Preferiría hablar directamente con el Señor del Jade Rojo.

El ayudante hizo un curioso gesto con la mano, como si hacheara algo, y desapareció. Regresó al cabo de pocos momentos.

—¿Vuestro nombre, señor?

—Adam Reith.

—Seguidme, por favor.

Llevó a Reith hasta una habitación revestida de madera barnizada de un color marfileño, iluminada por una docena de prismas luminosos. Al fondo había un hombre de pie, de aspecto frágil y con el ceño fruncido, vestido con un extravagante traje de ocho piezas de seda negra y púrpura. Tenía un rostro redondo, y su pelo oscuro caía a mechones sobre su frente; sus ojos eran también oscuros, muy separados, con una tendencia a mirar de soslayo. El rostro de un hombre receloso y reservado, pensó Reith. El Señor del Jade Azul examinó al terrestre con los labios fruncidos.

—Señor Cizante —dijo el ayudante—, os traigo al caballero Adam Reith, hasta ahora desconocido, que pasando por azar se ha sentido complacido de saber que vos estabais por las intermediaciones.

Hubo un silencio expectante. Reith se dio cuenta de que las circunstancias exigían una respuesta ritual.

—Me siento complacido, naturalmente, de hallar al Señor Cizante en su residencia —dijo—. Hace solamente una hora que he llegado de Kotan.

La boca de Cizante se apretó más, convirtiéndose en una delgada línea, y Reith supo inmediatamente que acababa de hacer una observación inadecuada.

—Por supuesto —dijo Cizante con voz tensa—. ¿Tenéis noticias relativas a la Dama Shar Zarin?

Aquel era el nombre de corte de la Flor. Reith respondió con una voz tan fría como la de Cizante.

—Sí. Puedo ofreceros un detallado informe de sus experiencias, y de su infortunada muerte.

El Señor del Jade Azul miró hacia el techo y habló sin bajar los ojos.

—Evidentemente venís a reclamar la recompensa.

El mayordomo entró en la habitación, le susurró algo al ayudante, y éste le murmuró discretamente algo al Señor Cizante.

—¡Curioso! —exclamó Cizante—. Uno de los retoños de los Oro y Cornalina, un tal Dordolio, acude también aquí, evidentemente a reclamar la recompensa.

—Despedidlo —dijo Reith—. Su conocimiento del asunto es superficial, como podréis comprobar.

—¿Mi hija está muerta?

—Lamento deciros que se ahogó arrojándose ella misma al agua, tras un ataque psicótico.

Las cejas del Señor se alzaron más secamente que antes.

—¿Cedió al awaile?

—Supongo que sí.

—¿Cuándo y dónde ocurrió eso?

—Hace tres semanas, a bordo del buque Vargaz, a medio cruzar el Draschade.

El Señor Cizante se dejó caer en una silla. Reith aguardó una invitación a hacer lo mismo, pero finalmente decidió sentarse por su cuenta. El Señor Cizante habló con voz seca:

—Evidentemente sufrió una profunda humillación.

—No sabría decirlo. Yo la ayudé a escapar de las Sacerdotisas del Misterio Femenino; a partir de entonces estuvo segura bajo mi protección. Se sentía ansiosa por regresar a Cath y me urgió a acompañarla, asegurándome vuestra amistad y gratitud. Pero tan pronto como iniciamos nuestro viaje hacia el este se volvió melancólica y, como os he dicho, a medio cruzar el Draschade se arrojó por la borda.

Mientras Reith hablaba, el rostro de Cizante fue pasando por una serie de fases y grados de las más diversas emociones.

—Así pues —dijo con voz crispada—, ahora, con mi hija muerta, tras circunstancias que no quiero imaginar, venís aquí a toda prisa a reclamar vuestra recompensa.

—Entonces no sabía nada de esa «recompensa», ni lo sé ahora —dijo fríamente Reith—. Vine a Cath por varias razones, la menos importante de las cuales era conoceros. Os hallo contrario a lo que yo considero una conducta cortés y civilizada, así que me marché. —Reith hizo una seca inclinación de cabeza y se dirigió hacia la puerta. Al llegar a ella se volvió—. Si deseáis saber más detalles relativos a vuestra hija, consultad a Dordolio, al que hallamos, al límite de sus recursos económicos, en Coad.

Reith abandonó la habitación. El sibilante murmullo del Señor del Jade Azul llegó hasta sus oídos:

—Sois un grosero.

En el vestíbulo aguardó al mayordomo, que le dedicó la más imperceptible de sus sonrisas y señaló hacia un pasillo pintado de rojo y azul, apenas iluminado.

—Por aquí, señor.

Reith no le prestó atención. Se dirigió al vestíbulo principal, y salió por donde había entrado.

7

Reith regresó caminando al Oval, meditando sobre la ciudad de Settra y el curioso temperamento de su gente. Se vio obligado a admitir que el plan de conseguir una pequeña nave espacial, que allá en el lejano Pera le había parecido como mínimo realizable, parecía ahora impracticable. Había esperado gratitud y amistad del Señor del Jade Azul; había encontrado hostilidad. En cuanto a las habilidades técnicas de los Yao, se sentía inclinado al pesimismo, y se dedicó a evaluar los vehículos que le cruzaban por la calle. Parecían funcionar satisfactoriamente, aunque daban la impresión de que lo primero que habían tenido en mente los diseñadores, antes que la eficiencia, había sido la originalidad y la elegancia. La energía era extraída de las células multiuso producidas por los Dir-dir; el acoplamiento no era en absoluto suave; una indicación, al menos desde el punto de vista de Reith, de descuido o incompetencia por parte de los ingenieros. No había dos iguales; cada uno parecía una construcción individualizada.

Casi con toda seguridad, reflexionó Reith, la tecnología Yao era inadecuada para sus propósitos. Sin acceso a componentes estándar, controles de calidad, circuitos integrados, formas estructurales, ordenadores, analizadores Fourier, generadores a macro-gauss, normas, sin mencionar personal técnico hábil y dedicado, la construcción

incluso de la más tosca de las espacionaves se convertía en una tarea abrumadora, imposible ni siquiera dedicándole toda una vida... Llegó a un pequeño parque circular, umbrío bajo las enormes sillas de rugosa corteza negra y hojas apergaminadas. En el centro de alzaba un enorme monumento. Una docena de figuras masculinas, cada una de las cuales llevaba un instrumento o una herramienta, danzaban con una inquietante gracia ritual en torno a una forma femenina, que permanecía erguida con los brazos en alto y el rostro alzado en intensa emoción. Reith no pudo identificar su expresión. ¿Exultación? ¿Agonía? ¿Pesar? ¿Beatificación? Fuera cual fuese el caso, el monumento era inquietante, y arañaba las partes más profundas de su mente como un ratón la madera. El monumento parecía muy antiguo... ¿miles de años? Reith no podía estar seguro. Una niña pequeña y un muchachito algo mayor pasaron por su lado. Se detuvieron primero a estudiar a Reith, luego dedicaron una fascinada atención a las deslizantes figuras y sus macabros instrumentos. Reith, de un humor sombrío, siguió su camino y finalmente llegó al Albergue de los Viajeros. Ni Traz ni el Hombre-Dirdir estaban por allí. Sin embargo habían reservado habitaciones: una suite de cuatro estancias que daba al Oval.

Reith se bañó y se cambió de ropas. Cuando bajó al salón principal, el crepúsculo se había extendido sobre el Oval, que ahora estaba iluminado por un anillo de grandes globos luminosos con una gran variedad de colores pastel. Traz y Anacho aparecieron por el otro lado del Oval. Reith los observó con una hosca sonrisa. Eran básicamente antagónicos, como un gato y un perro; sin embargo, cuando las circunstancias los unían, se comportaban con una cautelosa camaradería.

Anacho y Traz, resultó, habían ido a parar por casualidad a una zona conocida como «el Mazo», donde los caballeros dirimían sus asuntos de honor. Durante el transcurso de la tarde habían contemplado tres lances: asuntos casi anodinos y sin derramamiento de sangre, informó Traz con un resoplido despectivo.

—Las ceremonias agotan sus energías —dijo Anacho—. Tras las reverencias y las formalidades, les queda poco tiempo para luchar.

—Me atrevería a decir que los Yao son más peculiares aún que los Hombres-Dirdir —dijo Reith.

—¡Ja! ¡Disiento de eso! Tan sólo conoces a un Hombre-Dirdir. Puedo mostrarte a un millar y confundirte totalmente. Pero vamos; el comedor está tras esa esquina. Si no otra cosa, al menos la cocina Yao es satisfactoria.

Los tres cenaron en un amplio salón con las paredes llenas de tapices. Como de costumbre, Reith no pudo identificar lo que comía, y no se molestó en averiguarlo. Había un guiso amarillento, levemente dulzón, con flotantes copos de corteza salada; lonchas de pálida carne aderezada con pétalos de flores; una verdura parecida al apio espolvoreada con alguna especia terriblemente picante; tortas con aroma a musgo y resina; moras negras con sabor a pantano; transparente vino blanco que cosquilleaba en la boca.

Los tres tomaron un poco de licor después de la cena en la taberna contigua. La clientela incluía a varias personas no Yao, que parecían utilizar el lugar como punto de reunión. Uno de ellos, un hombre alto tocado con un bonete de piel y una evidente propensión a la bebida, miró a Reith directamente al rostro.

—Estoy equivocado, por supuesto. Por un momento pensé que eras Vect de Holangar; luego me dije a mí mismo: ¿dónde están sus tenazas? De modo que me dije no, es solamente otro de esos anomos que se deslizan al Albergue de los Viajeros con la esperanza de ver a los de su propia clase.

—Me gustaría ver a los de mi propia clase —dijo Reith—. Nada me complacería más.

—¿Y bien, no es ése el caso? ¿De qué tipo eres? No puedo ponerle ningún nombre a tu rostro.

—Soy un vagabundo de lejanas tierras.

—No más lejanas que las mías, que se hallan al final de la costa de Vord, donde el cabo del Terror hace retroceder al Schanizade. ¡He visto cosas, puedo asegurártelo!

¡IncurSIONES en el Arkady! ¡Batallas con la gente del mar! Recuerdo una ocasión en la que nos metimos en las montañas y destruimos a los bandidos... Por aquel entonces yo era joven y un gran soldado; ahora velo por la comodidad de los Yao y me gano con ello mi propia comodidad, y así la vida no resulta demasiado dura.

—Supongo que no. ¿Eres un técnico?

—No soy tan grande como eso. Inspecciono ruedas en el depósito de los vehículos de transporte público.

—¿Hay muchos técnicos extranjeros trabajando en Settra?

—Cierto. Cath es un lugar lo suficientemente confortable como para que puedas olvidarte de las extravagancias de los Yao.

—¿Qué hay acerca de los Hombres-Wankh? ¿Hay muchos de ellos en Settra?

—¿Trabajando? Nunca. Cuando estuve en Ao Zalil, al este del lago Falas, vi cómo eran las cosas. Los Hombres-Wankh no trabajan nunca, ni siquiera para los Wankh; ya se agotan bastante pronunciando los carillones Wankh. Aunque normalmente interpretan los acordes con la ayuda de pequeños y notables instrumentos.

—¿Quiénes trabajan entonces en las tiendas Wankh? ¿Negros y Púrpuras?

—¡Oh, no! Cualquiera de ellos podría verse obligado a manejar un artículo que hubiera tocado la mano del otro. Los Lokhar de tierra adentro son los que realizan la mayor parte del trabajo en las tiendas. Durante diez o veinte años, o incluso más, se afanan en ellas, y luego vuelven a sus poblados convertidos en hombres ricos. ¿Hombres-Wankh trabajando en las tiendas? ¡Vaya chiste! ¡Son tan orgullosos como los Hombres-Dirdir Inmaculados! Veo que tienes a tu lado a un Hombre-Dirdir esta noche.

—Sí, es mi camarada.

—¡Es extraño encontrar a un Hombre-Dirdir tan corriente! —se maravilló el viejo—. Solamente me he tropezado con tres antes de ahora, y los tres me trataron como el polvo de sus zapatos. —Vació su vaso, lo dejó sobre la mesa con un golpe seco—. Ahora tengo que irme; os deseo buenas noches a todos, incluso al Hombre-Dirdir.

El viejo se marchó. Casi con el mismo batir de la puerta penetró un hombre joven pálido y de pelo negro, vestido discretamente con finas ropas color azul oscuro. Había visto a aquel hombre en algún lugar, pensó Reith, y recientemente... ¿Dónde? El hombre caminó con lentitud, como sumido en sus pensamientos, a lo largo del pasillo que había libre junto a la pared. Fue a la barra, le sirvieron un vaso de un jarabe oscuro. Cuando se volvió, sus ojos se encontraron con los de Reith. Hizo una cortés inclinación de cabeza y, tras una momentánea vacilación, se acercó. Entonces lo reconoció Reith: era el joven y pálido ayudante de Cizante.

—Buenas noches —dijo el joven—. ¿Quizá me reconocéis? Soy Helsse de Isan, de la casa del Jade Azul. Creo que nos hemos visto hoy.

—Ciertamente, he tenido algunas palabras con tu amo. Helsse dio un sorbo a su vaso, hizo un gesto de desagrado y lo depositó sobre la mesa.

—Vayamos a un lugar un poco más tranquilo donde podamos hablar.

Reith dijo unas palabras a Traz y Anacho, luego se volvió de nuevo a Helsse.

—Di dónde.

Helsse miró casualmente hacia la entrada principal, pero eligió salir por el restaurante. Mientras se marchaban, Reith captó con el raballo del ojo a un hombre entrando en la taberna y mirando con ojos furiosos a su alrededor: Dordolio.

Helsse pareció no haberlo visto.

—Cerca de aquí hay un pequeño cabaret, no muy distinguido, pero tan bueno como cualquier otro lugar para que podamos hablar un poco.

El cabaret era un local de techo bajo, iluminado con lámparas rojas y azules, con reservados pintados de azul rodeando una pista central. Un cierto número de músicos estaban sentados en una plataforma, y dos de ellos tocaban pequeños gongs y tambores, mientras un bailarín se retorció sinuosamente de un lado para otro. Helsse seleccionó un

reservado cerca de la puerta, tan lejos de los músicos como era posible; los dos hombres se sentaron en almohadones azules, y Helse pidió dos copas de «Tintura de Madera Silvestre», que les fueron traídas inmediatamente a la mesa.

El bailarín se fue, y los músicos iniciaron una nueva melodía con instrumentos similares al oboe, flauta, celo y tímpano. Reith escuchó por unos momentos, sorprendido por la raspante melodía que era casi un lamento, el repiquetear del tímpano, los repentinamente excitados arpeggios de la flauta.

Helse se inclinó solícito hacia delante.

—¿No estáis familiarizado con la música Yao? Al menos ésa es la impresión que dais. Ésta es una de nuestras formas tradicionales: un lamento.

—Nunca la hubiera confundido con una composición alegre.

—Cuestión de apreciación. —Helse empezó a enumerar una serie de formas musicales de optimismo decreciente—. No quiero dar a entender con esto que los Yao sean una gente melancólica; basta con asistir a uno de los bailes de temporada para apreciarlo.

—Dudo que sea invitado a ninguno de ellos —dijo Reith.

La orquesta inició otra melodía, una serie de acordes apasionados iniciados por cada instrumento en instantes distintos, terminando todos juntos en un sostenido trémolo. Por una extraña asociación de ideas, Reith pensó en el monumento en el parque circular.

—¿Tiene la música alguna conexión con vuestro ritual de expiación?

Helse sonrió de una forma distante.

—He oído decir que el espíritu de la Comunión Patética permea la psique Yao.

—Interesante. —Reith guardó silencio unos momentos. Helse no lo había traído hasta allí para hablar de música.

—Espero que los sucesos de esta tarde no hayan representado para vos un gran inconveniente —dijo Helse.

—Ninguno en absoluto, excepto una cierta irritación.

—¿Acaso no esperabais la recompensa?

—No sabía nada de ella. Esperaba la cortesía habitual, por supuesto. La recepción que me ofreció el Señor Cizante, vista en retrospectiva, parece de lo más notable.

Helse asintió seriamente.

—Es un hombre notable. Pero en estos momentos se halla en una delicada posición. Inmediatamente después de vuestra partida se presentó el caballero Dordolio, denunciándoos como un intruso y reclamando la recompensa para él. Si he de ser sincero, acceder a ello representaría una situación embarazosa para el Señor Cizante, si tenemos en cuenta todas las consideraciones. Es posible que vos no sepáis que las casas del Jade Azul y del Oro y Cornalina son rivales. El Señor Cizante sospecha que Dordolio pueda utilizar la gratificación para humillar a la casa del Jade Azul, con consecuencias que en estos momentos nadie puede prever.

—¿Cuál fue exactamente la recompensa prometida por el Señor Cizante? —preguntó Reith.

—La emoción abrumó su habitual reserva —dijo Helse—. Declaró: «Quienquiera que me devuelva a mi hija o me traiga noticias de ella podrá pedir lo que desee, y yo haré todo lo posible por cumplir sus deseos.» Unas palabras fuertes, como podéis ver, pronunciadas solamente para los oídos de la casa del Jade Azul, pero que se extendieron rápidamente.

—Parece —dijo Reith— que yo le haría un favor a Cizante aceptando su bondad.

—Eso es lo que queremos poner en claro —dijo Helse cuidadosamente—. Dordolio ha hecho un cierto número de afirmaciones insolentes relativas a vos. Declara que sois un bárbaro supersticioso que intenta revivir el «culto». Si vuestra petición fuera que el Señor Cizante convirtiera su palacio en un templo y se uniera él también al «culto», puede que prefiriera los términos de Dordolio.

—¿Aunque yo hubiera sido el primero en aparecer en escena?

—Dordolio os acusa de traición, y está violentamente furioso. Pero dejando a un lado todo esto, ¿qué pedís vos al Señor Cizante, a la luz de las circunstancias?

Reith meditó. Desgraciadamente, no podía permitirse el orgulloso lujo de rechazar aquello.

—No estoy seguro. Me gustaría obtener algún consejo desinteresado, pero no sé dónde encontrarlo.

—Probad conmigo —sugirió Helsse.

—No os veo en absoluto como parte desinteresada.

—Mucho más de lo que vos podéis llegar a imaginar.

Reith estudió aquel pálido y agraciado rostro, los negros ojos. Helsse era un hombre desconcertante, sobre todo por su impersonalidad, ni cordial ni frío. Hablaba con una ostensible sinceridad, pero no permitía que ninguna señal inconsciente revelara el estado de su yo interior.

La orquesta se había dispersado. Un hombre más bien obeso con una larga túnica marrón subió a la plataforma. Tras él se sentó una mujer de largo pelo negro llevando un laúd. El hombre inició un lamento ululante: medias palabras que Reith fue incapaz de captar.

—¿Otra melodía tradicional? —inquirió. Helsse se alzó de hombros.

—Un estilo especial de cantar. No deja de tener valor. Si todo el mundo se diera tanto trabajo como éste, habría mucho menos awaile.

Reith escuchó.

—Juzgadme inflexibles, todos vosotros —gemía el cantante—. He cometido un terrible crimen, y ello a causa de mi desesperación.

—De hecho —dijo Reith—, parece absurdo discutir mis mejores ventajas sobre el Señor Cizante con su propio ayudante.

—Oh, pero vuestras mejores ventajas no son necesariamente las desventajas del Señor Cizante —dijo Helsse—. Con Dordolio, el caso es distinto.

—El Señor Cizante no mostró hacia mí una gran cortesía —murmuró Reith—. No me siento en absoluto ansioso de hacerle un favor. Por otra parte, tampoco tengo intención de favorecer a Dordolio, que me llama bárbaro supersticioso.

—Es posible que el Señor Cizante se sintiera demasiado impresionado por vuestras noticias —sugirió Helsse—. En cuanto a la acusación de Dordolio, es evidentemente inexacta, y no vale la pena seguir tomándola en cuenta.

Reith sonrió.

—Dordolio me ha conocido durante un mes; ¿puedes discutir sus opiniones teniendo en cuenta el poco tiempo que me conoces tú?

Si esperaba desconcertar a Helsse, fracasó. La sonrisa del ayudante del Señor del Jade Azul fue suave.

—Normalmente acierto en mis apreciaciones.

—Supongamos que lo que yo pretendo es hacer públicas una serie de aparentemente alocadas afirmaciones: que Tschai es plano, que los dogmas del «culto» son correctos, que el hombre puede vivir bajo el agua... ¿cuál sería tu opinión?

Helsse meditó seriamente el asunto.

—Cada caso es distinto. Si vos me decís que Tschai es plano, evidentemente tendré que revisar mi anterior juicio. Si argumentáis lo relativo al credo del «culto», suspenderé la decisión y escucharé vuestras observaciones, porque se trata de un asunto de opinión y no existe ninguna prueba, al menos por lo que yo sé. Si insistís en que el hombre puede vivir bajo el agua, puede que me sienta inclinado a aceptar vuestra afirmación como una base de trabajo. Después de todo, los Pnume se sumergen, al igual que los Wankh; ¿por qué no los hombres, quizá con un equipo especial?

—Tschai no es plano —dijo Reith—. Los hombres pueden vivir bajo el agua durante cortos períodos de tiempo utilizando branquias artificiales. No sé nada del «culto» ni de sus doctrinas.

Helsse dio un sorbo a su copa de esencia. El cantante se había marchado; ahora apareció un grupo de bailarines: hombres con piernas y brazos envueltos con telas negras, desnudos desde la parte superior de las caderas hasta la caja torácica. Reith los contempló fascinado por un momento, luego apartó la vista.

—Danzas tradicionales —explicó Helsse— relativas a la Comunión Patética. Éste es el «Movimiento Precursor de los Oficiantes hacia el Expiador».

—Los «oficiantes», ¿con los torturadores?

—Son los que proporcionan los medios para una absoluta expiación. Muchos se convierten en héroes populares debido a sus apasionadas técnicas. —Se puso en pie—. Venid. Habéis dejado implícito un cierto interés hacia el «culto». Resulta que conozco la ubicación de su lugar de reunión, que no está muy lejos de aquí. Si os sentís interesado, os llevaré.

—Si la visita no es contraria a las leyes de Cath.

—No temáis por ello. Cath no posee leyes, solamente costumbres, lo cual parece convenir perfectamente a los Yao.

—Peculiar —dijo Reith—. ¿El asesinato no está prohibido?

—Ofende a las costumbres, al menos bajo ciertas circunstancias. De todos modos, los asesinos profesionales de la Cofradía y la Compañía de Servicios actúan sin ningún reproche público. En general, la gente de Cath hace lo que considera adecuado y- sufre un mayor o menor oprobio. De modo que podéis visitar el «culto» e incurrir, como máximo, en invectivas. Reith se puso en pie.

—Muy bien: condúceme.

Cruzaron el Oval, siguieron por una tortuosa callejuela hasta desembocar en una penumbrosa avenida. Las excéntricas siluetas de las casas del lado opuesto se recortaban contra el cielo, donde se alineaban a la vez Az y Braz. Helsse llamó suavemente a una puerta que exhibía una pálida fosforescencia azul. Los dos hombres aguardaron en silencio. La puerta se abrió una rendija; un rostro de larga nariz atisbo por la abertura.

—Visitantes —dijo Helsse—. ¿Podemos entrar?

—¿Sois asociados? Debo informaros que éste es el centro del distrito de la Sociedad de Anhelantes Refluxivos.

—No somos asociados. Este caballero es un extranjero que desea aprender algo del «culto»

—Es bienvenido y tú también, puesto que parece que no te preocupa el «lugar»

—Nada en absoluto.

—Lo cual te señala como el más alto entre los altos o el más bajo entre los bajos. Entrad. Tenemos poca diversión que ofrecer... convicciones, unas cuantas teorías, unos pocos hechos. —El Refluxivo apartó una cortina—. Entrad.

Helsse y Reith penetraron en una amplia habitación de techo bajo. A un lado, casi perdidos entre tanto espacio vacío, había dos hombres y dos mujeres sentados, bebiendo té en tazas de hierro.

El Refluxivo hizo un gesto medio obsequioso, medio sardónico.

—Ya estamos; contemplad por vosotros mismos el horrible «culto». ¿Habéis visto alguna vez algo menos estrepitoso?

—El «culto» —dijo Helsse, con un tono sentencioso de voz— es despreciado no por la apariencia de sus lugares de reunión, sino por sus provocativas afirmaciones.

—Afirmaciones... ¡bah! —declaró el Refluxivo con voz irritadamente quejumbrosa—. Los demás nos persiguen, pero somos los elegidos del conocimiento.

—¿Qué es exactamente lo que sabéis? —preguntó Reith.

—Sabemos que los hombres no son originarios de Tschai.

—¿Cómo podéis saber esto? —exclamó Helsse—. La historia humana se hunde en las tinieblas.

—Es una Verdad intuitiva. También estamos convencidos de que algún día los Magos Humanos devolverán su semilla al Mundo Natal. ¡Y entonces, qué alegría! El Mundo Natal es un lugar de bondad, con aire que ensancha los pulmones como el más dulce de los vinos de Iphthal. En el Mundo Natal hay montañas de oro coronadas con ópalos y bosques de ensueño. La muerte es un accidente extraño, no un destino ineludible; todos los hombres viven con la paz y la alegría como compañeras, con deliciosas viandas por todas partes para comer y dulces néctares para beber.

—Una visión deliciosa —dijo Helsse—, ¿pero no crees que es un tanto hipotética? ¿O más exactamente un dogma institucional?

—Es posible —declaró el testarudo Refluxivo—. De todos modos, un dogma no tiene por que ser necesariamente falso. Existen verdades reveladas, y he aquí una: ¡la revelada imagen del Mundo Natal! —Señaló hacia un globo planetario de un metro de diámetro que colgaba al nivel de los ojos.

Reith se acercó al globo y lo inspeccionó, inclinando la cabeza hacia uno y otro lado, intentando identificar las líneas de las costas, descubriendo aquí una sorprendente similitud, allá una absoluta disparidad. Helsse se detuvo a su lado.

—¿Qué os evoca esto? —Su voz era fría y tranquila.

—Nada en particular.

Helsse emitió un suave gruñido de alivio mezclado quizá con una cierta decepción, o al menos eso creyó Reith.

Una de las mujeres alzó su obeso cuerpo del banco donde estaba sentada y avanzó hacia ellos.

—¿Por qué no os unís a la Sociedad? —insinuó—. Necesitamos nuevos rostros, nueva sangre, para aumentar la nueva e incontenible marea. ¿No nos ayudaréis a establecer contacto con el Mundo Natal?

Reith se echó a reír.

—¿Hay algún método práctico?

—¡Por supuesto! ¡La telepatía! De hecho, no disponemos de otro recurso.

—¿Por qué no una nave espacial?

La mujer pareció desconcertada y miró a Reith con ojos fruncidos, como intentando adivinar si hablaba en serio.

—¿Cómo podríamos conseguir alguna?

—¿No hay ninguna en venta? ¿Ni siquiera una pequeña?

—Nunca he oído de un caso así.

—Ni yo —fue el frío comentario de Helsse.

—Y además, ¿qué haríamos con ella? —preguntó la mujer casi brutalmente—. El Mundo Natal se halla situado en la constelación de Clan, pero el espacio es enorme; derivaríamos eternamente.

—Los problemas son grandes —admitió Reith—. De todos modos, suponiendo que vuestras premisas sean correctas...

—¿Suponer? ¿Premisas? —inquirió la mujer gruesa con voz impresionada—. Más bien revelación.

—Es posible. Pero el misticismo no es un enfoque práctico al viaje espacial. Supongamos que, por uno u otro medio, os halláis al mando de una nave espacial: entonces os resultará muy fácil verificar las bases de vuestras creencias. Todo lo que tenéis que hacer es dirigiros hacia la constelación de Clari, deteniéndoos a intervalos adecuados para monitorizar la zona en busca de señales de radio. Más pronto o más tarde, si el Mundo Natal existe, un instrumento adecuado detectará las señales.

—Interesante —dijo Helsse—. ¿Suponéis que ese mundo, si existe, se hallará tan adelantado como para propagar ese tipo de señales?

Reith se alzó de hombros.

—Puesto que suponemos la existencia del mundo, ¿por qué no debemos suponer la existencia de señales?

Helsse no tenía nada que decir al respecto. El Refluxivo declaró:

—Ingenioso pero superficial. ¿Cómo, por ejemplo, conseguiríamos una nave espacial?

—Con fondos suficientes y la habilidad técnica necesaria, podéis construir una nave pequeña.

—Para empezar —dijo el Refluxivo—, no disponemos de esos fondos.

—Esa es la menor de las dificultades, o al menos eso me atrevo a creer —murmuró Helsse.

—La segunda posibilidad es comprar una nave pequeña a uno de los pueblos que ya practican la navegación espacial: los Dirdir, los Wankh, incluso quizá los Chasch Azules.

—De nuevo una cuestión de sequins —dijo el Refluxivo—. ¿Cuánto puede valer una nave espacial? Reith miró a Helsse, que frunció los labios.

—Medio millón de sequins, si hubiera alguien dispuesto a vender una, lo cual dudo.

—La tercera posibilidad es la más directa —dijo Reith—. Una confiscación, pura y simple.

—¿Confiscación? ¿A quién? Aunque seamos miembros del «culto», todavía no somos unos lunáticos. La mujer gruesa lanzó un resoplido desaprobador.

—Este hombre es un loco romántico.

—Te aceptaríamos de buen grado como asociado, pero tienes que descubrir una metodología ortodoxa —dijo suavemente el Refluxivo—. Ofrecemos clases de control del pensamiento y telepatía proyectiva dos veces por semana, el ildía y el azdía. Si quieres asistir...

—Me temo que eso sea imposible —dijo Reith—. Pero vuestro programa es interesante, y espero que os dé resultados fructíferos.

Helsse hizo un gesto cortés; los dos se fueron.

Caminaron en silencio a lo largo de la tranquila avenida. De pronto Helsse preguntó:

—¿Cuál es vuestra opinión ahora?

—La situación habla por sí misma —dijo Reith.

—¿Estáis convencido de que su doctrina no es plausible?

—Yo no iría tan lejos. Seguro que los científicos han encontrado lazos biológicos entre los Pnume, los Phung, las jaurías de la noche y otras criaturas indígenas. Los Chasch Azules, los Chasch Verdes y los Viejos Chasch también se hallan relacionados del mismo modo entre sí. Pero los Pnume, los Wankh, los Chasch, los Dirdir y los Hombres son biológicamente distintos. ¿Qué te sugiere a ti todo esto?

—Admito que las circunstancias son desconcertantes. ¿Tenéis vos alguna explicación?

—Creo que se necesitan más hechos. Quizá los Refluxivos se conviertan en adeptos telépatas y nos sorprendan a todos.

Helsse siguió caminando en silencio. Doblaron una esquina. Reith hizo detenerse a su compañero.

—¡Quieto! —Aguardó.

Sonó un rumor de pasos apresurados; una forma oscura dobló la esquina. Reith agarró a la figura, le hizo dar la vuelta, aplicó un brazo en torno a su cuello formando tenaza. Helsse hizo un par de tentativos movimientos; sin confiar en nadie, Reith lo mantuvo en su campo de visión.

—Enciende una luz —dijo Reith—. Veamos a quién tenemos. O qué.

Helsse extrajo de su bolsillo un globo luminoso y lo mantuvo en alto. El cautivo se retorció, pateó, tiró. Reith apretó su presa y sintió el restallar de un hueso, pero la figura,

agitándose, le hizo perder el equilibrio. Del invisible rostro brotó un silbido de triunfo; consiguió liberarse. Luego hubo un destello metálico, un jadeo de dolor.

Helsse volvió a alzar su globo de luz y sacó su daga de la espalda de la retorciente forma, mientras Reith se acercaba a su lado, la boca fruncida en un gesto de desaprobación.

—Eres rápido con la hoja. Helsse se alzó de hombros.

—Él lleva agujas. —Dio la vuelta al cuerpo con el pie; sonó un pequeño tintineo cuando una aguja de cristal cayó contra el suelo de piedra.

Los dos hombres contemplaron curiosos el blanco rostro, medio oculto bajo el ala de un extravagantemente ancho sombrero negro.

—Se pone un sombrero como un Pnumekin —dijo Helsse—, y es tan pálido como un fantasma.

—O un Hombre-Wankh —dijo Reith.

—Pero creo que es distinto a ambos; en qué, no podría decirlo. Quizá sea un híbrido, una mezcla, lo cual se dice que es la mejor cualidad para el trabajo de espionaje.

Reith le quitó el sombrero, dejando al descubierto un cráneo completamente calvo. El rostro tenía huesos finos y músculos algo blandos; la nariz era fina y flexible y estaba rematada por una pequeña protuberancia. Sus ojos, medio abiertos, parecían negros. Acercándose más, Reith creyó ver que llevaba el cráneo afeitado.

Helsse miró inquieto a ambos lados de la calle.

—Vamos, tenemos que marcharnos aprisa, antes de que la patrulla lo encuentre y dé aviso.

—No tan aprisa —dijo Reith—. No hay nadie cerca. Mantén en alto la luz; aléjate un poco, allá donde puedas ver a ambos lados de la calle. —Helsse obedeció reluciente, y Reith pudo observarlo con el rabillo del ojo mientras registraba el cadáver. Sus ropas desprendían un extraño olor almizcleño; Reith sintió que se le revolvía el estómago mientras rebuscaba aquí y allá. De un bolsillo interior de la capa tomó un fajo de papeles. Desprendió una blanda bolsa de piel que colgaba de su cinturón.

—¡Vamos! —siseó Helsse—. No debemos ser descubiertos; perderíamos todo «lugar».

Regresaron al Oval y al Albergue de los Viajeros. Se detuvieron en la arcada frente a la entrada del establecimiento.

—La velada fue interesante —dijo Reith—. Aprendí mucho.

—Desearía poder decir lo mismo —dijo Helsse—. ¿Qué tomasteis del hombre muerto?

Reith abrió la bolsa, que contenía un puñado de sequins. Luego desplegó el fajo de papeles, y los dos lo examinaron a la luz que les llegaba desde la posada, para descubrir una serie de hileras de una escritura peculiar: una sucesión de rectángulos de distintas formas y tamaños.

Helsse miró a Reith.

—¿Reconocéis esta escritura?

—No.

Helsse lanzó una corta risa parecida a un ladrido.

—Es Wankh.

—Hum. ¿Qué puede significar?

—Simplemente más misterio. Settra es una colmena de intrigas. Los espías están por todas partes.

—¿Y los dispositivos de espionaje? ¿Micrófonos? ¿Células visoras?

—Cabe suponerlo.

—Entonces podemos deducir que el salón de los Refluxivos se halla monitorizado... Quizá fui demasiado atrevido con mis consejos.

—Si el monitor era el hombre muerto, entonces vuestras palabras se han perdido. Pero permitidme que tome custodia de estas notas. Haré que las traduzcan; hay una colonia de Lokhar cerca, y algunos de ellos conocen bien el Wankh.

—Iremos juntos —dijo Reith—. ¿Te parece bien mañana?

—Estupendo —dijo hoscamente Helsse. Miró hacia el otro lado del Oval—. Para terminar: ¿qué debo decirle al Señor Cizante respecto a vuestra recompensa?

—No lo sé —respondió Reith—. Tendré una respuesta mañana.

—Puede que la situación se clarifique un poco antes —dijo Helsse—. Ahí está Dordolio.

Reith se volvió en redondo y descubrió a Dordolio avanzando a largas zancadas hacia él, seguido por dos afectados caballeros. Dordolio estaba claramente furioso. Se detuvo a un metro de Reith y, adelantando el mentón, restalló:

—¡Me habéis arruinado con vuestros trucos viciosos! ¿Acaso no tenéis vergüenza? — Se quitó el sombrero y lo arrojó al rostro de Reith. Reith se echó a un lado, y el sombrero planeó y fue a caer en medio del Oval.

Dordolio agitó un dedo ante el rostro de Reith; Reith retrocedió un paso.

—Vuestra muerte está asegurada —dijo Dordolio con voz ronca—. ¡Pero no por el honor de mi espada! ¡Asesinos de baja casta enterrarán vuestro cuerpo en excrementos de ganado! ¡Veinte parias apalearán vuestro cadáver! ¡Un perro arrastrará vuestra cabeza por las calles tirando de vuestra lengua!

Reith consiguió esbozar una débil sonrisa.

—Cizante arreglará lo mismo para vos, a petición mía. Es una recompensa tan buena como cualquier otra.

—Cizante. ¡Bah! Un corrompido advenedizo, un invertido gruñón. Del Jade Azul no va a quedar nada; ¡la caída de ese palacio culminará el «rondó»!

Helsse avanzó un paso.

—Antes de que sigáis con vuestras notables afirmaciones, sabed que yo represento a la Casa del Jade Azul, y que me sentiré obligado a informar a su Excelencia el Señor Cizante de la sustancia de vuestros comentarios.

—¡No me vengáis con trivialidades! —restalló Dordolio. Hizo un gesto furioso a Reith—. ¡Recoged mi sombrero, o mañana esperad los Doce Toques!

—Una pequeña concesión —dijo Reith—, si eso me asegura vuestra partida. — Recogió el sombrero de Dordolio, lo sacudió un par de veces, se lo tendió—. Vuestro sombrero, que tirasteis a la plaza. —Rodeó a Dordolio y entró en el albergue. Dordolio lanzó una risita que era casi un croar, golpeó el sombrero contra su cadera y, haciendo una señal a sus camaradas, se alejó.

En el interior del albergue, Reith preguntó a Helsse:

—¿Qué son los «Doce Toques»?

—A intervalos, cada día, quizá cada dos días, un asesino pincha a su víctima con una varilla afilada. El doceavo toque es fatal; el hombre muere. Por acumulación de veneno, por una sola dosis final o por una sugestión mórbida, sólo la Cofradía de Asesinos lo sabe. Ahora tengo que regresar al Jade Azul. El Señor Cizante estará interesado en mi informe.

—¿Qué vas a decirle? Helsse se limitó a reír.

—¡Vos, el más reservado de los hombres, preguntándome eso! De todos modos, Cizante oirá que vos estáis dispuesto a aceptar la recompensa, y que probablemente abandonaréis pronto Cath...

—¡Yo no he dicho nada de esto!

—Sin embargo, será uno de los elementos de mi informe.

Reith despertó a la pálida luz del sol filtrada por los gruesos cristales ambarinos de las ventanas. Permaneció tendido en la cama poco familiar, recogiendo los dispersos hilos de su existencia. Era difícil no sentir un profundo abatimiento. Cath, donde había esperado

encontrar flexibilidad, esclarecimiento y quizá incluso cooperación, era un lugar apenas menos difícil que la estepa de Amán. Obviamente era una locura soñar en conseguir una nave espacial en Settra.

Reith se sentó en la cama. Había conocido el horror, el pesar, la desilusión, pero había habido también momentos de triunfo y esperanza, incluso unos pocos instantes espasmódicos de alegría. Si tenía que morir mañana —o dentro de doce días, tras doce «toques»—, había vivido ya una vida maravillosa. Muy bien pues, pondría su destino a prueba. Helsse había predicho su partida de Cath; Helsse había leído el futuro, o la personalidad de Reith, más exactamente que el propio Reith.

Mientras desayunaba con Traz y Anacho, les contó sus aventuras de la noche anterior. Anacho consideró inquietantes las circunstancias que rodeaban todo lo ocurrido.

—Ésta es una sociedad perturbada, constreñida por la formalidad del mismo modo que un huevo podrido se ve constreñido por su cáscara. Sea cual sea tu meta, y a veces pienso que tú eres el más evidente de todos los lunáticos, no podrás conseguirla aquí.

—Estoy de acuerdo.

—Entonces —dijo Traz—, ¿qué hacemos?

—Lo que planeo es peligroso, quizá una auténtica locura. Pero no veo otra alternativa. Pretendo pedirle dinero a Cizante; lo compartiremos. Luego creo que lo mejor será que nos separemos. Tú, Traz, lo mejor que puedes hacer es regresar a Wyness, donde podrás llevar una vida no peor que la que has llevado hasta ahora. Quizá Anacho pueda hacer lo mismo. Ninguno de los dos sacaréis ningún provecho viniendo conmigo; me atrevería más bien a garantizaros lo contrario.

Anacho miró al otro lado de la plaza.

—Hasta ahora has conseguido sobrevivir, aunque sea precariamente. Me siento curioso por saber qué es lo que realmente pretendes. Con tu permiso, me uniré a tu expedición, que sospecho es a todas luces tan desesperada como quieres darnos a entender.

—Pretendo confiscar una espacionave Wankh del aeropuerto de Ao Hidis, o de algún otro lugar si parece más conveniente.

Anacho alzó sus manos en el aire.

—No me temía menos. —Empezó a enumerar un centenar de objeciones, que Reith no se molestó en contradecir.

—Todo eso es muy cierto; terminaré mis días en una mazmorra Wankh o en la barriga de algún componente de las jaurías nocturnas; sin embargo, eso es lo que voy a intentar. Os ruego encarecidamente a los dos que os dirijáis a las Islas de las Nubes y viváis de la mejor manera que os sea posible.

—Bah —se burló Anacho—. ¿Por qué no intentas algo más razonable, como exterminar a los Pnume o intentar enseñar a los Chasch a cantar?

—Tengo otras ambiciones.

—Sí, sí, tu lejano planeta, el hogar del hombre. Me siento tentado a ayudarte, aunque sea tan sólo para demostrar tu locura.

—En lo que a mí respecta —dijo Traz—, me gustaría ver ese lejano planeta. Sé que existe, porque vi la nave espacial en la que llegó Adam Reith.

Anacho examinó al joven con las cejas alzadas en evidente sorpresa.

—Nunca mencionaste esto antes.

—Nunca lo preguntaste.

—¿Cómo podía un absurdo así penetrar en mi mente?

—Una persona que llama absurdos a los hechos recibirá a menudo sorpresas —dijo Traz.

—Pero al menos ha organizado las relaciones cósmicas en categorías, lo cual lo sitúa aparte de los animales y los subhombres.

—Ya basta —intervino Reith—; dediquemos nuestras energías al trabajo, puesto que los dos parecéis inclinados al suicidio. Hoy buscamos información. Y aquí está Helsse trayéndonos importantes noticias, o al menos así parece por su aspecto.

Helsse se les acercó y les dedicó un educado saludo.

—Ayer por la noche, como sin duda habréis imaginado, tuve mucho de que informar al Señor Cizante. Os pide que hagáis alguna petición razonable, que se sentirá contento de satisfacer. Recomienda que destruyamos los papeles tomados al espía, y me siento inclinado a estar de acuerdo con él. Si aceptáis, el Señor Cizante os otorgará mayores concesiones.

—¿De qué naturaleza?

—No las ha especificado, pero sospecho que tiene en mente una cierta relajación del protocolo respecto a vuestra presencia en el Palacio del Jade Azul.

—Estoy más interesado en los documentos que en el Señor Cizante. Si desea verme siempre puede acudir aquí al albergue.

Helsse dejó escapar una quebradiza risita.

—Vuestra respuesta no es una sorpresa. Si estáis preparado os conduciré al Ebron Sur, donde encontraremos a un Lokhar.

—¿No hay eruditos Yao que lean el lenguaje Wankh?

—Una tal ciencia sería completamente inútil.

—Hasta que alguien deseara traducir un documento. Helsse hizo un gesto indiferente.

—En esta vuelta del «rondó», el utilitarismo es una filosofía extraña. El Señor Cizante, por ejemplo, encontraría vuestros argumentos no sólo incomprensibles, sino también desagradables.

—Puede que nunca tengamos oportunidad de discutir al respecto —dijo Reith tranquilamente.

Helsse había llegado en un medio de transporte extremadamente elegante: un carruaje azul con seis ruedas escarlatas y una profusión de festones dorados. El interior era como un lujoso salón, con un tapizado gris verdoso, una pálida moqueta gris, un techo en forma de arco cubierto de seda verde. Los asientos estaban mullidamente acolchados; a un lado, bajo las ventanillas de pálido cristal verde, un bufete ofrecía bandejas de golosinas. Helsse hizo subir a sus invitados con la mayor cortesía; hoy llevaba un traje verde pálido y gris, como haciendo juego con la decoración del carruaje.

Cuando todos estuvieron sentados, pulsó un botón para cerrar la portezuela y replegar los escalones. Reith observó:

—Aunque desprecie el utilitarismo como doctrina, al parecer al Señor Cizante no le importa aprovecharse de sus aplicaciones.

—¿Os referís al mecanismo de cierre de las portezuelas? No es consciente de que exista. Siempre tiene a alguien a mano para que pulse el botón por él. Como otros de su clase, solamente toca los objetos para jugar o para obtener placer. ¿Lo encontráis extraño? No importa. Debéis aceptar la aristocracia Yao tal como es.

—Evidentemente tú no te consideras como un miembro de la aristocracia Yao.

Helsse se echó a reír.

—Hubiera sido más delicada la conjetura de que me gusta lo que hago. —Habló a través de una rejilla—: Al Mercado de Ebron Sur.

El carruaje se puso en movimiento. Helsse sirvió copas de jarabe e indicó las golosinas.

—Vais a visitar nuestro distrito comercial: de hecho, la fuente de nuestra riqueza, aunque es considerado vulgar discutirlo.

—Extraño —murmuró Anacho—. Los Dirdir, en su nivel más alto, no se muestran nunca tan arrogantes.

—Son una raza distinta —dijo Helsse—. ¿Superior? No estoy convencido. Los Wankh nunca estarían de acuerdo, en caso de que alguna vez se molestaran en examinar el concepto.

Anacho se alzó despectivamente de hombros, pero no dijo nada más.

El carruaje avanzó por una zona mercantil: el Mercado, luego por un distrito de pequeñas moradas de una maravillosa diversidad de estilos. Finalmente se detuvo ante un grupo de achaparradas torres cuadradas de ladrillo. Helsse señaló un cercano jardín donde había sentados una docena de hombres de apariencia espectacular. Llevaban camisas y pantalones blancos, y su pelo, largo y abundante, era también blanco, en sorprendente contraste con la lustrosa negrura de sus pieles.

—Los Lokhar —dijo Helsse—. Mecánicos emigrados de las tierras altas al norte del lago Falas en el Kislovan Central. Ésa no es su coloración natural: blanquean su pelo y tiñen su piel. Algunos dicen que los Wankh impulsaron en ellos esa costumbre hace miles de años para diferenciarlos de los Hombres-Wankh, que naturalmente tienen la piel blanca y el pelo negro. En cualquier caso, van y vienen, trabajando allá donde obtienen unos mejores emolumentos, puesto que son una gente notablemente avariciosa. Algunos, después de trabajar en las tiendas y los talleres Wankh, han emigrado al norte, a Cath; algunos de ellos conocen algo del lenguaje Wankh, y ocasionalmente pueden descifrar el sentido de los documentos Wankh. Observad al hombre más viejo del fondo, el que está jugando con el niño; tiene la reputación de ser uno de los mejores expertos en lenguaje Wankh. Pedirá una suma exorbitante por sus esfuerzos, y a fin de evitar que pida sumas aún más exorbitantes en el futuro hay que regatear con él. Si tenéis la bondad de aguardar aquí, iré a hacer los arreglos necesarios.

—Un momento —dijo Reith—. A un nivel consciente estoy convencido de tu integridad, pero no puedo controlar mis instintivas sospechas. Hagamos los arreglos juntos.

—Como deseéis —dijo Helsse condescendentemente—. Enviaré al chófer a buscarle. —Habló por la rejilla.

—Si los arreglos ya han sido hechos con anterioridad —murmuró Anacho—, el acallar las sospechas de una persona ingenua es algo tan fácil como engañoso.

Helsse asintió juiciosamente.

—Creo poder apagar vuestras ansiedades. Un momento más tarde, el anciano se acercó al carruaje.

—Subid, por favor —dijo Helsse. El anciano metió su cabeza de blanca cabellera por la portezuela.

—Mi tiempo es valioso; ¿qué deseáis de mí?

—Un asunto que os beneficiará.

—Beneficio, ¿eh? Al menos puedo escuchar. —Entró en el carruaje y se sentó con un gruñido confortable. El aire adquirió un olor a pomada especiada y ligeramente rancia. Helsse se puso en pie ante él. Con una mirada de soslayo a Reith, dijo:

—Nuestro arreglo queda anulado. Prescinde de las instrucciones que recibiste de mí.

—¿Arreglo? ¿Instrucciones? ¿De qué estás hablando? Me confundes con otro. Yo soy Zarfo Detwiler. Helsse hizo un gesto desenvuelto.

—Eres a quien buscamos. Queremos que nos traduzcas un documento Wankh, la guía a un tesoro oculto. Tradúcelo correctamente, y compartirás el botín.

—No, no, nada de eso. —Zarfo Detwiler agitó un negro dedo—. Compartiré el botín con placer; pero además quiero cien sequins, y ninguna recriminación si lo que traduzco no os satisface.

—Ninguna recriminación, de acuerdo. ¿Pero cien sequins para posiblemente nada? Ridículo. Mira: cinco sequins, y puedes comer todas las golosinas que quieras de esas espléndidas y caras muestras que tienes aquí.

—Eso último pienso hacerlo igualmente; ¿acaso no soy tu invitado? —Zarfo Detwiler se metió un puñado de golosinas en la boca—. Debes pensar que soy bobalicón para ofrecer

cinco sequins. Solamente tres personas en Settra son capaces de decir cuál es la parte de arriba y cuál la de abajo en un ideograma Wankh. Y solamente yo puedo leer su significado, en virtud de los treinta años que he pasado en los talleres mecánicos de Ao Hidis.

El regateo prosiguió; Zarfo Detwiler aceptó finalmente cincuenta sequins y una participación de un diez por ciento del supuesto botín. Helsse hizo una seña a Reith, que extrajo los documentos.

Zarfo Detwiler tomó los papeles, entrecerró los ojos, frunció el ceño, se pasó los dedos por su blanca melena. Alzó la vista y dijo en tono grave:

—Os iluminaré acerca de las comunicaciones Wankh sin cobraros nada por ello. Los Wankh son una gente peculiar, totalmente única. Su cerebro trabaja a pulsos. Ven a pulsos, y piensan en pulsos. Su habla brota a pulsos, un carillón de muchas vibraciones que lleva en sí el significado de una frase. Cada ideograma es el equivalente de uno de esos carillones, lo cual quiere decir que es una unidad completa de significado. Por esta razón, leer el Wankh es tanto un asunto de adivinación como de lógica; uno debe enunciar todo un significado con cada ideograma. Ni siquiera los Hombres-Wankh aciertan siempre en ese significado. Veamos ahora este asunto que tenéis aquí... dejadme ver. Este primer carillón... hummm. ¿Observáis esta distorsión? Normalmente significa una equivalencia, una identidad. Un cuadrado con esta textura y con el sombreado a la derecha significa a veces «verdad» o «percepción verificada» o «situación» o quizá «la actual condición del cosmos». Esas marcas... no sé. Este sombreado de aquí... creo que se trata de una persona hablando. Puesto que está al fondo, está sintonizado en los acordes bajos, por lo que parece que... sí, este signo de aquí indica volición positiva. Esas otras marcas... hummm. Sí, son organizadoras, que especifican el orden y énfasis de los demás elementos. No puedo comprenderlas; solamente puedo conjeturar el sentido total. Algo así como: «Deseo informar de que las condiciones son idénticas o no se ha producido ningún cambio» o «Una persona está ansiosa por especificar que el cosmos es estable». Algo así. ¿Estáis seguros de que esta información se refiere a un tesoro?

—Así nos fue vendida.

—Hummm. —Zarfo tironeó de su larga y negra nariz—. Dejadme ver. Este segundo símbolo: ¿observáis esa sombra y ese asomo de un ángulo? Lo primero es «visión»; lo segundo «negación». No puedo leer los organizadores, pero puede que signifiquen «ceguera» o «invisibilidad»...

Zarfo prosiguió con sus elucubraciones, meditando sobre cada ideograma, señalando ocasionalmente un fragmento de significado pero reconociendo en su mayor parte su fracaso, y mostrándose más y más nervioso.

—Habéis sido engañados —dijo finalmente—. Estoy seguro de que no hay aquí ninguna mención de dinero ni tesoro. Parece decir, por todo lo que puedo deducir: «Deseo afirmar que las condiciones son las mismas.» Algo acerca de unos deseos, o esperanzas, o voliciones particulares. «Pronto veré al hombre dominante, el líder de nuestro grupo.» Algo desconocido. «El líder no es de ninguna ayuda» o quizá «se mantiene aparte». «El líder cambia lentamente, o se metamorfosea, en el enemigo.» O quizá «El líder cambia lentamente para convertirse en algo parecido al enemigo.» Un cambio de algún tipo... no puedo comprenderlo. «Solicito más dinero.» Algo acerca de la aparición de un recién llegado o un extranjero «de la mayor importancia». Y eso es todo.

Reith creyó captar una casi imperceptible relajación en la actitud de Helsse.

—Eso no nos ilumina mucho —dijo secamente el Yao—. Bien, has hecho todo lo que has podido. Aquí tienes tus veinte sequins.

—¡Veinte sequins! —rugió Zarfo Detwiler—. ¡El precio pactado fue cincuenta! ¿Cómo voy a poder comprarme mi pequeña pradera si soy engañado constantemente?

—Oh, muy bien; si prefieres mostrarte cicatero...

—¡Cicatero, por supuesto! La próxima vez leed vosotros mismos el mensaje.

—Hubiera podido hacerlo, teniendo en cuenta la ayuda que nos has prestado.

—Fuisteis engañados. Eso no es la guía a ningún tesoro.

—Aparentemente no. Bien, buenos días. Reith siguió a Zarfo cuando éste se alejó del carruaje. Volvió un momento la vista a Helsse.

—Me quedaré aquí; quiero hablar un par de palabras con este caballero.

Helsse no se mostró muy complacido.

—Tenemos que discutir otro asunto. Es necesario que el Señor del Jade Azul reciba información.

—Esta tarde tendré una respuesta definitiva para ti. Helsse asintió secamente.

—Como queráis.

El carruaje partió, dejando a Reith y al Lokhar de pie en medio de la calle.

—¿Hay alguna taberna cerca? Quizá podamos charlar un poco mientras bebemos algo.

—Soy un Lokhar —gruñó el anciano de piel negra—. No pudro mi cerebro y vació mis bolsillos con alcohol; no antes del mediodía, al menos. De todos modos puedes invitarme a una hermosa salchicha de Zam o a una loncha de buen queso.

—Encantado.

Zarfo lo condujo a un local donde servían comidas; los dos hombres llevaron sus consumiciones a una mesa en la calle.

—Me siento sorprendido por tu habilidad para leer ideogramas —dijo Reith—. ¿Dónde aprendiste?

—En Ao Hidis. Trabajé como matricero con un viejo Lokhar que era un auténtico genio. Me enseñó a reconocer unos cuantos carillones, y me mostró dónde las sombras equivalían a la intensidad vibratoria, dónde la sonoridad igualaba a la forma, dónde los distintos componentes del acorde encajaban con la textura y la gradación. Tanto los carillones como los ideogramas son regulares y racionales, una vez has sintonizado el ojo y el oído. Pero la sincronización es difícil. —Zarfo dio un gran mordisco a su salchicha—. Es innecesario decir que los Hombres-Wankh desaniman tales aprendizajes; si sospechan que un Lokhar está estudiando, es despedido. Oh, son una gente muy hábil. Guardan celosamente su papel como intercesores entre los Wankh y el mundo de los hombres. Una gente astuta. Sus mujeres son extrañamente hermosas, como perlas negras, pero crueles y frías, y en absoluto propensas a las frivolidades.

—¿Pagan bien los Wankh?

—Como todo el mundo, tan poco como les es posible. Pero nos vemos obligados a hacer concesiones. Si los costes del trabajo suben, entonces tomarán esclavos, o entrenarán a Negros y Púrpuras, los unos o los otros. Entonces perderemos nuestros empleos y quizá también nuestra libertad. Así que trabajamos con ellos sin quejarnos demasiado, y buscamos empleos más provechosos en otro lugar una vez somos expertos.

—Es muy probable —dijo Reith— que el Yao Helsse, el del vestido gris y verde que ha iniciado el trato contigo, te pregunte de qué hemos hablado. Puede que incluso te ofrezca dinero.

Zarfo dio otro mordisco a su salchicha.

—Naturalmente le diré todo lo que quiera saber, si me paga lo suficiente.

—En ese caso —dijo Reith— nuestra conversación deberá limitarse a trivialidades, lo cual no reportará ningún provecho a ninguno de los dos.

Zarfo masticó pensativamente.

—¿Cuánto es el provecho que tienes en mente?

—Prefiero no especificar, puesto que entonces te limitarás a pedirle más a Helsse, o intentarás conseguir lo mismo de ambos.

Zarfo suspiró desanimado.

—Tienes una triste opinión de los Lokhar. Nuestra palabra es nuestro vínculo; una vez cerramos un trato, no lo deshacemos.

El regateo prosiguió, sobre unas bases más o menos cordiales, hasta que Zarfo aceptó la suma de veinte sequins para guardar la intimidad de la conversación tan segura como el escondite de su dinero, y Reith pagó la suma.

—Volvamos por un momento al mensaje Wankh —dijo Reith—. Había referencias a un «líder». ¿Había también indicios o pistas que permitieran identificarle?

Zarfo frunció los labios.

—Una nota grave indicando un alto linaje; otro marchamo honorífico que puede significar algo así como «una persona de excelente condición» o «de vuestra misma imagen» o «de vuestra clase». Es muy difícil. Un Wankh que lea el ideograma comprenderá un carillón, que estimulará en él una imagen visual completa en sus detalles esenciales. Un Wankh recibirá una imagen mental de la persona, pero para alguien como yo tan sólo hay siluetas. No puedo decirte más.

—¿Trabajas en Settra?

—Sí. Un hombre de mi edad y pobre como yo: ¿no es una lástima? Pero estoy cerca de mi meta, y luego... de vuelta a Smargash, en Lokhara, donde podré comprarme un trozo de pradera, una esposa joven, un sillón confortable junto al hogar.

—¿Trabajabas en los talleres espaciales en Ao Hidis?

—Sí, por supuesto; fui transferido de los talleres de herramientas a los talleres de construcción, donde reparaba e instalaba purificadores de aire.

—Supongo que los mecánicos Lokhar deben ser muy hábiles.

—Oh, claro.

—¿Algunos mecánicos están especializados en la instalación de, digamos, controles e instrumentos?

—Naturalmente. Y en otros oficios más complejos también.

—¿Han emigrado algunos de esos mecánicos a Settra? Zarfo clavó en Reith una mirada calculadora.

—¿Cuánto vale para ti esa información?

—Controla tu avaricia —dijo Reith—. Hoy no habrá más dinero. Otra salchicha, si quieres.

—Quizá más tarde. Ahora, volviendo a los mecánicos: en Smargash haz docenas, centenares, retirados después de toda una vida de trabajo.

—¿Pueden sentirse tentados a unirse a una aventura peligrosa?

—Sin duda, si el peligro es escaso y el beneficio alto. ¿Qué te propones?

Reith echó por la borda la prudencia.

—Supon que alguien quisiera confiscar una espacio-nave Wankh y volar con ella hacia un destino no especificado: ¿cuántos especialistas se necesitarían, y cuánto costaría contratarlos?

Zarfo, con gran alivio de Reith, no lo miró asombrado o desconcertado. Masticó por unos momentos el último trozo de su salchicha. Luego eructó y dijo:

—Supongo que me estás preguntando si una cosa así es realizable. A menudo ha sido discutida para pasar el rato, y de hecho las naves no están muy custodiadas. El proyecto es realizable. ¿Pero por qué puedes desear una espacionave? Yo no tengo ningún interés en visitar a los Dirdir en Sibol o en comprobar la infinitud del universo.

—No puedo hablar del destino.

—Bien, entonces, ¿cuánto dinero ofreces?

—Mis planes aún no han progresado hasta ese estadio. ¿Qué consideras tú adecuado?

—¿Por arriesgar la vida y la libertad? Yo no me movería por menos de cincuenta mil sequins. Reith se puso en pie.

—Tú tienes tus cincuenta sequins; yo tengo mi información. Confío en ti para guardar mi secreto. Zarfo siguió sentado, reclinado en su asiento.

—Espera, no tan aprisa. Después de todo, soy viejo, y mi vida no vale tampoco tanto. ¿Treinta mil? ¿Veinte? ¿Diez?

—La cifra empieza a parecer asequible. ¿Cuánta tripulación necesitaríamos?

—Cuatro o cinco más, posiblemente seis. ¿Planeas un viaje largo?

—Tan pronto como estemos en el espacio revelaré nuestro destino. Diez mil sequins es tan sólo un pago preliminar. Aquellos que vengan conmigo regresarán con riquezas más allá de todos sus sueños.

Zarfo se puso en pie.

—¿Cuándo tienes intención de irte?

—Tan pronto como sea posible. Otro asunto: Settra está llena de espías; es importante que no llamemos la atención.

Zarfo dejó escapar una seca risa.

—Y así esta mañana me habéis abordado con un enorme carruaje que vale miles de sequins. Ahora mismo hay un hombre que nos está observando.

—Ya he reparado en él. Pero me parece demasiado obvio para tratarse de un espía. Bien, ¿dónde volvemos a encontrarnos, y cuándo?

—Mañana, cuando suene la media mañana, en la tienda de Upas, el comerciante de especias del Mercado. Asegúrate de no ser seguido... Ese tipo de ahí tiene aspecto de ser un asesino, por el estilo de sus ropas.

En aquel momento el hombre se acercó a su mesa.

—¿Eres Adam Reith?

—Sí.

—Lamento informarte que la Compañía de Seguridad y Asesinatos ha aceptado un contrato a tu nombre: la Muerte de los Doce Toques. Ahora administraré la primera inoculación. ¿Tendrás la amabilidad de descubrir tu brazo? Es tan sólo un pinchazo con este agujón.

Reith retrocedió un par de pasos.

—Ni lo sueñes.

—¡Lárgate! —dijo Zarfo Detwiler al asesino—. Este hombre vale para mí diez mil sequins vivo; muerto, nada.

El asesino ignoró a Zarfo. Dirigiéndose a Reith, dijo:

—Por favor, no hagas una exhibición indigna. El proceso se verá retrasado y resultará más doloroso para todos nosotros. De modo que...

—Lárgate, ¿no has oído mi advertencia? —rugió Zarfo. Alzó una silla y golpeó con ella al asesino, derribándolo al suelo. Pero Zarfo no se sintió satisfecho. Tomó el agujón, y lo clavó en la parte trasera del muslo del hombre, a través de sus pantalones de pana color ocre viejo.

—¡Alto! —gimió el asesino—. ¡Esta es la Inoculación Número Uno!

Zarfo tomó un puñado de agujones del maletín que llevaba.

—¡Y éstas —rugió— son las Número Dos al Doce! —Y clavando un pie en la garganta del hombre, fue pinchando sus retorcidas nalgas con todas ellas—. ¡Bien, ya está! ¿Quieres también la siguiente serie, los Números Trece a Veinticuatro?

—¡No, no, suéltame! ¡Ahora soy un hombre muerto!

—¡Y si no lo eres, eres un tramposo además de un asesino!

Algunos transeúntes se habían parado para observar. Una imponente matrona vestida de seda rosa avanzó unos pasos.

—¿Qué estás haciendo con ese pobre asesino, peludo negro? ¡Él solamente está cumpliendo con su obligación!

Zarfo tomó la hoja de trabajo del asesino, echó un vistazo a la relación de nombres.

—Hummm... parece que tu esposo es el siguiente en la lista.

La mujer miró con ojos asombrados al asesino, que se alejaba cojeando a toda prisa calle abajo.

—Es hora de que nos vayamos —dijo Reith.

Caminaron por estrechas callejuelas hasta detenerse en un pequeño cobertizo separado de la calle por un entramado de cañas.

—Estamos junto a la casa de los muertos —dijo Zarfo—. Nadie nos molestará aquí.

Reith entró, miró desconfiado los bancos de piedra que había a su alrededor, sobre uno de los cuales se apreciaba el bulto de un pequeño animal.

—Ahora —dijo Zarfo—, ¿quién es tu enemigo?

—Sospecho de un tal Dordolio —dijo Reith—. Pero no puedo estar seguro.

Zarfo estudió de nuevo la hoja de trabajo.

—Bien, veamos. «Adam Reith, Albergue de los Viajeros. Contrato Número Dos Tres Cero Cinco, Estilo Dieciocho. Pagado por anticipado.» Fecha de hoy, con sobretasa de urgencia. Pagado por anticipado, ¿eh? Bien, vamos a probar un truco. Ven a mi casa.

Llevó a Reith hasta una de las torres de ladrillos, entró por una arcada. Sobre una mesa había un teléfono. Zarfo alzó el instrumento con dedos cautelosos.

—Póngame con la Compañía de Seguridad y Asesinatos.

—Estamos para atender a sus necesidades —respondió al cabo de un momento una voz grave.

—Me refiero al Contrato Número Dos Tres Cero Cinco —dijo Zarfo—, relativo a un tal Adam Reith. He de ir a pagarlo, pero no puedo encontrar el importe.

—Un momento, señor.

Hubo una pausa. Al cabo de un momento regresó la voz:

—El contrato fue pagado por anticipado, señor; y está previsto para ser ejecutado esta mañana.

—¿Por anticipado? Imposible. Yo no he pagado nada por anticipado. ¿Quién hizo el depósito?

—El nombre es Helsse Izam. Estoy seguro de que no hay ningún error, señor.

—Quizá no. Discutiré el asunto con la persona que pagó.

—Gracias, señor; a su servicio.

9

Reith regresó al Albergue de los Viajeros y entró con una cierta excitación al salón principal, donde encontró a Traz.

—¿Qué ha ocurrido, si es que ha ocurrido algo? Traz, el más lúcido y decidido de los hombres, se tomaba las cosas con tranquilidad cuando se trataba de describir una atmósfera.

—El Yao... Helsse, ¿no es ése su nombre?, guardó silencio después de que tú abandonaras el carruaje. Quizá consideró que nosotros éramos una extraña compañía. Nos dijo que esta noche cenaríamos con el Señor del Jade Azul, y que vendría un poco antes para darnos las instrucciones pertinentes. Luego se marchó en su carruaje. Una desconcertante secuencia de acontecimientos, reflexionó Reith. Un punto interesante: el contrato había especificado Doce Toques. Si su muerte era requerida con urgencia, un cuchillo, una bala, un rayo de energía, hubieran ido mucho mejor. ¿Pero la primera de doce inoculaciones? ¿Una truco para estimular su marcha? —Están ocurriendo muchas cosas —le dijo a Traz—. Acontecimientos que no pretendo comprender.

—Cuanto antes abandonemos Settra, mejor —dijo sombríamente Traz. —Estoy de acuerdo. Apareció Anacho el Hombre-Dirdir, recién afeitado y espléndido en una nueva chaqueta negra de cuello alto, pantalones azul pálido, polainas escarlata y zapatos a la

moda de retorcida punta. Reith llevó a los dos hombres a reservado discreto y les contó los acontecimientos del día.

—Así que ahora solamente necesitamos dinero, que espero sacarle esta noche a Cizante.

La tarde transcurrió lentamente. Al fin apareció Helsse, vestido con un elegante traje de terciopelo color amarillo canario. Saludó cortésmente a todo el grupo.

—¿Habéis disfrutado de vuestra visita a Cath?

—Por supuesto —dijo Reith—. Nunca me he sentido tan relajado.

Helsse mantuvo su aplomo.

—Excelente. Ahora, con relación a esta noche, el Señor Cizante sospecha que vos y vuestros amigos podríais encontrar algo tediosa una cena formal. Así que ha recomendado un refrigerio casual y sin etiqueta a la hora que mejor os parezca: ahora mismo, si lo deseáis.

—Estamos listos —dijo Reith—. Pero, para prevenir cualquier malentendido, recuerda por favor que insistimos en una recepción digna. No tenemos ninguna intención de deslizarnos al palacio por la puerta de atrás.

Helsse hizo un gesto desenvueltamente explícito.

—Para una ocasión casual, el protocolo ha de ser también casual. Ésas son nuestras reglas.

—Entonces seré más específico —dijo Reith—. Nuestro «lugar» exige que utilicemos la puerta principal. Si el Señor Cizante pone objeciones, entonces tendrá que reunirse con nosotros en algún otro lugar: quizá en la taberna al otro lado del Oval.

Helsse dejó escapar una risa incrédula.

—¡Más bien preferiría ponerse un gorro de bufón y hacer cabriolas en una feria! —Agitó tristemente la cabeza—. Para evitar dificultades, utilizaremos la puerta principal; después de todo, ¿qué diferencia representa?

Reith se echó a reír.

—Especialmente cuando Cizante ha ordenado que pasemos por la entrada de la cocina y nada le impedirá suponer que es por allí por donde hemos entrado... Bien, es un compromiso justo. Vamos.

El viaje hasta el Palacio del Jade Azul fue hecho en un resplandeciente lando negro. Siguiendo las instrucciones de Helsse, subió hasta la puerta delantera. Helsse bajó y, tras echar una pensativa mirada a lo largo de la fachada del palacio, introdujo a los tres hombres cruzando el portal hasta el gran vestíbulo. Murmuró unas palabras a un lacayo, luego condujo a los visitantes subiendo un tramo de bajas escaleras, hasta un pequeño salón verde y oro que dominaba el patio.

No se veía al Señor Cizante por ninguna parte.

—Sentaos, por favor —dijo afablemente Helsse—. El Señor Cizante estará con vosotros dentro de un momento. —Agitó la cabeza y salió de la estancia.

Pasaron algunos minutos, luego apareció el Señor Cizante. Llevaba una larga túnica blanca, calzado blanco, un gorro negro. Su rostro era altanero y pensativo; los miró uno a uno.

—¿Quién es el hombre con el que hablé la otra vez? Helsse murmuró algo en su oído; se volvió hacia Reith.

—Ya veo. Bien, poneos cómodos. Helsse, ¿has ordenado un refrigerio adecuado?

—Por supuesto, vuestra Excelencia.

Entró un lacayo empujando una mesilla sobre ruedas, y ofreció bandejas de pastas, galletitas saladas, cubos de carne adobada, jarras de vino, frascos de esencias. Reith aceptó el vino; Traz una copa de jarabe. Anacho tomó una esencia de color verde; el Señor Cizante seleccionó una varilla de incienso y se puso a pasear de un lado para otro, agitándola en el aire.

—Tengo noticias negativas para vos —dijo bruscamente—. He decidido anular todas las ofertas que hice anteriormente. En pocas palabras, no esperéis ninguna recompensa de mí.

Reith dio un sorbo a su vino y se concedió tiempo para pensar.

—¿Estáis honrando las pretensiones de Dordolio?

—No pienso hablar más del asunto. Mi afirmación puede ser interpretada en su sentido más general.

—Yo no os he solicitado ninguna recompensa —dijo Reith—. Ayer vine aquí únicamente para transmitir las noticias acerca de vuestra hija.

El Señor Cizante mantuvo la varilla de incienso bajo su nariz.

—Las circunstancias ya no me interesan. Anacho emitió inesperadamente algo muy parecido a una risa.

—¡Comprensible! ¡Saberlas os forzaría a honrar vuestra promesa!

—En absoluto —dijo el Señor Cizante—. Hice mis promesas únicamente para el personal del Jade Azul.

—¡Ja, ja! ¿Quién creerá esto, ahora que habéis contratado asesinos contra mi amigo?

El Señor Cizante inmovilizó la varilla de incienso y la dejó a un lado.

—¿Asesinos? ¿Qué es eso?

—Vuestro ayudante —Reith señaló a Helse— estableció un contrato Tipo Dieciocho contra mí. Tengo intención de advertir a Dordolio; tener contacto con vos puede ser peligroso.

El Señor Cizante miró a Helse con el ceño fruncido.

—¿De qué está hablando?

Helse alzó irritadamente las cejas.

—Únicamente me limité a cumplir con mis funciones.

—¡Un celo erróneo! ¿Pretendes que el Jade Azul sea el hazmerreír de todo el mundo? Si esta sórdida historia empieza a circular... —Su voz se apagó bruscamente. Helse se alzó de hombros y se sirvió un vaso de vino.

Reith se puso en pie.

—Creo que nuestro asunto ha llegado a su fin.

—Un momento —dijo secamente el Señor Cizante—. Dejadme considerar... Supongo que os daréis cuenta de que este pretendido asesinato no era más que una ficción.

Reith agitó lentamente la cabeza.

—Habéis usado demasiado a menudo la política de lanzar una de cal y otra de arena; me siento totalmente escéptico.

El Señor Cizante giró sobre sus talones y salió. La varilla de incienso cayó sobre la alfombra, donde empezó a quemar la fibra. Reith la recogió y la depositó sobre una bandeja.

—¿Por qué habéis hecho eso? —preguntó Helse con sardónica sorpresa.

—Puedes buscar tú mismo la respuesta.

El Señor Cizante volvió a entrar. Hizo un gesto a Helse, se retiró con él a un rincón, murmuraron unos momentos, luego salió de nuevo.

Helse se volvió hacia Reith.

—El Señor Cizante me ha autorizado a pagaros una suma de diez mil sequins, con la condición de que partáis de Cath inmediatamente, regresando a Kotan con el primer barco que salga de Vervodei.

—La impertinencia del Señor Cizante es sorprendente —dijo Reith.

—¿Hasta dónde piensa llegar con su oferta? —preguntó Anacho casualmente.

—No especificó ninguna suma determinada —admitió Helse—. Tan sólo está interesado en vuestra partida, que facilitará en todos sus aspectos.

—Un millón de sequins, entonces —dijo Anacho—. Si debemos aceptar este trato indigno, al menos nos venderemos caros.

—Esto es demasiado —dijo Helsse—. Veinte mil sequins es más razonable.

—No lo bastante razonable —dijo Reith—. Necesitamos más, mucho más.

Helsse estudió a los tres hombres en silencio. Finalmente dijo:

—Para evitar perder el tiempo, anunciaré la suma máxima que el Señor Cizante está dispuesto a pagar: cincuenta mil sequins, lo cual personalmente considero generoso, y el transporte hasta Vervodei.

—Aceptamos —dijo Reith—. Supongo que es innecesario que te indique que tienes que cancelar tu contrato con la Compañía de Seguridad.

Helsse sonrió, y su sonrisa era trémula.

—Ya he recibido instrucciones al respecto. ¿Cuándo pensáis partir de Settra?

—Dentro de un día o así.

Con cincuenta tiras de sequins púrpuras en la bolsa, los tres hombres abandonaron el Palacio del Jade Azul y subieron al lando negro que les aguardaba. Helsse no les acompañó.

El lando se encaminó hacia el este en el crepúsculo color canela, bajo luminarias que aún no arrojaban casi ninguna iluminación. Al fondo los parques, palacios y casas de la ciudad mostraban racimos de luces indistintas, y en un gran jardín se estaba celebrando una fiesta.

El lando cruzó retumbando un puente de madera tallada iluminado por colgantes linternas y entró en un distrito de apiñados edificios de madera, con salones de té y cafés derramándose sobre la calle. Pasaron por una zona de tristes casas semiabandonadas, y finalmente llegaron al Oval.

Reith bajó del lando. Traz saltó de pronto ante él y se arrojó contra una oscura y silenciosa figura. Reith se echó al suelo al relumbre del metal, pero no consiguió escapar al violento destello blanco púrpura. Un ardiente golpe vibró en su cabeza; quedó tendido en el suelo medio conmocionado, mientras Traz forcejeaba con el asaltante. Anacho avanzó, apuntó su arma. La pequeña aguja partió silbando, atravesó el hombro del atacante. La pistola cayó sobre los adoquines con un sonido metálico.

Reith se puso en pie, tambaleante. Un lado de su cabeza pulsaba como si hubiera recibido una quemadura; su olfato se llenó con el olor a ozono y a pelo chamuscado. Se dirigió con paso inseguro hacia el lugar donde Traz sujetaba a la encapuchada figura mientras Anacho le quitaba su portadocumentos y su daga. Reith le echó hacia atrás la capucha, poniendo al descubierto, ante su asombro, el rostro del Anhelante Refluxivo con el que había estado hablando la noche antes.

La gente que pasaba por el Oval, primero cautelosa ante la lucha, empezó a acercarse. Sonó el agudo pitido del silbato de una patrulla. El Refluxivo se debatió para liberarse.

—¡Soltadme; si me cogen, harán de mí un terrible ejemplo!

—¿Por qué has intentado matarme? —pregunto Reith.

—¿Necesitas preguntarme? ¡Déjame ir, te lo suplico!

—¿Por qué debería hacerlo? ¡Acabas de intentar asesinarme! Dejaremos que te cojan.

—¡No! ¡La Asociación saldrá perjudicada!

—Bien, entonces... ¿por qué intentaste matarme?

—¡Porque eres peligroso! ¡Puedes dividirnos! ¡Ya hay disensión! Algunas almas débiles no tienen fe; ¡quieren encontrar una espacionave y emprender el viaje! ¡Una locura! ¡El único camino es el ortodoxo! Eres un peligro; pensé que lo mejor era eliminar tu disidencia.

Reith inspiró profundamente, lleno de una brutal exasperación. La patrulla estaba ya casi encima de ellos. Dijo:

—Mañana abandonamos Settra; ¡te has tomado tantas molestias para nada! —Dio al hombre un empujón que lo envió trastabillando y sollozando por el dolor de su hombro—. ¡Da las gracias a que somos hombres compasivos!

El Refluxivo desapareció en la oscuridad. La patrulla llegó: hombres altos vestidos con uniformes a rayas rojas y blancas y sujetando largas porras de incandescentes extremos.

—¿Qué ocurre?

—Un ladrón —dijo Reith—. Intentó robarnos; luego, al no conseguir sus propósitos, echó a correr hacia aquellos edificios —señaló al azar.

La patrulla echó a correr inmediatamente en la dirección indicada; Reith, Anacho y Traz penetraron en el albergue. Mientras cenaban, Reith les habló de su acuerdo con Zarfo Detwiler.

—Mañana, si todo sale bien, nos iremos de Settra.

—Justo a tiempo —observó hoscamente Anacho.

—Cierto. He sido espiado por los Wankh, perseguido por la nobleza, atacado por el «culto». Mis nervios no resistirían mucho más.

Un muchacho con una librea rojo oscuro se acercó a su mesa.

—¿Adam Reith?

—¿Quién pide por él? —preguntó cautelosamente Reith.

—Traigo un mensaje.

—Dámelo. —Reith rasgó el cierre del doblado papel, extrajo el significado de los floridos símbolos:

La Compañía de Seguridad os envía sus saludos. Sabed que, puesto que vos, Adam Reith, habéis atacado a un empleado autorizado en el inocente cumplimiento de sus deberes, expoliando su equipo e infligiéndole dolor e inconveniencia, exigimos de vos una indemnización de dieciocho mil sequins. Si esta suma no es satisfecha inmediatamente en nuestras oficinas principales, seréis muerto por una combinación de varios procesos. Vuestra pronta cooperación será apreciada. Por favor, no abandonéis Settra ni intentéis eludimos de ninguna forma, puesto que en tal caso las sanciones deberán ser aumentadas.

Reith arrojó la misiva sobre la mesa.

—Dordolio, los Wankh, el Señor Cizante, luego Helsse, el «culto», la Compañía de Seguridad. ¿Queda alguien todavía?

—Creo que mañana puede ser demasiado tarde —comentó Traz—. ¿Por qué no nos vamos ahora?

10

A la mañana siguiente Reith se comunicó con el Palacio del Jade Azul a través de los curiosos teléfonos Yao, y consiguió hablar con Helsse.

—Supongo que, naturalmente, habrás cancelado el contrato con la Compañía de Seguridad.

—El contrato ha sido cancelado. Tengo entendido que ellos han decidido iniciar una acción independiente, a la cual por supuesto deberéis enfrentaros por vuestros propios medios.

—Exacto —dijo Reith—. Abandonamos Settra inmediatamente, y aceptamos la oferta de ayuda del Señor Cizante.

Helsse emitió un sonido que no comprometía a nada.

—¿Cuáles son vuestros planes?

—Esencialmente, salir vivos de Settra.

—Llegaré dentro de poco, y os llevaré a una estación de transporte público de las afueras. En Vervodei los barcos parten diariamente en todas direcciones, de modo que podréis conseguir sin duda un transporte que os convenga.

—Estaremos listos al mediodía, o antes.

Reith se encaminó a pie al Mercado, tomando todo tipo de precauciones, y llegó al lugar de la cita con la casi completa seguridad de no haber sido seguido. Zarfo estaba aguardándole, su blanco pelo encajado en un gorro tan negro como su rostro. Lo condujo inmediatamente al sótano de un establecimiento de bebidas. Se sentaron a una mesa de piedra; Zarfo hizo una seña al chico que hacía de camarero, y poco después tenían ante ellos pesadas jarras de piedra llenas de una cerveza casera muy amarga. Zarfo fue directamente al asunto:

—Antes de complicarme la vida con un asunto tan arriesgado, muéstrame el color de tu dinero.

Reith extrajo, sin hablar, diez tiras de los resplandecientes sequins púrpuras.

—¡Aja! —exclamó Zarfo Detwiler con los ojos brillantes—. ¡Esto es auténtica belleza! ¿Son para mí? Los tomaré en custodia inmediatamente y los guardaré de todo peligro.

—¿Y quién te guardará a ti? —preguntó Reith.

—Tranquilo, muchacho —se burló Zarfo—. Si los camareros no pueden confiar entre sí en el frío sótano de una cervecería, ¿qué harán ante la adversidad?

Reith devolvió el dinero a su bolsa.

—La adversidad está ya aquí. Los asesinos se muestran molestos por el asunto de ayer. En vez de tomar venganza sobre ti, me han amenazado a mí.

—Sí, son una gente irrazonable. Si piden dinero, desafíales. Un hombre siempre puede luchar por su vida.

—Me han advertido que no abandone Settra antes del momento en que decidan matarme. Sin embargo, tengo intención de marcharme tan pronto como me sea posible.

—Juicioso. —Zarfo dio un largo sorbo a su cerveza y dejó la jarra sobre la mesa con un golpe seco—. ¿Pero cómo piensas eludir a los asesinos? Naturalmente, estarán vigilando todos tus movimientos.

Reith se sobresaltó cuando se produjo un ruido a sus espaldas; se volvió, para descubrir solamente al muchacho que hacía de camarero y que acudía a llenar de nuevo la jarra de Zarfo. Zarfo se tironeó la nariz para disimular su sonrisa.

—Los asesinos son pertinaces, pero los eludiremos, de una u otra forma. Vuelve a tu hotel y ten todo preparado. Al mediodía me reuniré contigo, y veremos lo que puede hacerse.

—¿Al mediodía? ¿Tan tarde?

—¿Qué diferencia representan una o dos horas? Tengo que arreglar mis asuntos.

Reith regresó al albergue, donde Helsse había llegado ya en el lando negro. La atmósfera era tensa; al ver a Reith, Helsse saltó en pie.

—¡Queda poco tiempo, y hemos tenido que esperar! ¡Vamonos, apenas llegaremos para alcanzar el primer convoy de la tarde para Vervodei!

—¿Acaso no es eso lo que están esperando los asesinos? —preguntó Reith—. Me parece un plan muy poco imaginativo.

Helsse se alzó irritado de hombros.

—¿Acaso tenéis alguna idea mejor?

—Me gustaría encontrar una.

—¿Acaso el Señor Cizante no dispone de ningún vehículo aéreo? —preguntó Anacho.

—Está averiado.

—¿No hay ningún otro disponible?

—¿Para una finalidad como ésta? Diría más bien que no.

Pasaron cinco minutos. Helsse dijo suavemente:

—Cuanto más esperemos, menos tiempo os quedará. —Señaló hacia la ventana—. ¿Veis aquellos dos hombres con los sombreros redondos? Están aguardando a que salgáis. Ahora ya ni siquiera podemos utilizar el coche.

—Sal y di que se vayan —sugirió Reith. Helsse se echó a reír.

—¿Yo? Ni soñarlo.

Transcurrió otra media hora. Zarfo entró en tromba en el salón. Saludó al grupo con un gesto.

—¿Todo listo?

Reith señaló a los asesinos de pie al otro lado del Oval.

—Están aguardándonos.

—Detestables criaturas —dijo Zarfo—. Solamente en Cath son toleradas. —Miró de soslayo a Helsse—. ¿Por qué está él aquí?

Reith le explicó las circunstancias; Zarfo examinó el Oval.

—El coche negro con la cresta plata y azul... ¿es ése el vehículo en cuestión? Si es así, no hay nada más sencillo. Nos marcharemos en él.

—No es posible —dijo Helsse.

—¿Por qué no? —preguntó Reith.

—El Señor Cizante no quiere verse implicado en este asunto, y yo tampoco. En el mejor de los casos, la Compañía me incluiría a mí en el contrato.

Reith soltó una amarga carcajada.

—¿Cuando fuiste tú quien la contrató en primer lugar? ¡Al coche, y condúcenos fuera de esta maldita ciudad de locos!

Tras un momento de incrédulo desdén, Helsse asintió secamente.

—Como deseáis.

El grupo abandonó la posada y se dirigió hacia el coche. Los asesinos se adelantaron.

—Tenemos entendido que vos, señor, sois Adam Reith.

—¿Y qué?

—¿Podemos preguntaros cuál es vuestro destino?

—El Palacio del Jade Azul.

—¿Correcto, señor? —dirigiéndose a Helsse.

—Correcto —dijo Helsse átonamente.

—¿Habéis comprendido nuestras reglas y el esquema de sanciones?

—Sí, por supuesto.

Los asesinos murmuraron algo entre sí, luego uno de ellos dijo:

—En este caso creemos que es aconsejable acompañaros.

—No hay sitio —dijo Helsse con voz fría.

Los asesinos no le prestaron atención. Uno de ellos fue a entrar en el lando. Zarfo lo empujó hacia atrás. El asesino miró por encima del hombro.

—Id con cuidado; soy un miembro de la Cofradía.

—Y yo soy un Lokhar. —Zarfo le dio un tremendo bofetón, que envió al hombre despatarrado al suelo. El segundo asesino lo contempló asombrado, sin acertar a moverse, luego fue en busca de su pistola. Anacho extrajo su propia arma, apretó el gatillo, y su dardo penetró en el pecho del hombre. El primer asesino intentó alejarse arrastrándose; Zarfo le lanzó una tremenda patada a la mandíbula; se derrumbó pesadamente y quedó inmóvil.

—Al coche —dijo Zarfo—. Es tiempo de irnos.

—Qué desastre —siseó Helsse—. Estoy arruinado.

—¡Fuera de Settra! —gritó Zarfo—. ¡Por el camino más discreto!

El lando emprendió la marcha por una serie de estrechas callejuelas, desembocó en una angosta carretera, y poco después se hallaba en pleno campo.

—¿Adonde nos llevas? —preguntó Reith.

—A Vervodei.

—¡Ridículo! —bufó Zarfo—. Dirígete al este. Llegaremos hasta el río Jinga y seguiremos su curso hasta Kabasas, en el Parapán.

Helsse intentó razonar:

—Al este todo está despoblado. El coche se detendrá. No disponemos de células de energía de repuesto.

—¡No importa!

—No os importará a vos. ¿Pero cómo volveré yo a Settra?

—¿Piensas hacerlo, después de lo que ha ocurrido? Helsse murmuró algo para sí mismo.

—Soy un hombre marcado. Me exigirán cincuenta mil sequins, que no puedo pagar... todo gracias a vuestras locas manipulaciones.

—Luego haz lo que quieras. Pero ahora sigue hacia el este hasta que el coche se pare o se acabe la carretera... sea lo que sea lo que ocurra primero.

Helsse hizo un gesto de fatalista desesperación.

La carretera discurría cruzando una extrañamente hermosa llanura con lentos riachuelos y estanques a ambos lados. Árboles de colgantes ramas negras sumergían sus hojas color tabaco en el agua. Reith no dejaba de mirar hacia atrás, pero no pudo descubrir ninguna señal de persecución. Settra se fundió en la distancia.

Helsse ya no parecía resentido, sino que observaba el camino ante ellos con una expresión que casi parecía expectante. Reith empezó a sentirse suspicaz.

—¡Alto un momento! Helsse miró a su alrededor.

—¿Alto? ¿Por qué?

—¿Qué hay más adelante?

—Las montañas.

—¿Por qué está la carretera en tan buen estado? No parece haber mucho tráfico.

—¡Oh! —exclamó Zarfo—. ¡El campo de los locos en la montaña! ¡Debe estar ahí delante! Helsse consiguió esbozar una sonrisa.

—Me dijisteis que os llevara hasta el final de la carretera; no estipulasteis que debía evitar llevaros al asilo.

—Lo estipulo ahora —dijo Reith—. Por favor, no más errores inocentes de este tipo.

Helsse apretó los labios y se sumió una vez más en su aire taciturno. En un cruce, se desvió al sur. El terreno empezó a ascender. Reith preguntó:

—¿Dónde conduce esta carretera?

—A las viejas minas de mercurio, a las residencias de montaña, a unas cuantas granjas.

El vehículo penetró en un bosque lleno de colgante musgo negro, y la carretera empezó a subir más empinada que antes. El sol se ocultó tras una nube, el bosque se volvió negro y húmedo, luego dio paso a una brumosa pradera.

Helsse echó una mirada a un indicador.

—Queda otra hora de energía.

Reith señaló las montañas que se erguían al frente.

—¿Qué hay más allá?

—Un lugar salvaje. La tribu Hoch Har, el lago de la Montaña Negra, las fuentes del Jinga. El camino no es ni seguro ni cómodo. Sin embargo, es una forma de salir de Cath.

Siguieron cruzando la pradera. De tanto en tanto se veían árboles de gruesos troncos, con hojas como bateas de setas amarillas.

El camino empeoraba por momentos, y en algunos lugares estaba bloqueado por ramas caídas. La cadena montañosa se alzaba al frente como un gran promontorio rocoso.

La carretera terminaba en una mina abandonada. Cuando llegaron allí, el indicador de energía alcanzó el cero. El vehículo se detuvo con un bufido y una sacudida; hubo silencio, roto solamente por el silbar del viento.

El grupo bajó del coche con sus escasas posesiones. La bruma se había disipado; el sol brillaba frío por entre nubes bajas, bañando el paisaje con una luz color miel.

Reith observó la ladera de la montaña, trazando un camino hasta la cima. Se volvió a Helsse.

—Bien, ¿qué piensas hacer? ¿Seguir hasta Kabasas, o regresar a Settra?

—Regresar a Settra, naturalmente. —Miró desconsolado al vehículo.

—¿A pie?

—Mejor que a pie hasta Kabasas.

—¿Qué hay de los asesinos?

—Correré el riesgo.

Reith extrajo su sondascopio y estudió el camino por el que habían venido.

—Parece que no hay signos de persecución; puedes... —se detuvo, sorprendido por la expresión en el rostro de Helsse.

—¿Qué es este objeto? —preguntó Helsse. Reith se lo explicó.

—Así pues, Dordolio dijo la verdad —murmuró Helsse con voz maravillada—. ¡No nos engañó!

—No sé lo que os dijo Dordolio —murmuró Reith, entre divertido e irritado—, excepto que éramos unos bárbaros. Adiós, y recuerdos de mi parte al Señor Cizante.

—Esperad un momento —dijo Helsse, mirando indeciso hacia donde se hallaba Settra—. Puede que Kabasas sea más seguro, después de todo. Los asesinos seguramente me considerarán como vuestro cómplice. —Se volvió, evaluó la mole de la montaña, lanzó un lúgubre suspiro—. Pero es una locura total, por supuesto.

—Creo que es inútil decir que no estamos aquí por capricho nuestro —replicó Reith—. Bien, será mejor que nos pongamos en marcha.

Iniciaron la ascensión junto a los restos de la mina abandonada, observando por unos instantes el túnel, del que fluía un barrillo amarronado. Una serie de huellas de pisadas se introducían en el túnel. Eran de tamaño casi humano, con la forma de una jofaina o una calabaza, con tres indentaciones a unos cinco centímetros de la parte frontal que daban la impresión de dedos. Reith contempló las huellas y sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Escuchó, pero del túnel no surgía ningún sonido.

—¿Qué tipo de huellas son ésas? —preguntó a Traz.

—Posiblemente las de un Phung descalzo... uno pequeño. Más probablemente un Pnume. Las huellas son frescas. Estaba observando nuestro avance.

—Sigamos; marchémonos inmediatamente de aquí —murmuró Reith.

Una hora más tarde alcanzaron la cima y se detuvieron para contemplar el panorama. El paisaje al oeste estaba sumergido en la bruma del ocaso, y Settra se destacaba como una mancha descolorida, como si fuera una pústula en la tierra. Muy al este brillaba el lago de la Montaña Negra.

Lo viajeros pasaron una fantasmagórica noche al borde de un bosque, sobresaltándose ante los lejanos ruidos: un débil e inquietante grito, un rap-rap-rap como arañazos contra un bloque de dura madera, el estremecedor ulular de las jaurías nocturnas.

Finalmente llegó el amanecer. El grupo desayunó lúgubrementemente plantas del peregrino, luego descendió por una especie de empalizada de basalto hasta el fondo de un boscoso valle. Ante ellos se abría el lago de la Montaña Negra, tranquilo e inmóvil. Un bote de pesca cruzó el agua y finalmente desapareció tras un promontorio rocoso.

—Hoch Har —dijo Helsse—. Antiguos enemigos de los Yao. Ahora permanecen tras las montañas. Traz señaló.

—Un camino.

Reith miró a su alrededor.

—No veo ningún camino.

—Pero está aquí, y huelo humo de madera a una distancia de unos cinco kilómetros.

Cinco minutos más tarde Traz hizo un brusco gesto.

—Se acercan varios hombres.

Reith escuchó; no pudo oír nada. Pero al cabo de poco tres hombres aparecieron ante ellos: hombres muy altos, de anchas cinturas, brazos y piernas delgados, llevando camisas de sucia fibra blanca y cortas capas del mismo tejido. Se detuvieron en seco a la

vista de los viajeros, luego se dieron la vuelta y retrocedieron por donde habían venido, mirando ansiosamente por encima del hombro.

Al cabo de medio kilómetro el sendero abandonó la jungla y se curvó bordeando la pantanosa orilla del lago. El poblado de los Hoch Har se erguía sobre pilotes en el agua, con un largo muelle que penetraba en el lago y al que había amarrada una docena de barcas de fondo plano. En la orilla les esperaban una veintena de hombres con actitud de nerviosa truculencia, agitándose inquietos, con machetes y largos arcos preparados.

Los viajeros se aproximaron.

El más alto y robusto de los Hoch Har exclamó, con una voz ridículamente chillona:

—¿Quiénes sois?

—Viajeros camino de Kabasas.

Los Hoch Har les contemplaron incrédulos, luego dirigieron sus miradas hacia el sendero que conducía a las montañas.

—¿Dónde está el resto de vuestra banda?

—No hay ninguna banda; estamos solos. ¿Podéis vendernos un bote y algo de comida?

Los Hoch Har echaron a un lado sus armas.

—La comida es difícil de conseguir —gruñó el primer hombre—. Lo botes son nuestra posesión más apreciada. ¿Qué podéis ofrecernos a cambio?

—Sólo unos pocos sequins.

—¿De qué nos sirven los sequins si tenemos que acudir a Cath para poder gastarlos?

Helsse murmuró algo al oído de Reith. Reith dijo a los Hoch Har:

—Muy bien, entonces proseguiremos nuestro camino. Tengo entendido que hay otros poblados en torno al lago.

—¿Qué? ¿Tienes intención de tratar con miserables ladrones y estafadores? Esto es lo único que son esa gente. Bien, para librarte de tu propia estupidez, estamos dispuestos a perjudicarnos y llegar a un trato contigo.

Finalmente Reith pagó doscientos sequins por un bote en bastante buenas condiciones y lo que el jefe Hock Har afirmó enfáticamente que eran provisiones suficientes para llevarlos a todos ellos hasta Kabasas: cajas de pescado seco, sacos de tubérculos, rollos de corteza a la pimienta, frutos frescos y en conserva. Otros treinta sequins garantizaron los servicios, como guía, de un tal Tsutso, un hombre joven con rostro de luna llena, bastante robusto y con una afable sonrisa llena de enormes dientes. Tsutso declaró que las primeras etapas de su viaje serían las más difíciles:

—Primero, los rápidos; luego la Gran Pendiente, tras la cual el viaje ya no es más que dejarse llevar corriente abajo hasta Kabasas.

Al mediodía, con la pequeña vela desplegada, el bote partió del poblado Hoch Har, y durante toda la tarde navegó hacia el sur por las negras aguas en dirección a un par de riscos que señalaban la desembocadura del lago y la cabecera del río Jinga. Al atardecer el bote pasó entre los riscos, cada uno coronado por un montón de ruinas, negras contra el cielo marrón ceniza. Bajo el risco de la derecha había una pequeña ensenada con una playa; Reith quiso acampar allí aquella noche, pero Tsutso no quiso ni oír hablar de ello.

—Los castillos están encantados. A medianoche los fantasmas de los antiguos Tschai merodean por los caminos. ¿Deseas que resultemos todos mancillados?

—Siempre que los fantasmas se mantengan en las inmediaciones del castillo, ¿quién nos impide utilizar la ensenada?

Tsutso lanzó a Reith una mirada interrogadora y mantuvo el bote en mitad de la corriente entre las ruinas opuestas. A un par de kilómetros corriente abajo el Jinga se hendía a ambos lados de una islita rocosa, hacia la cual apuntó Tsutso el bote.

—Aquí nada procedente del bosque puede molestarnos.

Los viajeros cenaron, se tendieron alrededor de la fogata, y no fueron turbados por otra cosa más que por los silbidos y trinos de los habitantes del bosque y, en una ocasión, desde muy lejos, por los lamentos de las jaurías nocturnas.

Al día siguiente recorrieron quince kilómetros de violentos rápidos, durante los cuales Tsutso se ganó diez veces lo que le habían pagado, según estimó Reith. A su alrededor el bosque se había reducido a agrupaciones de arbustos espinosos; las orillas empezaron a mostrarse desoladas, y al poco un extraño sonido empezó a oírse al frente: un rugir sibilante que lo invadía todo.

—La Pendiente —explicó Tsutso. El río desaparecía de pronto a un centenar de metros más adelante. Antes de que Reith o los otros pudieran protestar, el bote había llegado al borde.

—Todo el mundo alerta —dijo Tsutso—; esto es la Pendiente. ¡Agarraos fuerte!

El rugir del agua casi ahogó su voz. El bote estaba deslizándose por una oscura garganta; las paredes de roca pasaban a su lado a una tremenda velocidad. El río en sí era una negra y temblorosa superficie, orlada de espuma estática con relación al bote. Los viajeros se agacharon tanto como les fue posible, ignorando la condescendiente sonrisa de Tsutso. Durante varios minutos prosiguió el descenso, y finalmente se hundieron en un campo de espuma y flotaron en medio de tranquilas aguas.

Las paredes se alzaban a pico hasta una altura de treinta metros: piedra arenisca marrón incrustada con bolas de negros arbustos. Tsutso llevó el bote hasta una pequeña playa de guijarros.

—Aquí os dejo.

—¿Aquí? ¿En el fondo de este cañón? —preguntó sorprendido Reith.

Tsutso señaló un sendero que ascendía serpenteante una ladera.

—El poblado está a ocho kilómetros de distancia.

—En ese caso —dijo Reith—, adiós y muchas gracias. Tsutso hizo un gesto indulgente.

—No ha sido nada. Los Hoch Har somos gente generosa, excepto en lo que a los Yao se refiere. Si hubierais sido Yao, las cosas no hubieran ido tan bien.

Reith miró a Helsse, que no dijo nada.

—¿Los Yao son vuestros enemigos?

—Nuestros antiguos perseguidores, que destruyeron el imperio de los Hoch Har. Ahora ellos se mantienen a su lado de la montaña, lo cual está bien para ellos, y nosotros podemos oler a un Yao como si fuera un pescado podrido. —Saltó ágilmente a la orilla—. Las marismas están al frente. A menos que os perdáis o llaméis la atención de la gente de las marismas, es como si estuvierais ya en Kabasas. —Hizo un gesto final de despedida, y echó a andar sendero arriba.

El bote derivaba en medio de una penumbra sepia, con el cielo allá arriba convertido en una aguada cinta de seda. Pasó la tarde, y las paredes del cañón fueron abriéndose lentamente. Al anochecer los viajeros acamparon en una pequeña playa, y pasaron la noche en un silencio casi fantasmal.

Al día siguiente el río desembocó en un amplio valle alfombrado por una alta hierba amarillenta. Las colinas recedieron; la vegetación junto a la orilla se hizo fuerte y densa y poblada con pequeñas criaturas mitad arañas, mitad monos, que chillaban e hipaban y lanzaban chorros de líquidos ponzoñosos contra el bote. El río recibió las aguas de varios tributarios; se hizo ancho y apacible. Al día siguiente las orillas se poblaron de árboles de notable altura, alzándose en una gran variedad de siluetas contra el cielo color marrón humo, y al mediodía el bote flotaba con jungla a ambos lados. La vela colgaba flácida; el aire estaba saturado de olores a madera húmeda y descomposición. Las saltarinas criaturas arborícolas se mantenían en las ramas altas; por entre las penumbras de abajo se deslizaban mariposas con alas que parecían de gasa, insectos colgando de pálidas burbujas, criaturas parecidas a pájaros que parecían sostenerse sobre cuatro blandas alas. En una ocasión los viajeros oyeron fuertes gruñidos y ruido de pateos, en otra

ocasión un feroz silbido seguido de una sucesión de estridentes chillidos, todo ello procedente de fuentes invisibles.

El Jinga fue ensanchándose poco a poco hasta convertirse en una plácida corriente que fluía en torno a docenas de pequeñas islas, cada una de ellas repleta de frondas, plumas, formas arbóreas en abanico. En una ocasión, con el rabillo del ojo, Reith captó un atisbo de algo que parecía ser una canoa con tres jóvenes tocados con plumas, pero cuando se volvió solamente vio una isla, y nunca pudo estar seguro de qué era exactamente lo que había visto. A última hora del día un sinuoso animal de veinte patas nadó tras ellos, pero a quince metros del bote pareció perder su interés y se sumergió.

Al anoecer los viajeros acamparon en la playa de una pequeña isla. Media hora más tarde Traz empezó a ponerse intranquilo y, dando un codazo a Reith, señaló hacia la maleza. Oyeron un ruido furtivo y luego captaron un olor viscoso. Un instante más tarde el animal que había nadado tras el bote se lanzó contra ellos chillando. Reith disparó una de sus agujas explosivas al hocico del animal; empezó a dar vueltas en círculo, con la cabeza completamente volada, con un peculiar cojeo ondulante, antes de volver al agua y sumergirse en ella.

El grupo se sentó de nuevo, intranquilo, en torno al fuego. Helsse observó a Reith devolver la pistola a su bolsa, y no pudo reprimir su curiosidad.

—¿Puedo preguntaros dónde obtuvisteis esta arma?

—He aprendido que la sinceridad crea problemas —dijo Reith—. Tu amigo Dordolio cree que soy un lunático; Anacho el Hombre-Dirdir prefiere el término «amnésico». Así que... piensa lo que quieras.

Helsse murmuró, como para sí mismo:

—Qué extrañas historias podríamos contar todos, si de hecho la sinceridad fuera la regla. Zarfo se echó a reír a carcajadas.

—¿Sinceridad? ¿quién la necesita? Puedo contar las historias más sorprendentes con tal de que alguien esté dispuesto a escucharlas.

—Sin duda —dijo Helsse—, pero las personas con metas desesperadas deben mantener bien guardados sus secretos.

Traz, que sentía un profundo desagrado hacia Helsse, le miró de soslayo con algo muy parecido a una risa burlona.

—¿A quién te refieres? No tengo ni secretos ni metas desesperadas.

—Debe tratarse del Hombre-Dirdir —dijo Zarfo, con un marrullero guiño.

Anacho agitó negativamente la cabeza.

—¿Secretos? No. Tan sólo reticencias. ¿Metas desesperadas? Viajo con Adam Reith puesto que no tengo nada mejor que hacer. Soy un desheredado entre los subhombres. No tengo absolutamente ninguna meta, excepto sobrevivir.

—Yo tengo un secreto —dijo Zarfo—: la localización de mi pobre puñado de sequins. ¿Mis metas? Igualmente modestas: unas pocas hectáreas de pradera junto a un río al sur de Smargash, una cabaña bajo los árboles, una doncella limpia que hierva mi té. Os las recomiendo también para vosotros.

Helsse, mirando fijamente el fuego, sonrió.

—Todos mis pensamientos, lo quiera o no, son un secreto. En cuanto a mis metas... si regreso a Settra y de alguna manera consigo apaciguar a la Compañía de Seguridad, me sentiré satisfecho.

Reith alzó la vista hacia donde las nubes estaban ocultando las estrellas.

—Yo me sentiré satisfecho si consigo permanecer seco esta noche.

El grupo llevó el bote a la orilla, lo volvió boca abajo y, con la vela, hizo un refugio. Muy pronto empezó a llover, extinguiendo el fuego y formando charcos que penetraban en pequeños riachuelos bajo la embarcación.

Finalmente amaneció: un amanecer deslustrado y lluvioso. Al mediodía las nubes aclararon, y los viajeros echaron el bote nuevamente al agua, cargaron en él las provisiones y siguieron su viaje hacia el sur.

El Jinga siguió ensanchándose hasta que sus orillas no fueron más que manchas oscuras. Transcurrió la tarde; el anochecer fue un enorme caos de negros, oros y marrones. Dejándose arrastrar por la corriente en la cada vez mayor oscuridad, los viajeros buscaron un lugar donde tomar tierra. La orilla era terriblemente pantanosa, pero al final, cuando ya el purpúreo ocaso se volvía noche, encontraron un promontorio arenoso bajo el cual se dispusieron a pasar la noche.

Al día siguiente penetraron en las marismas. El Jinga, dividido en una docena de canales, avanzaba indolente entre islas de juncos, y los viajeros pasaron una incómoda noche en el bote. Al atardecer del día siguiente llegaron a una especie de dique inclinado de esquisto gris que, alzándose y bajando, creaba una cadena de rocosas islas cruzando la marisma. En algún tiempo enormemente remoto, alguno de los pueblos del viejo Tschai habían usado las islas para sostener una calzada elevada, ahora reducida a desmoronados montones de negro cemento. Acamparon en la mayor de las islas, cenando pescado seco y lentejas algo pasadas que les habían proporcionado los Hoch Har.

Traz se sentía intranquilo. Dio la vuelta a la isla, trepó a la parte más alta, miró a ambos lados de la línea del antiguo puente. Reith, inquieto por las aprensiones de Traz, se le acercó.

—¿Ves algo?

—Nada.

Reith miró a su alrededor. El agua reflejaba el malva oscuro del cielo, las formas de las cercanas islas. Volvieron junto al fuego, y Reith decidió que montaran guardias. Despertó al amanecer, e instantáneamente se preguntó por qué no había sido llamado al llegar su turno. Sacudió a Traz, que había montado la primera guardia.

—Anoche, ¿a quién llamaste?

—A Helsse.

—No me llamó a mí. Y el bote no está.

—Y Helsse tampoco —dijo Traz. Reith lo comprobó.

Traz señaló hacia la isla más próxima, a unos cuarenta metros.

—Allí está el bote. Parece que Helsse fue a dar un pequeño paseo nocturno.

Reith se dirigió al borde del agua y llamó:

¡Helsse! ¡Helsse!

No hubo ninguna respuesta. Helsse no era visible por ningún lado.

Reith consideró la distancia al bote. El agua era lisa y opaca como pizarra. Reith agitó la cabeza. El bote tan cerca, tan obvio: ¿un cebo? Sacó de su bolsa un rollo de cuerda, un componente original de su unidad de supervivencia, y ató una piedra a uno de sus extremos. Lanzó la piedra hacia el bote. Hizo corto. La recogió arrastrándola por el agua. Por un momento la cuerda se tensó y se agitó ante la presencia de algo fuerte y vivo.

Reith hizo una mueca. Lanzó de nuevo la piedra, y ahora cayó dentro del bote. Tiró; el bote se acercó cruzando el agua.

Reith fue con Traz a la isla vecina, donde no encontraron ninguna huella de Helsse. Pero bajo un saliente rocoso descubrieron un agujero que penetraba en plano inclinado al interior de la isla. Traz acercó su cabeza a la abertura, escuchó, olisqueó, e hizo un gesto para que Reith hiciera lo mismo. Reith captó un débil olor pegajoso, como el de las lombrices. Llamó con voz apagada al interior del agujero:

¡Helsse! —Y de nuevo, más fuerte—: ¡Helsse! —Sin el menor efecto.

Regresaron junto a sus compañeros.

—Parece que los Pnume han hecho una de las suyas —dijo Reith en voz baja.

Desayunaron en silencio, aguardaron una inquieta hora. Luego cargaron lentamente el bote y partieron de la isla. Reith siguió examinando hacia atrás con el sondas-copio hasta que la isla quedó fuera de su vista.

11

Los canales del Jinga se juntaron; la marisma se convirtió en una jungla. Frondas y lianas colgaban sobre la negra agua; mariposas gigantes revoloteaban como fantasmas. El estrato superior del bosque formaba un entorno único: cintas rosa y amarillo pálido se retorcían en el aire como anguilas; velludos globos negros con seis largos brazos blancos oscilaban ágilmente de rama en rama. En una ocasión, muy lejos, Reith divisó un conglomerado de grandes chozas edificadas en las ramas altas de los árboles, y un poco más tarde el bote pasó bajo un puente de ramas y burdas cuerdas. Tres humanoides desnudos cruzaron el puente cuando el bote se acercaba: cuerpos delgados y frágiles y piel color pergamino. Al observar el bote, se detuvieron impresionados, luego echaron a correr por el puente y desaparecieron entre el follaje.

Durante una semana navegaron a vela y a remo a un ritmo irregular, mientras el Jinga seguía haciéndose más y más ancho. Un día pasaron junto a una canoa en la cual un hombre pescaba con caña; al día siguiente vieron un poblado en la orilla; al otro fueron cruzados por un bote a motor. La siguiente noche se detuvieron en una ciudad y durmieron en una posada a la orilla del río, construida sobre pilotes encima del agua.

Navegaron aun otros dos días corriente abajo, con un buen viento de popa. El Jinga era ahora amplio y profundo, y el viento alzaba olas de buen tamaño. La navegación empezó a convertirse en un problema. Al llegar a otra ciudad vieron un barco fluvial que se preparaba para partir río abajo; abandonaron el bote y tomaron pasaje para Kabasas sobre el Parapán.

Viajaron en el barco fluvial durante tres días, gozando del confort de las hamacas y la comida fresca. Al mediodía del cuarto día, con el Jinga tan ancho que no podía verse la otra orilla, los domos azules de Kabasas aparecieron sobre tierra firme al oeste.

Kabasas, al igual que Coad, servía como depósito comercial para las extensas tierras interiores, y al igual que Coad parecía hervir con intrigas. Las tiendas y los almacenes se alineaban a lo largo de los muelles; detrás había hileras de edificios llenos de arcos y columnas ascendiendo por las laderas de las colinas, beiges y grises y blancos y azules oscuros. Una de las paredes de cada uno de los edificios, por razones que nunca quedaron claras para Reith, se inclinaba o bien hacia dentro o hacia fuera, dando a la ciudad una apariencia curiosamente irregular, que no era en absoluto disonante respecto a la conducta de sus moradores. Esos eran una gente delgada y alerta, con flotante pelo castaño, amplios pómulos y ardientes ojos negros. Las mujeres eran notablemente hermosas, y Zarfo advirtió a todos:

—Si valoráis vuestras vidas, no miréis a las mujeres. ¡No les prestéis ninguna atención, aunque ellas os provoquen e inciten! Juegan a un extraño juego aquí en Kabasas. A cualquier asomo de admiración lanzan un grito furioso, y un centenar de otras mujeres, gritando y maldiciendo, se lanzan a acuchillar al atrevido.

—Hummm —dijo Reith—. ¿Y los hombres?

—Os salvarán si pueden, y apalizarán a las mujeres, lo cual parece satisfacer a ambas partes. De hecho, así es como se hacen la corte. Un hombre que desee a una mujer empezará por golpearla. Nadie pensará en interferir en el asunto. Si la mujer está de acuerdo, acudirá de nuevo a él. Cuando él se prepare para golpearla de nuevo, se le abandonará completamente. Éstas son las dolorosas reglas de la galantería entre los Kabs.

—Parece un tanto extraño —dijo Reith.

—Exactamente. Extraño y perverso. Así son los asuntos en Kabasas. Durante nuestra estancia será mejor que confiéis en mi consejo. Primero, lo mejor será que elijamos la Posada del Dragón Marino como base de operaciones.

—No vamos a estar aquí tanto tiempo como eso. ¿Por qué no ir directamente al muelle y encontrar un barco que nos haga cruzar el Parapán?

Zarfo dio un tirón a su larga y negra nariz.

—¡Las cosas no son nunca tan fáciles! ¿Y por qué privarnos de una estancia en la Posada del Dragón Marino? Quizá una o dos semanas...

—Naturalmente, tú pagarás tu estancia. Las blancas cejas de Zarfo se curvaron desmayadamente.

—Como sabes bien, soy un hombre pobre. Cada uno de los sequins que he ganado representa grandes esfuerzos. En una aventura conjunta de este tipo creí que la regla iba a ser la más franca generosidad.

—Esta noche nos quedaremos en la Posada del Dragón Marino —dijo Reith—. Mañana abandonaremos Kabasas.

Zarfo gruñó decepcionado.

—No está en mí discutir tus deseos. Hummm. Tal como veo el asunto, tus planes son llegar a Smargash, reclutar a un equipo de técnicos, y luego continuar a Ao Hidis.

—Correcto.

—¡Entonces discreción! Sugiero que tomemos un barco hasta Zara cruzando el Parapán y luego subamos el río Ish. ¿No has perdido tu dinero?

—Definitivamente no.

—Cuida bien de él. Los ladrones de Kabasas son hábiles; utilizan lazos que alcanzan hasta los diez metros. —Señaló—. ¿Ves esa estructura justo encima de la playa? ¡La Posada del Dragón Marino!

La Posada del Dragón Marino era realmente un gran establecimiento, con grandes salones y agradables dormitorios. El restaurante estaba decorado sugiriendo un jardín submarino, incluso las profundas grutas donde eran servidos los miembros de una secta local, que no podían realizar en público el acto de deglutir.

Reith pidió ropas nuevas a la tienda del establecimiento, y bajó al gran baño en la terraza inferior. Frotó vigorosamente todo su cuerpo, y fue rociado con tónicos y masajeado con puñados de fragante musgo. Se envolvió en una suave bata de lino blanco y regresó a su habitación.

El la cama había sentado un hombre con unas manchadas ropas azul oscuro. Reith lo miró y abrió mucho los ojos. Helsse le devolvió la mirada con una insondable expresión. No hizo ningún movimiento ni pronunció ningún sonido.

El silencio fue intenso.

Reith retrocedió lentamente hasta la galería exterior, con el corazón latiéndole tan fuertemente como si hubiera visto un fantasma. Apareció Zarfo, de vuelta a su habitación, su blanco pelo flotando al viento.

Reith le hizo una seña.

—Ven, quiero mostrarte algo. —Condujo a Zarfo hasta la puerta, la abrió de par en par medio esperando encontrar la habitación vacía. Helsse estaba sentado en el mismo sitio que antes.

—¿Está loco? —susurró Zarfo—. Se queda ahí sentado y nos mira y parece que se burle de nosotros pero no dice nada.

—Helsse —dijo Reith—. ¿Qué haces aquí? ¿Qué te ha ocurrido?

Helsse se puso en pie. Reith y Zarfo retrocedieron involuntariamente. Helsse los miró con la más débil de las sonrisas. Avanzó hacia el balcón, salió fuera, descendió lentamente las escaleras. Volvió la cabeza; Reith y Zarfo pudieron ver el pálido óvalo de su rostro; luego, como una aparición, se esfumó.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó Reith con voz ronca.

Zarfo agitó la cabeza, desconcertado por una vez.

—A los Pnume les encantan este tipo de bromas.

—¿Hubiéramos debido retenerlo?

—Hubiera podido quedarse, si él hubiera querido.

—Pero... dudo que esté cuerdo.

La única respuesta de Zarfo fue un alzarse de hombros.

Reith fue al borde de la galería, miró a la ciudad.

—¡Los Pnume saben incluso las habitaciones que ocupamos!

—Una persona que sigue la corriente del Jinga termina en Kabasas —dijo Zarfo ácidamente—. Si tiene dinero suficiente, acude a la Posada del Dragón Marino. No es una deducción intrincada. Aquí termina la omnisciencia de los Pnume.

Al día siguiente Zarfo salió solo, y al cabo de poco regresó con un hombre bajito de piel color caoba, que caminaba cojeando como si los zapatos le vinieran demasiado estrechos. Su rostro era curtido y lleno de costurones; unos pequeños ojos nerviosos miraban constantemente de soslayo más allá del afilado pico de su nariz.

—Y aquí —declaró Zarfo grandilocuente— te presento al Señor de los Mares Dobagq Hrostilfe, una persona de gran sagacidad que nos lo arreglará todo.

Reith pensó que nunca en su vida había visto un mayor truhán.

—Hrostilfe está al mando del Pibar —explicó Zarfo—. Por una suma muy razonable nos llevará hasta nuestro destino, o sea a la otra costa del Vord.

—¿Cuánto pide por cruzar el Parapán? —preguntó Reith.

—Tan sólo cinco mil sequins, ¿no es increíble? —exclamó Zarfo.

Reith rió burlonamente. Se volvió hacia Zarfo:

—Ya no necesito más tu ayuda. Tú y tu amigo Hrostilfe podéis ir a intentar engañar a algún otro.

—¿Qué? —exclamó Zarfo—. ¿Después que he arriesgado mi vida en esa pendiente infernal y soportado todo tipo de penalidades?

Pero Reith se había alejado ya de ellos. Zarfo fue tras sus talones, un poco con las orejas gachas.

—Adam Reith, has cometido un serio error. Reith asintió melancólicamente.

—Exacto. En vez de a un hombre honesto te contraté a ti.

Zarfo hirvió de indignación.

—¿Quién se atreve a decir que no soy honesto?

—Yo me atrevo. Hrostilfe estaría dispuesto a alquilar su barco por un centenar de sequins. Te ha pedido un precio de quinientos. Tú le has dicho: «¿Por qué no sacamos los dos un buen beneficio? Adam Reith es crédulo. Yo le daré el precio, y todo lo que pase de los mil sequins es mío.» Así que ya puedes irte.

Zarfo tironeó pensativo de su negra nariz.

—Me causas un terrible perjuicio. Precisamente acabo de discutirme con Hrostilfe, que ha admitido que intentaba engañarnos. Ofrece ahora su barco por... —Zarfo carraspeó— mil doscientos sequins.

—No pienso subir ni un sequin más de trescientos.

Zarfo alzó sus manos en el aire y se alejó. Poco después apareció el propio Hrostilfe con la súplica de que Reith se dignara inspeccionar el barco. Reith lo siguió hasta el Pibar: una embarcación de doce metros, accionada por un reactor electrostático. Hrostilfe hizo un comentario entre dolido e indignado:

—Es la nave más rápida que podrás encontrar. Tu precio es absurdo. ¿Qué hay de mi habilidad, de mi preparación naval? ¿Te das cuenta del precio de la energía? El viaje agotará toda una célula de energía: cien sequins, un gasto que no puedo permitirme. Tienes que pagar adicionalmente la energía y también las provisiones. Soy un hombre generoso, pero no puedo financiarte.

Reith aceptó pagar aparte la energía y una cantidad razonable para provisiones, pero no la instalación de nuevos depósitos de agua, instrumentación extra para mal tiempo, fetiches de buena suerte para la proa; además, insistió en partir al día siguiente, a lo cual Hrostitlfe respondió con una ácida risa.

—Eso le va a sentar como una patada en la barriga al viejo Lokhar. Contaba en haraganear una semana o más en el Dragón Marino.

—Puede quedarse tanto tiempo como quiera —dijo Reith—, siempre que pague él su estancia.

—Hay pocas posibilidades de eso —rió Hrostitlfe—. Bien, ¿qué hacemos con las provisiones?

—Cómpralas. Muéstrame una cuenta detallada, y la revisaré con todo cuidado.

—Necesito un anticipo: cien sequins.

—¿Me tomas por un tonto? Recuerda: salimos mañana.

—El Pibar estará listo —dijo Hrostitlfe con voz hosca.

Reith regresó a la Posada del Dragón Marino y encontró a Anacho en la terraza. Anacho señaló hacia una figura de pelo negro reclinada contra el dique.

—Ahí está: Helsse. Lo he llamado por su nombre. Fue como si no hubiera oído.

Helsse volvió la cabeza; su rostro era tan blanco como el de un muerto. Por unos momentos los observó, luego se volvió y se alejó caminando lentamente.

Los viajeros embarcaron al mediodía en el Pibar. Hrostitlfe dedicó a sus pasajeros una jovial bienvenida. Reith miró escéptico a todos lados, preguntándose de qué modo creía Hrostitlfe que había conseguido alguna ventaja sobre él.

—¿Dónde están las provisiones?

—En el salón principal.

Reith examinó cajas y paquetes, lo comprobó meticulosamente todo con la relación que le entregó Hrostitlfe, y tuvo que admitir que el capitán había conseguido buenos artículos a un precio no demasiado grande. ¿Pero por qué, se preguntó, no los había almacenado directamente en el pañol? Probó la puerta, y descubrió que estaba cerrada con llave.

Interesante, pensó Reith. Llamó a Hrostitlfe:

—Será mejor almacenar los víveres en el pañol de proa, antes que las olas empiecen a balancearnos.

—¡Todo a su tiempo! —declaró Hrostitlfe—. ¡Lo primero es lo primero! ¡Ahora lo más importante es que aprovechemos al máximo las corrientes matutinas!

—Pero eso sólo requiere un momento. Abre la puerta; lo haré yo mismo.

Hrostitlfe hizo un gesto irritado.

—Soy el más meticuloso de los marinos. Cada cosa se hará en su momento preciso.

Zarfo, que había acudido al salón, lanzó una mirada especulativa a la puerta del pañol. Reith murmuró:

—Muy bien, haz como quieras. —Zarfo fue a decir algo pero, captando la mirada de Reith, se alzó de hombros y contuvo su lengua.

Hrostitlfe empezó a moverse cojeando de un lado para otro, haciendo que soltaran amarras, poniendo en marcha el propulsor, y finalmente subiendo al control. El barco salió a mar abierto.

Reith le dijo algo a Traz, y el joven se situó detrás de Hrostitlfe y empezó a revisar su catapulta, comprobando el perfecto funcionamiento del mecanismo. Al cabo de un momento colocó una flecha en la ranura, armó el instrumento, y se lo colgó descuidadamente al cinto. Hrostitlfe hizo una mueca.

—¡Cuidado, muchacho! ¡Ésa es una forma estúpida de llevar tu catapulta!

Traz pareció no oírle.

Reith, tras unas palabras con Zarfo y Anacho, se dirigió a proa. Prendió fuego a algunos trapos viejos y los situó junto al ventilador de proa, de modo que el humo se metiera en el pañol.

—¿qué estupidez es ésa? —exclamó furioso Hrostitfe—. ¿Estás intentando incendiar el barco?

Reith prendió unos cuantos trapos más y los dejó caer por el ventilador. De abajo llegaron toses ahogadas, luego un murmullo de voces y pateos. Hrostitfe llevó rápidamente una mano a su bolsa, pero observó la mirada de Traz clavada en él y su catapulta lista para disparar.

Reith se acercó con paso tranquilo. Traz dijo:

—Su arma está en su bolsa.

Hrostitfe permanecía rígido y tenso. Hizo un brusco movimiento, pero se detuvo en seco cuando Traz alzó velozmente la catapulta. Reith soltó su bolsa, se la tendió a Traz, retiró dos dagas y un pequeño puñal de diversas partes de la persona de Hrostitfe.

—Ve abajo —dijo—. Abre la puerta del pañol. Di a tus amigos que salgan, uno a uno.

Hrostitfe, con el rostro gris de furia, cojeó hacia abajo y, tras un intercambio de amenazas con Reith, abrió la puerta del pañol. Salieron seis rufianes, que fueron desarmados por Anacho y Zarfo y enviados a cubierta, donde Reith los arrojó por la borda.

Finalmente, el pañol quedó vacío excepto por el humo. Hrostitfe fue llevado a cubierta, donde se volvió todo miel y contemporización.

—¡Puedo explicarlo! ¡Es un ridículo malentendido! —Pero Reith se negó a escuchar, y Hrostitfe siguió el camino de sus compinches. Ya en el agua, agitó el puño y gritó obscenidades a los sonrientes rostros a bordo del Pibar, luego empezó a nadar hacia la orilla.

—Parece que nos hemos quedado sin navegante —dijo Reith—. ¿En qué dirección se halla Zara?

Zarfo se mostraba ahora muy sumiso. Señaló con un negro y nudoso dedo.

—Tiene que estar por ahí al frente. —Se volvió para contemplar las siete cabezas en el agua, a popa—. ¡Me resulta incomprensible esa avidez de los hombres hacia el dinero! ¡Ved a qué desastres conduce! —Y Zarfo hizo chasquear dogmáticamente la lengua—. Bien, un incidente desafortunado, que por suerte hemos dejado atrás. ¡Y ahora nosotros estamos al mando del Pibar! ¡Adelante: nos esperan Zara, el río Ish y Smargash!

12

Durante todo el primer día el Parapán se mantuvo sereno. El segundo día fue más movido, y el Pibar empezó a agitarse sobre las olas. Al tercer día una nube entre negra y amarronada cubrió todo el horizonte occidental, apuñalando el mar con una multitud de relámpagos. El viento empezó a soplar en enormes ráfagas; durante dos horas el Pibar se agitó y bamboleó; luego la tormenta pasó, y se hallaron de nuevo en clima benigno.

Al cuarto día Kachan apareció al frente. Reith maniobró el Pibar para ponerse al costado de una barca de pesca, y Zarfo preguntó la dirección de Zara. El pescador, un viejo hombre de piel aceitunada con anillos de acero en las orejas, señaló sin pronunciar palabra. El Pibar siguió adelante y entró en el estuario del Ish al anochecer. Las luces de Zara parpadeaban a lo largo de la costa occidental, pero ahora, sin ninguna razón para entrar en puerto, el Pibar empezó a remontar el Ish en dirección al sur.

La luna rosa Az brillaba en el agua; el Pibar siguió avanzando durante toda la noche. Por la mañana vieron que estaban en una región rica con hileras de bien cuidados árboles a lo largo de las orillas. Luego el paisaje empezó a volverse árido, y por un espacio de tiempo el río serpenteó por entre racimos de espiras de obsidiana. Al día siguiente vieron un grupo de hombres altos con negras capas en la orilla. Zarfo los identificó como

miembros de la tribu de los Niss. Permanecieron inmóviles, observando el paso del Pibar corriente arriba.

—¡Tenemos que evitarlos! ¡Viven en agujeros como las jaurías de la noche, y hay gente que dice que son más implacables que ellas!

A última hora de la tarde el río se estrechó entre dunas de arena, y Zarfo insistió en que el Pibar fuera anclado en aguas profundas para pasar la noche.

—Delante hay bancos de arena y bajíos. Embarrancaríamos, e indudablemente los Niss nos han seguido. Nadie les impediría subir a bordo.

—¿No nos atacarán si echamos el ancla?

—No, temen las aguas profundas y nunca utilizan botes. Anclados, estamos tan seguros como si estuviéramos ya en Smargash.

La noche era clara, y Az y Braz surcaban el cielo del viejo Tschai. En la orilla, los Niss encendieron descaradamente sus fuegos y pusieron a hervir sus calderos, y más tarde empezaron a tocar una alocada música de violines y tambores. Los viajeros observaron durante horas las ágiles figuras enfundadas en sus capas negras danzar en torno a los fuegos, saltando, agitando las piernas, alzando las cabezas, bajándolas, girando con los brazos en jarras.

Por la mañana los Niss habían desaparecido. El Pibar cruzó los bajíos sin ningún incidente. A última hora de la tarde los viajeros llegaron a un poblado, protegido de los Niss por una línea de postes a cada uno de los cuales había encadenado un esqueleto envuelto en una podrida capa negra. Zarfo declaró que el poblado era el límite del tramo navegable, y que Smargash se hallaba aún a quinientos kilómetros al sur, a través de una región desértica llena de montañas y barrancos.

—A partir de aquí tendremos que viajar por caravana, siguiendo el viejo Camino de Sarsazm, hasta Hamil Zut bajo las mesetas de Lokhara. Esta noche haré averiguaciones y sabré qué es lo más ventajoso que podemos hacer.

Zarfo permaneció toda la noche en tierra, y regresó por la mañana con la noticia de que, tras el más furioso de los regateos, había cambiado el Pibar por pasajes de primera clase en caravana hasta Hamil Zut.

Reith hizo algunos cálculos. ¿Quinientos kilómetros? A doscietos sequins por persona, como máximo, eso representaba ochocientos para los cuatro. El Pibar valía al menos diez mil, incluso al más bajo de los precios. Miró a Zarfo, que le devolvió ingenuamente la mirada.

—¿Recuerdas las diferencias que tuvimos en Kabasas? —dijo Reith.

—Por supuesto —declaró Zarfo—. Aún hoy me siento angustiado por la injusticia de tus sospechas.

—Pues aquí tienes otro motivo de angustia. ¿Cuánto dinero extra pediste por el Pibar... y recibiste? Zarfo esgrimió una incómoda mueca.

—Naturalmente, me había reservado la noticia para darte una alegre sorpresa.

—¿Cuánto?

—Tres mil sequins —murmuró Zarfo—. Ni más ni menos. Considero que es un precio justo aquí arriba. Dista mucho de ser una fortuna.

Reith decidió aceptar aquella suma como buena.

—¿Dónde está el dinero?

—Será pagado cuando desembarquemos.

—¿Y cuándo parte la caravana?

—Pronto... dentro de un día o así. Hay una posada que no está demasiado mal; podemos pasar la noche en tierra.

—Muy bien; bajemos y vayamos a cobrar el dinero.

No sin cierta sorpresa por parte de Reith, la bolsa que recibió Zarfo del posadero contenía exactamente tres mil sequins, y Zarfo exhibió una dolido sonrisa y, entrando en la taberna, pidió una jarra de cerveza.

Tres días más tarde la caravana inició su marcha hacia el sur: una hilera de doce carromatos a motor, cuatro de ellos con lanzaarenas. El Camino de Sarsazm los condujo a través de un impresionante paisaje: gargantas y grandes precipicios, el lecho de un antiguo mar, vistas de distantes montañas, rumorosos bosques de altos árboles y negros heléchos. Ocasionalmente se veían algunos Niss, pero mantenían su distancia, y al atardecer del tercer día la caravana llegó a Hamil Zut, una pequeña y escuálida ciudad de un centenar de chozas de barro y una docena de tabernas.

Por la mañana Zarfo alquiló bestias de carga, equipo y un par de guías, y los viajeros emprendieron la marcha por el camino que conducía a las tierras altas de Lokhara.

—Es una región salvaje —les advirtió Zarfo—. A veces pueden verse animales peligrosos, así que estad preparados con vuestras armas.

El camino era empinado, el terreno a todas luces salvaje. En varias ocasiones vieron karyans, elusivas bestias grises que se deslizaban por entre las rocas, a veces erguidas sobre sus dos patas traseras, a veces apoyándose en todas seis. En otra ocasión se encontraron con un reptil con cabeza de tigre dándose un festín con la carcasa de un animal muerto, y pudieron pasar por su lado sin ser molestados.

Al tercer día de haber abandonado Hamil Zut los viajeros entraron en Lokhara, una gran llanura mesetaria; y a media tarde Smargash apareció al frente. Zarfo le dijo a Reith:

—Se me ocurre, como sin duda se te habrá ocurrido a ti, que tu aventura es más bien delicada.

—Lo es.

—La gente de aquí no deja de tener algunas afinidades con los Wankh, y un extranjero puede abordar muy fácilmente a la gente equivocada.

—¿Y?

—Quizá será mejor que sea yo quien elija al personal.

—Por supuesto. Pero yo me encargaré del asunto del pago.

—Como quieras —gruñó Zarfo.

El paisaje a su alrededor era ahora próspero y bien irrigado, poblado de agradables granjas. Los hombres, como Zarfo, exhibían su piel tatuada o teñida de negro, con una cabellera completamente blanca. Las pieles de las mujeres, en contraste, eran tan blancas como la tiza, y su pelo era negro. Los niños mostraban cabellos blancos o negros según su sexo, pero sus pieles eran uniformemente del color del polvo en el que jugaban.

Un camino seguía la orilla de un río bajo viejos árboles majestuosos. A ambos lados había pequeñas casitas, cada una de ellas con su correspondiente jardín. Zarfo suspiró con un profundo sentimiento.

—Vedme aquí, el obrero emigrado que regresa a su hogar. ¿Pero dónde está mi fortuna? ¿Cómo puedo comprarme mi casita al lado del río? La pobreza me ha obligado a seguir extraños caminos; ¡he tenido que verme unido a un fanático con el corazón de piedra, que disfruta frustrando las esperanzas de un bondadoso viejo!

Reith no prestó atención a sus palabras, y finalmente entraron en Smargash.

13

Reith estaba sentado en el salón de la achaparrada casita cilíndrica que había alquilado, dominando la plaza de Smargash donde los jóvenes pasaban gran parte de su tiempo bailando.

Delante suyo, en otras tantas sillas de mimbre, se sentaban cinco hombres de Smargash con el pelo blanco, un grupo seleccionado de entre los veinte con los que Zarfo había contactado originalmente. Era media tarde; afuera en la plaza los bailarines saltaban y giraban a la música de una concertina, cascabeles y tambores.

Reith explicó tanto como se atrevió de su programa: no demasiado.

—Os halláis aquí porque podéis ayudarme en una aventura. Zarfo Detwiler os ha informado que hay implicada una gran suma de dinero; eso es cierto, aunque fracasemos. Si tenemos éxito, y creo que las posibilidades son favorables, recibiréis riquezas suficientes como para satisfacer a cualquiera de vosotros. Hay peligro, como cabe esperar, pero procuraremos reducirlo al mínimo. Si alguien prefiere no participar en una aventura de estas características, ahora es el momento de marcharse.

El más viejo del grupo, un tal Jag Jaganig, un experto en instalación y mantenimiento de sistemas de control dijo:

—Hasta el momento no podemos decir ni sí ni no.

Ninguno de nosotros se negará nunca a llevar a su casa una bolsa de sequins, pero ninguno quiere tampoco arriesgarse a una empresa imposible con la esperanza de un hipotético beneficio.

—¿Deseáis más información? —Reith contempló sus rostros uno a uno—. Es natural. Pero no deseo revelar demasiado a los meramente curiosos. Si alguno de vosotros se siente definitivamente no dispuesto a participar en una aventura peligrosa pero en absoluto desesperada, por favor, que lo diga ahora.

Hubo una ligera agitación de inquietud, pero nadie dijo nada.

Reith aguardó unos instantes.

—Muy bien; ahora debéis prometer que mantendréis todo esto en secreto.

El grupo pronunció entonces el terrible juramento Lokhar. Zarfo, arrancando un pelo de cada cabeza, los retorció todos juntos formando una pequeña cuerda, a la que prendió fuego. Cada uno de los presentes inhaló su humo.

—Ahora estamos todos comprometidos y unidos como si fuéramos uno solo; si alguien traiciona ese juramento, los demás se encargarán de él.

Reith, impresionado por el ritual, no dudó más en ir al fondo del asunto.

—Conozco la situación exacta de una fuente de riqueza, en un lugar que no se halla en el planeta Tschai. Necesitamos una nave espacial y una tripulación para operarla. Propongo apoderarme de una de las naves del campo de Ao Hidis; vosotros seréis la tripulación. Para demostrar mi cordura y mi buena fe, pagaré a cada hombre, el día de la partida, cinco mil sequins. Si fracasamos en nuestro intento, cada hombre recibirá otros cinco mil sequins.

—Cada hombre superviviente —gruñó Jag Jaganig.

—Si tenemos éxito —prosiguió Reith—, diez mil sequins os parecerán una fruslería. En pocas palabras, ésa es la esencia del asunto.

Los Lokhar se agitaron escépticos en sus sillas. Jag Jaganig dijo:

—Obviamente tenemos aquí la base para una tripulación adecuada, al menos para una Zeno, o una Kud, o incluso una de las pequeñas Kadants. Pero enfrentarnos a los Wankh no es un asunto trivial.

—O peor aún, a los Hombres-Wankh —murmuró Zorofim.

—Por lo que recuerdo —murmuró Thadzei—, no hay una gran vigilancia. El plan, aunque arriesgado, parece factible... siempre que la nave que abordemos se halle en estado operativo.

—¡Aja! —exclamó Belje—. ¡Ese «siempre que» es la clave del asunto!

Zarfo se echó a reír.

—Naturalmente, hay riesgo. ¿Acaso esperáis que os den dinero por nada?

—Nadie me impide esperarlo.

—Supongamos que la nave es nuestra —inquirió Jag Jaganig—. ¿Hay aún otros riesgos que superar?

—Ninguno.

—¿Quién pilotará la nave?

—Yo —dijo Reith.

—¿De qué tipo es esa «riqueza»? —preguntó Zorofim—. ¿Gemas? ¿Sequins? ¿Metales preciosos? ¿Antigüedades? ¿Esencias?

—No pienso entrar en mayores detalles al respecto, excepto garantizaros que ninguno de vosotros se sentirá decepcionado.

La discusión prosiguió, sometiéndolo cada aspecto de la aventura a ataque y análisis. Fueron consideradas, discutidas y rechazadas propuestas alternativas. Nadie parecía considerar el riesgo como algo abrumador, del mismo modo que nadie dudaba de la habilidad del grupo de manejar la nave. Pero nadie evidenciaba entusiasmo tampoco. Jag Jaganig centró la situación.

—Nos sentimos desconcertados —le dijo a Reith—. No comprendemos tus propósitos. Somos escépticos a los tesoros ilimitados.

—Aquí creo que debo decir algo —señaló Zarfo—. Adam Reith tiene sus defectos, no voy a negarlo. Es testarudo y difícil de manejar; es más astuto que un zut; es despiadado cuando algo se le opone. Pero es un hombre de palabra. Si afirma que existe un tesoro y que nosotros podemos echarle la mano encima, este aspecto del asunto puede darse por sentado.

Al cabo de unos momentos, Belje murmuró: ¡Desesperado, desesperado! ¿Quién desea conocer la verdad de las cajas negras?

—Desesperado no —respondió Thadzei—. Arriesgado sí, ¡y al diablo las cajas negras!

—Correré el riesgo —dijo Zorofim.

—Yo también —dijo Jag Jaganig—. ¿Quién vive eternamente?

Al final Belje capituló también y declaró que estaba dispuesto a seguir adelante.

—¿Cuándo partiremos?

—Tan pronto como sea posible —dijo Reith—. Cuanto más tiempo esperemos, más nervioso me pondré.

—Y mayores posibilidades hay de que alguien eche a correr con nuestro tesoro, ¿no? —exclamó Zarfo—. ¡Sería una triste pena!

—Danos tres días para arreglar nuestros asuntos —pidió Jag Jaganig.

—¿Y qué hay de los cinco mil sequins? —preguntó Thadzei—. ¿Por qué no distribuyes el dinero ahora, de modo que podamos usarlo?

Reith no dudó más allá de una décima de segundo.

—Puesto que vosotros confiáis en mí, yo confío en vosotros. —Pagó a cada uno de los maravillados Lokhar cincuenta sequins púrpuras, cada uno de ellos con un valor de cien.

—¡Excelente! —declaró Jag Jaganig—. ¡Recordad todos! ¡Absoluta discreción! Hay espías por todas partes.

En particular desconfió de ese peculiar extranjero que hay en la posada y que viste como un Yao.

—¿Qué? —exclamó Reith—. ¿Un hombre joven, con el pelo oscuro, muy elegante?

—Esa persona exactamente. No deja ni un momento de mirar a los que bailan, sin pronunciar jamás una palabra.

Reith, Zarfo, Anacho y Traz entraron en la posada. En el salón en penumbra estaba sentado Helsse, con sus largas piernas envueltas en unos ajustados pantalones de sarga negra extendidas debajo de la mesa. Contemplaba con aire sombrío directamente al frente, al otro lado de la puerta, donde unos muchachos de piel negra y pelo blanco y unas muchachas de piel blanca y pelo negro danzaban a la cobriza luz del sol.

—¡Helsse! —dijo Reith.

Helsse ni siquiera desvió la mirada.

Reith se le acercó.

—¡Helsse!

Lentamente, Helsse volvió la cabeza; Reith miró a unos ojos que parecían lentes de negro cristal.

—Hablame —pidió Reith—. ¡Helsse! ¡Habla!

Helsse abrió la boca, emitió un croar que era como un lamento. Reith retrocedió. Helsse lo observó indiferentemente unos instantes, luego volvió a su inspección de los muchachos que bailaban y de las colinas débilmente entrevistadas más allá.

Reith se reunió con sus compañeros, y Zarfo le sirvió una jarra de cerveza.

—¿Qué pasa con el Yao? ¿Está loco?

—No lo sé. Puede que esté fingiendo. O bajo control hipnótico. O drogado.

Zarfo dio un largo sorbo de su jarra, se secó la espuma que había manchado su nariz.

—Si lo curamos, puede que el Yao considere que le hemos hecho un favor.

—Indudablemente —dijo Reith—. ¿Pero cómo?

—¿Por qué no llamar a un curandero Dugbo?

—¿Quiénes son éstos?

Zarfo señaló hacia el este con su dedo pulgar.

—Los Dugbo tienen un campamento allá en las afueras de la ciudad: son gente haragana que va vestida siempre con andrajos, dedicada al robo y al vicio, y a la música además. Adoran a los demonios, y sus curanderos realizan milagros.

—¿Y crees que los Dugbo pueden curar a Helsse? Zarfo vació su jarra.

—Si está fingiendo, te aseguro que no seguirá haciéndolo.

Reith se alzó de hombros.

—Durante un día o dos no tenemos nada mejor que hacer.

—Así es exactamente como pienso yo —dijo Zarfo.

El curandero Dugbo era un hombrecillo delgado, vestido con unos harapos marrones y botas de piel sin curtir. Sus ojos eran como luminosas avellanas, su pelo rojizo estaba recogido en tres grasientos moños. Una serie de pálidas cicatrices en su mejilla parecían agitarse y saltar mientras hablaba. No pareció sorprenderse de la petición de Reith, y estudió con una curiosidad clínica a Helsse, que permanecía sentado sardónicamente indiferente en una de las sillas de mimbre.

El curandero se acercó a Helsse, miró directamente a sus ojos, inspeccionó sus oídos, y asintió como si acabara de verificar una sospecha. Hizo una seña al gordo joven que le ayudaba, luego se acuclilló detrás de Helsse y le tocó aquí y allá, mientras el joven sostenía una botella de negra esencia bajo la nariz del Yao. Finalmente, Helsse se relajó pasivamente en su silla. El curandero prendió unos puñados de incienso y aventó los humos hacia el rostro de Helsse. Luego, mientras el joven tocaba una flauta nasal, se puso a cantar: palabras secretas, muy junto al oído de Helsse. Puso una masa de arcilla en la mano del Yao; Helsse empezó a modelar furiosamente la arcilla, y finalmente emitió un murmullo.

El curandero hizo una seña a Reith.

—Un simple caso de posesión. Observa: el demonio fluye por sus dedos a la arcilla. Habla con él si quieres. Sé gentil pero firme, y él te responderá.

—Helsse —dijo Reith—, describe tu asociación con Adam Reith.

Helsse habló con voz muy clara.

—Adam Reith vino a Settra. Había habido rumores y especulaciones, pero cuando él llegó todo fue diferente. Por una extraña casualidad acudí al Jade Azul, mi puesto de observación personal, y allí lo vi por primera vez. Después llegó Dordolio, y en su rabia acusó a Reith de ser uno de los miembros del «culto»: un hombre que decía de sí mismo que había venido del lejano Mundo Natal. Hablé con Adam Reith, pero solamente obtuve confusión. Para clarificar por adquiriescencia, tercera de las Diez Técnicas, lo llevé al cuartel general del «culto», y recibí contradicciones. Un correo nuevo en Settra nos siguió. No pude conseguir una diversión dramática, sexta de las Técnicas. Adam Reith mató al correo y se apoderó de un mensaje de importancia desconocida; no me permitió inspeccionarlo; no pude insistir sin despertar sospechas. Lo llevé a un Lokhar, «clarificando por adquiriescencia» de nuevo: resultó ser de nuevo una técnica equivocada. El Lokhar leyó profundamente en el mensaje. Ordené que Reith fuera asesinado. El

intento fracasó. Reith y su grupo huyeron al sur. Recibí instrucciones de acompañarles y penetrar en sus motivaciones. Fuimos hacia el este hasta el río Jinga y por él, corriente abajo, en bote. En una isla... —Helsse lanzó un grito jadeante y se derrumbó hacia atrás, rígido y tembloroso.

El curandero aventó humo al rostro de Helsse y apretó su nariz.

—Regresa al estado de «calma», y a partir de este momento vuelve de nuevo a él cada vez que te sea apretada la nariz: es una orden absoluta. Ahora, responde a las preguntas que se te formulen.

—¿Por qué espías a Adam Reith? —preguntó Reith.

—Estoy obligado a hacerlo; además, me gusta ese trabajo.

—¿Por qué estás obligado?

—Todos los Hombres-Wankh tienen que servir al Destino.

—Oh. ¿Eres un Hombre-Wankh?

—Sí.

Y Reith se preguntó cómo podía haber llegado a pensar alguna vez otra cosa. Tsutso y los Hoch Har no habían sido engañados.

—Si hubierais sido Yao, las cosas no hubieran ido tan bien —había dicho Tsutso.

Reith miró lúgubrementemente a sus camaradas, luego se volvió de nuevo hacia Helsse.

—¿Por qué los Hombres-Wankh espían en Cath?

—Esperan la próxima vuelta del «rondó»; se protegen contra el renacimiento del «culto».

—¿Por qué?

—Es un asunto de éstasis. Las condiciones son ahora óptimas. Cualquier cambio solamente puede ser para peor.

—Acompañaste a Adam Reith desde Settra hasta una isla en las marismas. ¿Qué ocurrió allí?

Helsse croó de nuevo y se volvió catatónico. El curandero apretó su nariz.

—¿Cómo viajaste hasta Kabasas? —preguntó Reith. Helsse volvió a quedar inerte. Reith apretó su nariz.

—Dinos por qué no puedes responder a esas preguntas.

Helsse no dijo nada. Parecía estar consciente. El curandero abanicó más humo a su rostro; Reith apretó su nariz y, cuando lo hizo, vio que los ojos de Helsse miraban en direcciones distintas. El curandero se puso en pie, empezó a recoger su equipo.

—Eso es todo. Está muerto.

Reith miró del curandero a Helsse y luego de nuevo al primero.

—¿A causa del interrogatorio?

—El humo permea la cabeza. A veces el sujeto vive; de hecho, a menudo. Este murió rápidamente; tus preguntas quebraron su sensorium.

La tarde siguiente fue clara y ventosa, con nubes de polvo torbellineando por la pista de baile al aire libre. Una serie de hombres embozados con capas grises surgieron de entre el polvo y fueron penetrando en la casita alquilada. Dentro, las lámparas estaban graduadas al mínimo y los postigos de las ventanas cerrados; las conversaciones eran mantenidas en voz baja. Zarfo desplegó un viejo mapa sobre la mesa y señaló con un grueso dedo negro.

—Podemos viajar hacia abajo por la costa, pero todo éste es terreno Niss. Podemos ir también hacia el este rodeando el Sharf hasta el lago Falas: un largo camino. O podemos ir directamente al sur, a través de las Regiones Perdidas, franquear los Infnets y bajar hasta Ao Hidis: la ruta más directa y lógica.

—¿Hay plataformas aéreas disponibles? —preguntó Reith.

Belje, el menos entusiasta de los aventureros, negó con la cabeza.

—Las condiciones ya no son las mismas que cuando yo era joven. Entonces hubiéramos podido seleccionar entre media docena. Ahora no hay ninguna. Hoy en día es

difícil conseguir sequins y plataformas. De modo que, si queremos tener una de las dos cosas, tendremos que prescindir de la otra.

—¿Cómo viajaremos?

—Podemos llegar hasta Blalag en carromato a motor, y allí tal vez podamos alquilar algún tipo de transporte que nos permita cruzar los Infnets. Luego tendremos que ir a pie; los viejos caminos que conducían al sur han sido destruidos y olvidados hace mucho tiempo.

14

Desde Smargash hasta la vieja capital Lokhar, Blalag, había tres días de viaje a través de una ventosa llanura desolada. En Blalag los aventureros se refugiaron en una sucia posada, donde consiguieron apalabrar un transporte por carromato a motor hasta un asentamiento en las montañas, Derduk, muy adentro ya de los Infnets. El viaje ocupó la mayor parte de dos días bajo incómodas condiciones. En Derduk, el único acomodo que hallaron fue una destartalada cabana que provocó gruñidos entre los Lokhar. Pero el propietario, un viejo pendenciero, les cocinó un gran estofado de caza con bayas silvestres, y los ánimos se remontaron.

A partir de Derduk la carretera que conducía al sur se había convertido en un camino en desuso. Al amanecer, el ahora menos animado grupo de aventureros emprendió el camino a pie. Viajaron todo el día a través de un paisaje de pináculos rocosos y campos de piedras y guijarros. Al anochecer, con un viento helado suspirando por entre las rocas, llegaron a un pequeño y negro lago de montaña en cuya orilla pasaron la noche. El día siguiente los condujo hasta el borde de una enorme garganta, y pasaron otro día buscando un camino que les condujera hasta el fondo. El grupo acampó en el arenoso lecho al lado del río Desidea, que avanzaba hacia el este para verterse en el lago Falas, y durante toda la noche se vieron acompañados por inquietantes lamentos y gritos casi humanos que resonaban en ecos y ecos por entre las rocas.

Por la mañana, en vez de intentar la cara sur del precipicio, siguieron el Desidea y finalmente encontraron una hendidura que los llevó hasta una alta sabana que se extendía hasta perderse de vista.

Los aventureros avanzaron durante dos días en dirección sur, alcanzando finalmente las últimas elevaciones de los Infnets al atardecer del segundo día. Ante ellos se abrió una enorme vista. Cuando llegó la noche aparecieron lejanas luces.

—¡Ao Hidis! —exclamaron los Lokhar, con alivio y aprensión entremezclados.

Se habló mucho aquella noche, junto al minúsculo fuego de campaña, acerca de los Wankh y de los Hombres-Wankh. Los Lokhar se mostraron unánimes en detestar a los Hombres-Wankh:

—Ni siquiera los Hombres-Dirdir, con toda su erudición y su orgullo, se muestran tan celosos de sus prerrogativas —declaró Jag Jaganig.

Anacho lanzó una alegre carcajada.

—Desde el punto de vista de los Hombres-Dirdir, los Hombres-Wankh son escasamente superiores a cualquiera de las otras subrazas.

—Sin embargo, si hemos de creer a los muy truhanes, comprenden los carillones Wankh —dijo Zarfo—. Yo mismo me considero un hombre lleno de recursos y despierto; sin embargo, en veinticinco años, solamente he aprendido los acordes más sencillos para «sí», «no», «alto», «adelante», «cierto», «falso», «bueno», «malo». Debo descubrirme ante su logro.

—Bah —murmuró Zorofim—. Han nacido para eso; oyen carillones desde el primer instante de sus vidas; no es ningún logro.

—Pero sacan el mayor provecho de ello —dijo Belje, con algo parecido a la envidia en su voz—. Pensad; no trabajan en nada, no tienen responsabilidades excepto hacer de intermediarios entre los Wankh y el mundo de Tschai, y viven en el refinamiento y la opulencia.

—Pero pensemos en un hombre como Helsse —dijo Reith con voz desconcertada—. Era un Hombre-Wankh que vivía como un espía. ¿Qué esperaba conseguir? ¿Qué intereses de los Wankh salvaguardaba en Cath?

—Intereses de los Wankh... ninguno. Pero recuerda que los Hombres-Wankh son opuesto al cambio, puesto que cualquier alteración de las circunstancias sólo puede traerle desventajas. Cuando un Lokhar empieza a comprender los carillones es despedido. En Cath... ¿quién sabe lo que temen? —Y Zarfo se calentó las manos en el fuego.

La noche transcurrió lentamente. Al amanecer Reith contempló Ao Hidis a través del sondoscopio, pero pudo ver muy poco a causa de la niebla.

Nerviosos por la tensión y la falta de sueño, el grupo emprendió de nuevo el camino a sur, manteniéndose tan a cubierto como era posible.

La ciudad empezó a hacerse lentamente visible; Reith localizó el muelle donde había descargado el Vargaz... ¡parecía que hacía tanto tiempo! Siguió la carretera que conducía al norte, más allá del espaciopuerto. Desde las alturas la ciudad parecía tranquila, carente de vida; las negras torres de los Hombres-Wankh daban la impresión de colgar sobre el agua. En el espaciopuerto podían divisarse cinco naves espaciales.

Al mediodía el grupo alcanzó la cresta que dominaba la ciudad. Reith sacó de nuevo el sondoscopio y estudió con el mayor cuidado el espaciopuerto, que ahora se encontraba directamente bajo ellos. A la izquierda estaban los talleres de reparaciones, y cerca de ellos una enorme nave de carga en un evidente estado de reconstrucción, encajada en un andamiaje, con parte del costillar al aire y rodeada de elementos de su propia maquinaria. Otra nave, en un rincón del campo, parecía ser un cascarón vacío y abandonado. Las condiciones de los otros tres aparatos no eran evidentes, pero los Lokhar declararon que parecían todos operativos.

—Es un asunto de rutina —dijo Zorofim—. Cuando una nave debe someterse a reparaciones, es trasladada cerca de los talleres. Las naves en tránsito son aparcadas más lejos, en la Zona de Carga.

—Entonces parece que hay tres naves potencialmente aptas para nuestros propósitos. Los Lohkar no eran tan categóricos.

—A veces algunas reparaciones pequeñas se realizan en la Zona de Carga —dijo Belje.

—Observa el furgón de reparaciones junto a la rampa de acceso —dijo Thadzei—. Lleva componentes y cajas que seguramente pertenecen a una de las tres naves de la Zona de Carga.

Se trataba de dos pequeñas naves de transporte de mercancías y una de pasajeros. Los Lohkar se inclinaban por las naves de carga, con las que se sentían más familiarizados. En cuanto a la nave de pasajeros, que Reith consideraba la más adecuada, los Lokhar se mostraron en desacuerdo: Zorofim y Thadzei declararon que era una nave estándar con un casco especializado; Jag Jaganig y Belje estaban igualmente seguros de que se trataba o bien de un nuevo diseño o de una elaborada modificación, y que en cualquiera de los dos casos iba a presentar a buen seguro dificultades.

Durante todo el día el grupo estudió el espaciopuerto, observando la actividad en los talleres y el tráfico a lo largo de la carretera. A media tarde un negro vehículo aéreo planeó y aterrizó al lado de la nave de pasajeros, que ahora quedó parcialmente fuera de la vista, pero al parecer se produjo alguna transferencia entre la nave y el vehículo aéreo. Un poco más tarde unos mecánicos Lokhar llevaron una caja de tubos de energía a la

nave, lo cual según Zarfo era una señal segura de que el aparato estaba preparándose para partir.

El sol se hundió hacia el océano. Los hombres guardaron silencio, estudiando las naves que, a menos de medio kilómetro de distancia, parecían tentadoramente accesibles. Sin embargo, la cuestión estaba aún en pie: ¿Cuál de las tres naves en la Zona de Carga ofrecía el máximo de oportunidades de despegar con éxito? El consenso favoreció a las naves de carga: solamente Jag Jaganig se inclinó por la nave de pasajeros.

Los nervios de Reith estaban en tensión. Las siguientes horas iban a modelar su futuro, y había demasiadas variables que escapaban completamente de su control. Era extraño que las naves estuvieran tan descuidadamente custodiadas. Por otra parte, ¿quién había capaz de intentar el robo de una nave espacial? Probablemente nadie en los últimos mil años había intentado un acto parecido, si es que alguien lo había intentado alguna vez.

El crepúsculo se adueñó del paisaje; el grupo empezó a descender la ladera de la montaña. Algunos focos iluminaban el terreno junto a los almacenes, los talleres de reparaciones, el edificio de la parte de atrás de la Zona de Carga. El resto del campo permanecía sumido en una mayor o menor oscuridad, y las naves arrojaban largas sombras al otro lado de las luces.

Los hombres se arrastraron los últimos metros colina abajo, cruzaron una zona de oscuros charcos, y llegaron al límite del campo, donde aguardaron cinco minutos, observando y escuchando. Los almacenes no mostraban ninguna actividad; en los talleres seguían trabajando algunos hombres.

Reith, Zarfo y Thadzei se adelantaron para efectuar un reconocimiento. Agachados, corrieron hacia el casco abandonado, junto al que se ocultaron en las sombras.

De los talleres les llegaba el zumbido de maquinaria; desde la terminal, una voz llamó diciendo algo ininteligible. Los tres hombres aguardaron diez minutos. En la ciudad al otro lado del espaciopuerto empezaron a encenderse hileras de luces; en el puerto las torres Wankh mostraron unos cuantos resplandores amarillentos.

Los talleres quedaron en silencio; los trabajadores aparecieron y se marcharon. Reith, Zarfo y Thadzei cruzaron el campo, manteniéndose en las alargadas sombras. Alcanzaron la primera de las pequeñas naves de carga y se detuvieron de nuevo para escuchar: no se produjo ningún sonido, ninguna alarma. Zarfo y Thadzei fueron a la compuerta de entrada, la abrieron y penetraron en la nave, mientras Reith montaba guardia fuera, con el corazón latiéndole alocadamente.

Pasaron diez interminables minutos. Del interior de la nave llegaban furtivos sonidos, y en una o dos ocasiones vio un destello de luz, que despertó en su interior el más intenso de los nerviosismos.

Finalmente, los dos Lokhar regresaron.

—No sirve —gruñó Zarfo—. No hay aire ni energía. Probemos la otra.

Cruzaron rápidamente las franjas de luz y sombra en dirección a la segunda nave de carga; como antes, Zarfo y Thadzei entraron mientras Reith se quedaba junto a la compuerta. Los Lokhar regresaron casi inmediatamente.

—En reparación —informó lúgubrementemente Zarfo—. De ahí salieron los componentes.

Se volvieron para contemplar la nave de pasajeros.

—No es un diseño estándar —gruñó Zarfo—. De todos modos, puede que los instrumentos y el manejo nos resulten familiares.

—Subamos y echemos una mirada —dijo Reith. Pero en aquel momento se encendió un foco al otro lado del campo. El primer pensamiento de Reith fue que habían sido descubiertos. Pero la luz avanzó hacia la nave de pasajeros, y apareció la baja forma de un vehículo moviéndose lentamente. El vehículo se detuvo al lado de la nave de pasajeros; de él descendió un cierto número de formas oscuras... Reith no pudo

determinar cuántas. Entraron en la nave con un movimiento curiosamente brusco y pesado.

—Son Wankh —murmuró Zarfo—. Suben a bordo.

—Eso significa que la nave está lista para despegar —dijo Reith—. ¡Es una oportunidad que no podemos perdernos!

Zarfo agitó la cabeza.

—Una cosa es robar una nave vacía, otra apoderarse de ella con media docena de Wankh dentro, y supongo que Hombres-Wankh también.

—¿Cómo sabes que hay Hombres-Wankh a bordo?

—Por las luces. Los Wankh proyectan pulsos de radiación y observan los reflejos.

A sus espaldas se produjo un débil ruido. Reith se dio la vuelta y encontró a Traz.

—Empezábamos a preocuparnos; hace mucho que os fuisteis.

—Vuelve atrás; trae a los otros. Si tenemos oportunidad, abordaremos la nave de pasajeros. Es la única disponible.

Traz desapareció en la oscuridad. Cinco minutos más tarde todo el grupo estaba reunido a la sombra de la nave de carga.

Transcurrió media hora. En la nave de pasajeros las formas se movían arriba y abajo por entre las luces, realizando actividades que estaban más allá de la comprensión de los nerviosos hombres. Murmuraron con voces roncas posibles líneas de acción. ¿Debían intentar asaltar la nave ahora? Casi seguro que iba a despegar de un momento a otro. Pero una acción así estaba irremediadamente condenada al fracaso. El grupo decidió proseguir una línea de acción más conservadora, y regresar a las montañas para aguardar una ocasión más propicia. Cuando empezaban a retroceder, un cierto número de Wankh salieron de la nave y montaron en el vehículo, que abandonó el campo casi inmediatamente. Dentro de la nave seguían brillando luces. No se veía ninguna otra actividad.

—Vamos a echar un vistazo —dijo Reith. Cruzó corriendo el campo, seguido por los demás. Subieron la rampa de acceso, cruzaron la escotilla de entrada y se encontraron en la sala principal de la nave, que estaba desocupada.

—Todo el mundo a sus puestos —dijo Reith—. ¡Despegamos inmediatamente!

—Si podemos —gruñó Zorofim.

Traz gritó una advertencia; Reith se volvió a tiempo para ver a un solo Wankh que penetraba en la sala y les observaba con desconcertada desaprobación. Era una criatura negra algo más robusta que un hombre, con un torso masivo y una cabeza cuadrada en la que dos lentes negras, los ojos, palpitaban llameando a intervalos de medio segundo. Las piernas eran cortas; los pies palmeados; no llevaba armas ni nada parecido; de hecho no llevaba ropas ni correajes de ninguna clase. De un órgano sónico en la base del cráneo brotaron cuatro carillones reverberantes que, teniendo en cuenta las circunstancias, sonaron comedidos y poco excitados. Reith dio un paso adelante y señaló un asiento para indicarle que debía sentarse allí. El Wankh permaneció de pie inmóvil, contemplando a los Lokhar que se habían diseminado en varias direcciones, comprobando motores, energía, provisiones, oxígeno. Finalmente el Wankh pareció comprender lo que estaba ocurriendo. Dio un paso hacia la compuerta de salida, pero Reith le cortó el camino y señaló de nuevo el asiento. El Wankh se inmovilizó ante él, enorme, las lentes de sus ojos destellando. El carillón sonó de nuevo, más perentorio esta vez.

Zarfo regresó a la sala.

—La nave está en buen orden. Pero es un modelo no familiar, como me temía.

—¿Podemos hacer que despegue?

—Tendremos que asegurarnos primero de lo que estamos haciendo. Puede que necesitemos algunos minutos, o quizá algunas horas.

—Entonces no podemos dejar marchar al Wankh.

—Lo cual es un fastidio —dijo Zarfo.

El Wankh intentó seguir avanzando; Reith lo empujó hacia atrás y extrajo su pistola. El Wankh emitió un fuerte carillón. Zarfo respondió con un sonido gorjeante. El Wankh retrocedió.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Reith.

—Me he limitado a emitir el sonido correspondiente a «peligro». Parece haberlo comprendido perfectamente.

—Me gustaría que se sentara; me pone nervioso de pie ahí.

—Los Wankh no se sientan casi nunca —dijo Zarfo, y se dirigió a cerrar la compuerta de entrada.

Pasó el tiempo. Desde varios lugares de la nave llegaban llamadas y exclamaciones de los Lokhar. A una seña de Reith, Traz se dirigió al domo de observación y observó el campo. El Wankh permanecía estólidamente de pie, al parecer sin saber qué decisión tomar.

La nave se estremeció; las luces parpadearon, se hicieron más débiles, volvieron a brillar. Zarfo se asomó a la sala.

—Hemos conseguido poner en marcha los motores. Ahora, si Thadzei puede desentrañar la configuración de los controles...

—El furgón de antes está volviendo —dijo Traz desde arriba—. Acaban de encender los focos para iluminar el campo.

Thadzei atravesó corriendo la sala, saltó a la consola de control. Miró a un lado y a otro, mientras Zarfo permanecía a su lado urgiéndole a que se apresurara. Reith dejó a Anacho custodiando al Wankh y se reunió con Traz en el domo de observación. El vehículo estaba frenando para detenerse al lado de la nave.

Zarfo señaló aquí y allá en el panel de control; Thadzei asintió dubitativo, dio un poco de presión. La nave se estremeció y osciló; Reith sintió la aceleración bajo sus pies. ¡Estaban partiendo de Tschai! Thadzei hizo algunos ajustes; la nave se inclinó de proa. Reith buscó un asidero; el Wankh perdió el equilibrio y cayó en el asiento, donde se quedó inmóvil. Desde todos lados de la nave llegaron las maldiciones de los Lokhar.

Reith se dirigió al puente y se detuvo al lado de Thadzei, que manejaba desesperado los controles, probando primero esto, luego aquello.

—¿No hay ningún piloto automático? —preguntó Reith.

—Tiene que haberlo en algún lugar. No encuentro el embrague. Esos no son controles estándar, en absoluto.

—¿Sabes lo que estás haciendo?

—No.

Reith bajó la vista a la oscura superficie de Tschai.

—Mientras estemos yendo hacia arriba y no hacia abajo, todo va bien.

—Si dispusiera de una hora, de una sola hora —gimió Thadzei—. Podría rastrear los circuitos.

Jag Jaganig entró en la sala para lanzar una airada protesta. Thadzei, sin volverse, gruñó:

—¡Estoy haciendo todo lo que puedo!

—¡No es suficiente! ¡Vamos a estrellarnos!

—Todavía no —dijo Thadzei hoscamente—. Veo una palanca que aún no he probado. —Tiró de la palanca; la nave se deslizó alarmantemente de costado y se lanzó a gran velocidad hacia el este. Los Lokhar volvieron a lanzar gritos angustiados. Thadzei devolvió la palanca a su posición original. La nave se inmovilizó en una temblorosa éstasis. Thadzei lanzó un gran suspiro y miró a todos lados en el panel.

—¡Nunca he visto ninguno como éste! Reith observó a través de la portilla pero no vio nada excepto oscuridad. Zarfo dijo con voz tranquila:

—Nuestra altitud no llega a los trescientos metros... Ahora es de doscientos ochenta...

Thadzei se afaná desesperadamente en los controles. La nave se inclinó de nuevo y voló hacia el este.

—¡Arriba, arriba! —exclamó Zarfo—. ¡Estamos perdiendo altura!

Thadzei hizo que la nave se detuviera de nuevo en el aire.

—Bien, entonces este interruptor debe activar seguramente los repulsores. —Lo accionó. De popa les llegó un siniestro crujido, una explosión ahogada. Los Lokhar gimieron lúgubrementemente. Zarfo siguió leyendo el altímetro:

—Ciento cincuenta... Ciento veinte... Cien... Cincuenta... Veinticinco...

Contacto: un chapoteo, un cabeceo y una oscilación, luego silencio. La nave estaba a flote, aparentemente sin haber sufrido daños, en una desconocida masa de agua. ¿El Parapán? ¿El Schanizade? Reith alzó las manos en fatalista desesperación. De nuevo en Tschai.

Saltó de vuelta a la sala principal. El Wankh permanecía inmóvil como una estatua. Fuera cuales fuesen sus emociones, no evidenciaba ninguna.

Reith se dirigió a la sala de motores, donde Jag Jaganig y Belje contemplaban desconsoladamente un panel medio fundido.

—Una sobrecarga —dijo Belje—. Seguro que los circuitos y las conexiones se han fundido.

—¿Podemos repararlo?

Belje dejó escapar un lúgubre sonido.

—Si hay repuestos y herramientas a bordo.

—Si nos dejan tiempo —dijo Jag Jaganig.

Reith regresó al salón principal. Se dejó caer en un asiento y miró torvamente al Wankh. El plan había tenido éxito... casi. Se reclinó en el asiento, abrumado por la fatiga. Los demás debían estar sintiendo lo mismo. No servía de nada intentar seguir adelante sin descansar antes un poco. Se puso en pie, reunió al grupo. Se estableció una guardia de dos hombres; los demás se dejaron caer en los distintos asientos para dormir un poco del mejor modo posible.

Pasó la noche. Az cruzó el cielo, seguida por Braz. El amanecer reveló una plácida extensión que Zarfo identificó como el lago Falas.

—¡Y nunca ha servido para un propósito más útil!

Reith se dirigió a la parte más alta del casco y desde allí escrutó el horizonte con su sondoscopio. La brumosa agua se extendía al sur, este y oeste. Hacia el norte se divisaba una baja orilla hacia la que derivaba lentamente la nave, impulsada por una suave brisa del sur. Reith volvió a entrar en la nave. Los Lokhar habían desprendido un panel y estaban discutiendo los daños sin demasiado entusiasmo. Sus actitudes le dieron a Reith toda la información que necesitaba.

En el salón principal encontró a Anacho y Traz mordisqueando unas esferas de pasta negra encajadas en una especie de anillo de costra blanca que habían tomado de una alacena. Reith ofreció una de las esferas al Wankh, que no le prestó la menor atención. Reith comió una de las esferas, descubriendo que tenía un sabor muy parecido al queso. Zarfo se le unió al cabo de poco y confirmó lo que Reith ya había supuesto.

—Es imposible efectuar reparaciones. Toda una bancada de cristales ha quedado destruida. No hay repuestos a bordo.

Reith asintió tristemente.

—Lo que imaginé.

—¿Y ahora qué? —preguntó Zarfo.

—Tan pronto como el viento nos haya llevado a la orilla, desembarcaremos y regresaremos a Ao Hidis para intentarlo de nuevo.

Zarfo no pudo reprimir un gruñido.

—¿Y el Wankh?

—Tendremos que dejarle que siga su propio camino. Por supuesto, no tengo intención de asesinarle.

—Un error —resopló Anacho—. Lo mejor sería matar a la repulsiva bestia.

—Para tu información —dijo Zarfo—, la principal ciudadela Wankh, Ao Khaha, se halla situada en el lago Falas. No creo que esté muy lejos.

Reith volvió a salir a proa. La vegetación que poblaba la orilla estaba a menos de un kilómetro de distancia; más allá había terreno pantanoso. Tomar tierra en aquel lugar podía ser altamente embarazoso, y Reith se alegró de ver que el viento, cambiando de dirección, parecía estar empujando lentamente la nave hacia el oeste, quizá ayudada por una suave corriente. Siguiendo la línea de la orilla con el sondoscopio, Reith pudo distinguir un conjunto de irregulares promontorios a lo lejos, al oeste.

Desde atrás le llegó el sonido de unos gritos, seguido por el golpetear de pesados pasos. El Wankh salió de la nave, seguido por Anacho y Traz. El Wankh clavó la vista en Reith durante medio segundo, el tiempo suficiente para que su parpadeante visión registrara una imagen, luego se volvió en una lenta gradación para mirar el horizonte a su alrededor. Antes de que Reith pudiera impedirlo —caso de que hubiera sido capaz de ello—, el Wankh echó a correr con su peculiar paso bamboleante hasta el borde de la nave y se hundió en el agua. Reith tuvo un atisbo del mojado pelaje de su espalda, luego la criatura se sumergió en las profundidades.

Reith escrutó la superficie durante un cierto tiempo, pero no volvió a ver ni rastro del Wankh. Una hora más tarde, al comprobar el avance de la nave, giró de nuevo el sondoscopio hacia la orilla occidental. Con un helado desánimo comprobó que las formas que al principio había tomado por prominencias del terreno eran las negras torres de una extensa ciudad fortaleza Wankh. Sin una palabra, Reith examinó los pantanos del norte con un nuevo interés nacido de la desesperación.

Penachos de blanca hierba brotaban como peludas verrugas de campos de negro lodo y aguas estancadas. Reith volvió abajo en busca de material para una balsa, pero no encontró nada. Los asientos estaban clavados a la estructura, y se hacían pedazos al intentar desmontarlos. No había ningún bote salvavidas a bordo. Reith regresó fuera y se preguntó cuál debía ser su próximo movimiento. Los Lokhar se le unieron: desconsoladas figuras en sus túnicas color trigo, con sus rudos rostros negros y sus cabellos blancos agitados por el viento.

—¿Conoces ese lugar de ahí delante? —preguntó Reith a Zarfo.

—Tiene que ser Ao Khaha.

—Si nos atrapan, ¿qué podemos esperar?

—La muerte.

Transcurrió la mañana; el sol, al ascender hacia el cenit, disolvió la niebla que cubría el horizonte, y las torres de Ao Khaha pudieron verse con toda claridad.

La nave había sido descubierta. En el agua junto a la ciudad apareció una barcaza, que empezó a moverse dejando tras ella una cinta de espuma blanca. Reith la estudió con el sondoscopio. Había Hombres-Wankh en cubierta, quizá una docena, curiosamente parecidos entre sí: hombres esbeltos con pieles mortalmente pálidas y rostros saturninos o, en algunos casos, ascéticos. Reith consideró la posibilidad de oponer resistencia: ¿quizá un desesperado intento de apoderarse de la barcaza? Decidió que era mejor no intentarlo. Casi seguro que no funcionaría.

Los Hombres-Wankh treparon a la nave. Ignorando a Reith, Traz y Anacho, se dirigieron a los Lokhar.

—Todos a la barcaza. ¿Lleváis armas?

—No —gruñó Zarfo.

—Rápido pues. —Entonces vieron a Anacho—. ¿Qué es esto? ¿Un Hombre-Dirdir? — Y lanzaron risitas de suave sorpresa. Inspeccionaron a Reith—. ¿Y de qué tipo es ése? ¡Una variada tripulación, sin duda! ¡Está bien, todo el mundo a la barcaza!

Los Lokhar fueron los primeros, con los hombros hundidos, sabiendo lo que les esperaba. Reith, Traz y Anacho les siguieron.

—¡Todos! De pie en cubierta, junto la borda, en fila. De espaldas. —Y los Hombres-Wankh sacaron sus armas.

Los Lokhar empezaron a obedecer. Reith no había esperado una carnicería así. Furioso por no haber ofrecido resistencia desde un principio, exclamó:

—¿Debemos dejar que nos maten tan fácilmente? ¡Luchemos!

Los Hombres-Wankh lanzaron una seca orden:

—¡Rápido, a menos que queráis que sea peor! ¡Todos junto a la borda!

El agua cerca de la barcaza pareció hervir. Una figura negra flotó relajadamente en la superficie y lanzó cuatro sonoros carillones. Los Hombres-Wankh se pusieron rígidos; sus rostros reflejaron una irritada decepción. Hicieron un gesto con la mano a sus cautivos.

—Está bien, media vuelta todos: id a las cabinas.

La barcaza regresó a la gran fortaleza negra, con los Hombres-Wankh murmurando entre sí. Pasó junto a un rompeolas, se unió magnéticamente a un muelle. Los prisioneros fueron llevados a tierra firme y, cruzando un portal, penetraron en Ao Khaha.

15

Superficies de negro cristal, paredes desnudas y zonas de cemento negro, ángulos, bloques, masas: una negación absoluta de toda forma orgánica. Reith se preguntó qué significaba realmente aquella arquitectura; parecía notablemente abstracta y severa. Los cautivos fueron llevados a una corta calle sin salida, cerrada en tres de sus lados con cemento negro.

—¡Alto! ¡Quedaos aquí! —llegó la orden. Los prisioneros, sin otra elección, se detuvieron y se situaron en una desanimada línea.

—Tenéis agua en esa espita. Evacuad en ese canal. No hagáis ningún ruido ni molestéis. —Los Hombres-Wankh se marcharon, dejando a los prisioneros sin ninguna custodia.

—¡Ni siquiera nos han registrado! —exclamó Reith con voz maravillada—. Todavía tengo mis armas.

—El portal no está lejos —dijo Traz—. ¿Por qué tenemos que aguardar aquí a que nos maten?

—Nunca alcanzaremos el portal —gruñó Zarfo.

—¿De modo que tenemos que quedarnos aquí como ganado dócil?

—Eso es lo que pienso hacer —dijo Belje, lanzando una amarga mirada a Reith—. Nunca volveré a ver Smargash, pero si me quedo quieto puede que salve la vida.

Zorofim lanzó una brusca carcajada.

—¿En las minas?

—Sólo he oído rumores acerca de las minas.

—Cuando un hombre va bajo tierra, no vuelve a salir a la superficie. Hay emboscadas y terribles trucos de los Pnume y de los Pnumekin. Si no somos ejecutados inmediatamente, iremos a las minas.

—¡Todo por la avaricia y la loca estupidez! —se lamentó Belje—. ¡Adam Reith, tienes que responder de muchas cosas!

—Tranquilo, cobarde —dijo Zarfo sin acalorarse—. Nadie te obligó a venir. La culpa es exclusivamente nuestra. Deberíamos disculparnos ante Reith; él confió en nuestro conocimiento; le hemos demostrado nuestra ineptitud.

—Todos nosotros hicimos lo que pudimos —dijo Reith—. La operación era arriesgada; fracasamos; es tan simple como eso... En cuanto a intentar escapar de aquí... no puedo

creer que nos hayan dejado solos, sin vigilancia, libres para marcharnos cuando queramos.

Jag Jaganig lanzó una triste risita.

—No estés demasiado seguro de todo eso; piensa que para los Hombres-Wankh no somos más que animales.

Reith se volvió hacia Traz, cuya percepción, a veces, lo maravillaba.

—¿Serías capaz de hallar el camino de vuelta al portal?

—No lo sé. No directamente. Había demasiadas vueltas. Los edificios me confunden.

—Entonces será mejor que nos quedemos aquí... Hay una remota posibilidad de que podamos salirnos con bien de esta situación.

Transcurrió la tarde, luego la larga noche, con Az y Braz creando fantasías de formas y sombras. Cuando llegó la helada mañana, amargados, con las articulaciones rígidas y hambrientos, y cada vez más inquietos ante la desatención de sus captores, incluso los más temerosos de los Lokhar empezaron a atisbar fuera del recinto que formaba la corta calle cegada y especulando sobre la situación del portal que se abría en algún lugar del negro muro de cristal.

Reith volvió a aconsejar paciencia.

—Nunca lo conseguiremos. La única esperanza que nos queda es que la decisión de los Wankh sea leve para nosotros.

—¿Por qué tendría que ser leve? —se burló Thadzei—. Su justicia es directa: la misma justicia que utilizamos nosotros contra los animales dañinos.

Jag Jaganig no se sentía menos pesimista.

—Nunca veremos a los Wankh. ¿Por qué crees que mantienen a los Hombres-Wankh, si no es para que hagan de enlaces entre ellos y Tschai?

—Veremos —dijo Reith.

Transcurrió la mañana. Los Lokhar permanecían lánguidamente recostados contra una pared. Traz, como siempre, mantenía su ecuanimidad. Contemplando al joven, Reith no pudo por menos que preguntarse acerca de la fuente de su fortaleza. ¿Un carácter innato? ¿Fatalismo? ¿Seguía modelando aún su alma la personalidad del Onmale, el emblema que había perdido hacía tanto tiempo?

Pero había otros problemas más inmediatos.

—Este retraso no puede ser accidental —confió Reith a Anacho—. Tiene que existir una razón. ¿Están intentando desmoralizarnos?

Anacho, tan alicaído como los demás, dijo:

—Hay otras formas mucho mejores que ésta.

—¿Acaso están esperando a que ocurra algo? ¿Qué?

Anacho no pudo proporcionar ninguna respuesta.

A última hora de la tarde aparecieron tres Hombres-Wankh. Uno de ellos, que llevaba espinilleras plateadas y un medallón de plata colgando de una cadena en torno a su cuello, parecía una persona importante. Examinó al grupo con las cejas alzadas en una mezcla de desagrado y regocijo, como si se hallara ante una pandilla de chicos traviosos.

—Bien —dijo enérgicamente—, ¿quién de vosotros es el líder de este grupo?

Reith avanzó unos pasos con toda la dignidad que pudo reunir.

—Yo.

—¿Tú? ¿No uno de los Lokhar? ¿Qué esperabas conseguir?

—¿Puedo preguntarte primero quién juzga nuestro delito? —quiso saber Reith.

El Hombre-Wankh fue tomado por sorpresa.

—¿Juzgar? ¿Qué necesita ser juzgado? Lo único que queda por saber aquí, y su interés es relativo, es vuestros motivos.

—Lamento no estar de acuerdo contigo —dijo Reith con un tono razonable—. Nuestra transgresión fue un simple hurto; solamente por puro accidente nos llevamos a un Wankh con nosotros.

—¡Un Wankh! ¿No te das cuenta de su identidad? No, por supuesto que no. Es un sabio del más alto nivel, un Maestro Original.

—¿Y quiere saber por qué tomamos su nave espacial?

—¿Y qué si así fuera? Eso no os concierne. Lo único que tenéis que hacer es transmitir la información a través mío; esa es mi función.

—Me encantará hacerlo, pero en su presencia, y espero que en un entorno algo más apropiado que este callejón.

—Zff, tienes sangre fría. ¿Respondes al nombre de Adam Reith?

—Soy Adam Reith.

—¿Y visitaste recientemente Settra, en Cath, donde te asociaste con los llamados «Anhelantes Refluxivos»?

—Tu información es inexacta.

—Puede que lo sea; lo que queremos saber son tus razones para robar una nave espacial.

—Limítate a estar cerca cuando se lo comunique al Maestro Original. El asunto es complejo, y estoy seguro que querrá hacer preguntas que no pueden responderse de una forma casual.

El Hombre-Wankh se dio la vuelta, disgustado.

—Tienes sangre fría, realmente —murmuró Zarfo—. ¿Pero qué vas a ganar hablando con el Wankh?

—No lo sé. Pero vale la pena intentarlo. Sospecho que los Hombres-Wankh informan solamente de lo que interesa a sus propósitos.

—Eso lo sabe todo el mundo excepto los Wankh.

—¿Cómo es posible? ¿Tan inocentes son? ¿O tan remotos?

—Ninguna de las dos cosas. No tienen otras fuentes de información. Los Hombres-Wankh se aseguran muy bien de que la situación se mantenga de esta forma. Los Wankh sienten escaso interés en los asuntos de Tschai; están aquí solamente para contrarrestar la amenaza Dirdir.

—Bah —dijo Anacho—. La «amenaza Dirdir» es un mito; los Expansionistas desaparecieron hace miles de años.

—Entonces, ¿por qué los Wankh siguen teniéndoles miedo a los Dirdir? —preguntó Zarfo.

—Desconfianza mutua; ¿qué otra cosa puede ser?

—Antipatía natural. Los Dirdir son una raza insufrible.

Anacho se alejó con un bufido. Zarfo se echó a reír. Reith agitó la cabeza en suave desaprobación.

—Sigue mi consejo, Adam Reith —dijo entonces Zarfo—: no te pongas en contra de los Hombres-Wankh, porque solamente podrás vencer a través de ellos. Congraciate con ellos, lisonjéales, dobla el espinazo... y al menos no los tendrás contra ti.

—No soy tan orgulloso como para no doblar el espinazo —dijo Reith—, si eso me sirviera de algo... lo cual no es el caso. Y se me han ocurrido una o dos ideas que pueden ayudarnos, si tenemos la oportunidad de hablar con los Wankh.

—No derrotarás a los Hombres-Wankh de ese modo —murmuró sombrío Zarfo—. Le dirán a los Wankh solamente lo que crean conveniente, y tú nunca sabrás la diferencia.

—Lo que me gustaría hacer —dijo Reith— es crear una situación en la que solamente la verdad tuviera sentido, en la que cualquier otra afirmación fuera una falsedad obvia.

Zarfo agitó la cabeza desconcertado y se dirigió a la espita para beber. Reith recordó que nadie en el grupo había comido nada desde hacía casi dos días; no era extraño que se mostraran apáticos e irritables.

Aparecieron tres Hombres-Wankh. El oficial que había hablado antes con Reith no estaba entre ellos.

—Venid con nosotros. Vamos, moveos; formad una hilera.

—¿Adonde vamos? —preguntó Reith, pero no recibió ninguna respuesta.

El grupo caminó durante cinco minutos, atravesando calles que formaban extraños ángulos e irregulares plazas, pasando junto a inesperados salientes y ocasionales sitios despejados, por profundas sombras y bajo el débil brillo de Carina 4269. Entraron en la planta baja de una torre, entraron en un ascensor que los llevó hacia arriba unos treinta metros y se abrió a una gran sala octogonal.

La estancia estaba en penumbra; un gran panel lenticular en el techo contenía agua; las pequeñas olas formadas por el viento modulaban la luz del cielo y la enviaban danzando por toda la sala. Había un sonido tembloroso apenas audible, como suspirantes acordes y complejas disonancias; un sonido que era algo más y algo menos que música. Las paredes estaban manchadas y descoloridas, un hecho que Reith encontró peculiar, hasta que al examinarlas desde más cerca reconoció ideogramas Wankh, inmensos e intrincadamente detallados, uno en cada pared. Cada ideograma, pensó Reith, representaba un carillón; cada carillón era el equivalente sónico de una imagen visual. Esto, reflexionó Reith, eran pinturas altamente abstractas.

La sala estaba vacía. El grupo aguardó en silencio mientras los casi inaudibles acordes derivaban entrando y saliendo de sus consciencias, y la ambarina luz del sol, refractada y rota en estremecimientos, inundaba la estancia.

Reith oyó a Traz jadear sorprendido: una extraña reacción en él. Se volvió. Traz señaló: —¡Mira ahí!

De pie en una especie de nicho estaba Helsse, con la cabeza inclinada en una actitud de meditativa ensoñación. Sus ropas eran nuevas y extrañas. Llevaba el negro atuendo de los Hombres-Wankh; su pelo estaba cortado muy corto; parecía una persona a mundos de distancia del suave joven que Reith había conocido en el Palacio del Jade Azul. Reith miró a Zarfo.

—¡Me dijiste que estaba muerto!

—¡Así me lo pareció! Lo depositamos en la cámara de los muertos, y a la mañana siguiente ya no estaba. Imaginamos que las jaurías de la noche habían acudido a por él.

—¡Helsse! —llamó Reith—. ¡Aquí! ¡Soy Adam Reith!

Helsse volvió la cabeza, lo miró, y Reith se preguntó cómo había podido tomar alguna vez a Helsse por otra cosa que no fuera un Hombre-Wankh. Helsse avanzó lentamente, cruzando la estancia, con una semisonrisa en su rostro.

—He aquí el triste resultado de tus hazañas.

—La situación es más bien desmoralizadora —admitió Reith—. ¿Puedes ayudarnos? Helsse alzó las cejas.

—¿Por qué debería hacerlo? Te encuentro personalmente ofensivo, sin humildad ni elegancia. Me sometiste a un centenar de indignidades; tu tendencia al «culto» es repulsiva; el robo de la nave espacial con un Original a bordo hace tu petición absurda.

Reith lo estudió unos instantes.

—¿Puedo preguntarte por qué estás aquí?

—Por supuesto. Para proporcionar información acerca de ti y tus actividades. Reith digirió la respuesta.

—¿Tan importantes somos?

—Así parece —dijo Helsse, indiferente.

Cuatro Wankh entraron en la estancia y se detuvieron de pie junto a la pared del fondo: cuatro enormes sombras negras. Helsse se envaró; los otros Hombres-Wankh guardaron silencio. Era evidente, pensó Reith, que fuera cual fuese la actitud de los Hombres-Wankh con respecto a los Wankh, esa actitud comportaba una gran dosis de respeto.

Los prisioneros fueron empujados hacia delante, y se alinearon frente a los Wankh. Pasó un minuto, durante el cual no ocurrió nada. Luego los Wankh intercambiaron carillones; suaves sonidos ahogados a intervalos de medio segundo, aparentemente ininteligibles para los Hombres-Wankh. Siguió otro silencio, luego los Wankh se dirigieron

a los Hombres-Wankh, produciendo triadas de tres rápidas notas, como vibraciones de xilófono, en lo que parecía ser un uso simplificado o elemental de su lenguaje.

El más viejo de los Hombres-Wankh dio un paso adelante, escuchó, se volvió hacia los prisioneros.

—¿Quién de vosotros es el jefe de los piratas?

—Ninguno de nosotros —dijo Reith—. No somos piratas.

Uno de los Wankh emitió carillones interrogativos. Reith creyó reconocer al Maestro Original. El Hombre-Wankh, algo a regañadientes, sacó un pequeño instrumento provisto de teclas, que manipuló con sorprendente destreza.

—Dile también que lamentamos los trastornos que le hemos causado —indicó Reith—. Las circunstancias nos obligaron a llevarlo con nosotros.

—No estás aquí para discutir —dijo el Hombre-Wankh—, sino para proporcionar información, tras lo cual se seguirá con el procedimiento habitual.

El Maestro emitió nuevos carillones, y recibió su respuesta. Reith preguntó:

—¿Qué está diciendo, y qué le has contado tú?

—Habla solamente cuando se te pregunte directamente —dijo el Hombre-Wankh.

Helsse avanzó unos pasos y, sacando su propio instrumento, produjo una serie de carillones durante largo rato. Reith empezó a sentirse intranquilo y frustrado. Los acontecimientos estaban yendo demasiado más allá de su control.

—¿Qué está diciendo Helsse?

—Silencio.

—Al menos informa al Wankh que tenemos una alegación que deseamos presentar.

—Serás convenientemente notificado si resulta necesario que testifiques. La audiencia ya está terminando.

—¡Pero no se nos ha dado ninguna oportunidad de hablar!

—¡Silencio! ¡Tu persistencia es ofensiva! Reith se volvió a Zarfo.

—¡Dile algo al Wankh! ¡Cualquier cosa!

Zarfo hinchó las mejillas. Señalando al Hombre-Wankh, emitió una serie de sonidos pipiantes. El Hombre-Wankh dijo severamente:

—Calla; estás interrumpiendo.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Reith.

—He dicho: «Falso, falso, falso». Es todo lo que sé. El Maestro emitió unos carillones, señalando a Reith y Zarfo. El Hombre-Wankh, visiblemente exasperado, dijo:

—El Wankh quiere saber dónde planeabais cometer vuestras piraterías o, mejor dicho, dónde planeabais llevar la nave espacial.

—No estás traduciendo correctamente —protestó Reith—. ¿No le has dicho que no somos piratas?

Zarfo emitió nuevamente los sonidos de «¡Falso, falso, falso!»

—Sois obviamente piratas, o lunáticos —dijo el Hombre-Wankh. Volviéndose al Wankh, manejó su instrumento, interpretando a su modo, Reith estaba seguro de ello, lo que se acababa de decir. Reith se volvió a Helsse.

—¿Qué le está diciendo? ¿Que no somos piratas? Helsse lo ignoró.

De pronto Zarfo se echó a reír a carcajadas, ante la sorpresa de todos. Murmuró al oído de Reith:

—¿Recuerdas al curandero Dugbo? Apriétale a Helsse la nariz.

Reith dijo:

—Helsse.

Helsse volvió hacia él una austera mirada. Reith dio un paso adelante, le dio un fuerte apretón a su nariz. Helsse pareció ponerse rígido.

—Dile al Wankh que soy un hombre de la Tierra, el mundo originario de la humanidad —dijo Reith—. Que tomé la nave espacial con la intención de regresar a casa.

Como si fuera un muñeco de madera, Helsse produjo una serie de trinos en su instrumento. Los otros Hombres-Wankh se mostraron instantáneamente agitados... prueba suficiente de que Helsse había traducido correctamente. Empezaron a protestar, a avanzar, a ahogar los carillones de Helsse, sólo para ser cortados en seco por un gran sonido aullante del Maestro.

Helsse prosiguió y acabó.

—Dile además —indicó Reith— que los Hombres-Wankh falsificaron lo que yo dije, que hacen eso constantemente para conseguir sus fines particulares.

Helsse volvió a manejar su instrumento. Los otros Hombres-Wankh empezaron de nuevo una gran serie de protestas, y otra vez fueron rechazados.

Reith se sentía cada vez más lanzado. Decidió airear una de sus suposiciones, saltando atrevidamente a lo desconocido:

—Dile que los Hombres-Wankh destruyeron mi nave espacial, matando a todos los que iban a bordo excepto a mí. Dile que nuestra misión era inocente, que acudimos a investigar unas señales de radio emitidas desde este planeta hace ciento cincuenta años de Tschai. Por aquel entonces los Hombres-Wankh destruyeron las ciudades de Settra y Ballisidre, desde donde habían sido emitidas las señales, con grandes pérdidas de vidas, y todo por la misma razón: para impedir una situación nueva que pudiera alterar el equilibrio Wankh-Dirdir.

El instantáneo rugir entre los Hombres-Wankh convenció a Reith de que sus acusaciones habían dado en la diana. Fueron silenciados de nuevo. Helsse manejó su instrumento con el aire de un hombre alucinado por sus propias acciones.

—Dile —prosiguió Reith— que los Hombres-Wankh han estado distorsionando sistemáticamente la verdad. Indudablemente han estado prolongando la guerra contra los Dirdir. Que recuerden que, si la guerra terminaba, los Wankh regresarían a su planeta natal, y entonces los Hombres-Wankh serían abandonados a sus propios recursos.

Helsse, con el rostro convertido en una máscara gris, luchó por dejar caer el instrumento, pero sus dedos se negaron a obedecerle. Siguió manejándolo. Los otros Hombres-Wankh permanecían inmóviles en un silencio mortal. Aquella era la acusación más reveladora de todas. El Hombre-Wankh más anciano gritó:

—¡La entrevista ha terminado! ¡Prisioneros, formad en línea! ¡Fuera!

—Pide al Wankh que ordene que todos los otros Hombres-Wankh se marchen —le dijo Reith a Helsse—, para que podamos seguir comunicándonos sin ninguna interrupción.

El rostro de Helsse se crispó; el sudor empapaba su rostro.

—Traduce mi mensaje —dijo Reith.

Helsse obedeció.

Un completo silencio se adueñó de la estancia, con los Hombres-Wankh mirando aprensivamente a los Wankh.

El Maestro emitió dos carillones.

Los Hombres-Wankh murmuraron entre sí. Llegaron a una terrible decisión. Extrajeron sus armas y se volvieron, no hacia los prisioneros, sino hacia los cuatro Wankh. Reith y Traz saltaron sobre ellos, seguidos por los Lokhar. Las armas fueron arrebatadas.

El Maestro emitió dos suaves carillones.

Helsse escuchó, luego se volvió lentamente hacia Reith.

—Ordena que me entregues el arma que tienes en tus manos.

Reith le pasó el arma. Helsse se volvió hacia los otros tres Hombres-Wankh, pulsó el disparador. Los tres hombres cayeron muertos, con las cabezas destrozadas.

Los Wankh permanecieron unos instantes en silencio, evaluando la situación. Luego se marcharon de la estancia. Los hasta entonces prisioneros quedaron allí con Helsse y los cadáveres. Reith tomó el arma de los fríos dedos de Helsse antes de que éste pensara en usarla de nuevo.

La estancia empezó a oscurecerse con la llegada del anochecer. Reith estudió a Helsse, preguntándose cuánto tiempo persistiría aún el estado hipnótico. Finalmente dijo:

—Llévanos fuera de aquí.

—Venid.

Helsse llevó el grupo a través de la ciudad negra y gris, y finalmente a una pequeña puerta de acero. Helsse tocó una manija; la puerta se abrió de par en par. Más allá, una arista de roca conducía a la oscuridad de las afueras de la ciudad Wankh.

El grupo cruzó la abertura al aire libre. Reith se volvió hacia Helsse.

—Diez minutos después de que toque tu hombro, vuelve a tu condición normal. No recordarás nada de lo que ha ocurrido durante la última hora. ¿Has comprendido?

—Sí.

Reith tocó a Helsse en el hombro; el grupo se apresuró a alejarse en el crepúsculo. Antes de que una prominencia rocosa los ocultara de su vista, Reith miró hacia atrás. Helsse permanecía inmóvil allí donde lo habían dejado, mirándoles con una expresión que hubiera jurado que era nostálgica.

16

El grupo se dejó caer agotado en mitad de un denso bosque, sintiendo que sus estómagos rugían de hambre. A la luz de las dos lunas, Traz buscó por entre la maleza hasta encontrar un grupo de plantas del peregrino, y todos comieron por primera vez en dos días. Algo reanimados, siguieron avanzando en medio de la noche, subiendo por una larga pendiente. En la parte superior del promontorio se volvieron hacia la lúgubre silueta de Ao Khaha iluminada por la luz de las lunas. Permanecieron unos momentos contemplándola, cada cual sumido en sus propios pensamientos, luego prosiguieron hacia el norte.

Por la mañana, tras un desayuno de setas asadas, Reith abrió su bolsa.

—La expedición ha sido un fracaso, pero eso no cambia las cosas. Como prometí, cada hombre recibirá otros cinco mil sequins. Tomadlos ahora, con mi gratitud por vuestra lealtad.

Zarfo aceptó delicadamente las resplandecientes monedas púrpuras y las sopesó.

—Ante todo soy un hombre honesto, y en consecuencia, puesto que ésta era la estructura del contrato, aceptaré el dinero.

—Permíteme hacerte una pregunta, Adam Reith —murmuró Jag Jaganig—. Dijiste a los Wankh que eras un hombre de un mundo lejano, la cuna del hombre. ¿Es eso correcto?

—Eso es lo que dije a los Wankh.

—¿Eres realmente ese hombre, procedente de ese lejano planeta?

—Sí. Aunque Anacho el Hombre-Dirdir ponga esa cara de palo al oírme.

—Cuéntanos algo de ese planeta.

Reith habló durante más de una hora, mientras sus camaradas permanecían sentados en torno al fuego, mirando.

Finalmente, Anacho carraspeó.

—No dudo de tu sinceridad. Pero, como tú mismo dices, la historia de la Tierra es corta comparada con la historia de Tschai. Resulta obvio que, en un lejano pasado, los Dirdir visitaron la Tierra, y que dejaron allí una colonia de Hombres-Dirdir, de la cual descienden todos los terrestres.

—Hubiera podido probar lo contrario —dijo Reith— si nuestra aventura hubiera tenido éxito y todos nosotros hubiéramos viajado a la Tierra.

Anacho removi6 el fuego con una rama.

—Interesante... Los Dirdir, por supuesto, jamás venderían o cederían una nave espacial. Un robo como el perpetrado a los Wankh resultaría también imposible. Sin embargo... en los Talleres Astronáuticos del Gran Sivish puede adquirirse en estos momentos casi cualquier componente, comprándolo o a través de discretos arreglos. Solamente se necesitan sequins... una suma considerable, por supuesto.

—¿Cuánto? —preguntó Reith.

—Unos cien mil sequins harían maravillas.

—Sin duda. Pero en estos momentos apenas tengo una centésima parte de esa suma. Zarfo le tendió sus cinco mil sequins.

—Aquí tienes esto. Me duele como la pérdida de una pierna. Pero que éstas sean las primeras monedas de la bolsa.

Reith le devolvió el dinero.

—Por el momento, no harían más que producir un ruido hueco.

Trece días más tarde el grupo bajó de los Infnets a Blag, donde abordaron un carromato a motor y regresaron así a Smargash.

Durante tres días Reith, Anacho y Traz comieron, durmieron y observaron en la calle a los jóvenes y sus danzas.

Por la tarde del tercer día Zarfo se les unió en la taberna.

—Todo parece tranquilo como una balsa de aceite. ¿Sabéis las noticias?

—¿Qué noticias?

—En primer lugar, he adquirido una deliciosa propiedad en un meandro del río Whisfer, con cinco hermosos keels, tres psillas y un asponistra, sin mencionar los tay-bayas. Allí pienso terminar plácidamente mis días... a menos que vuelvas a tentarme con otra loca aventura. En segundo lugar, esta mañana dos técnicos han vuelto a Smargash de Ao Hidis. ¡Flotan grandes cambios en el aire! Los Hombres-Wankh están abandonando las fortalezas; han sido echados, y ahora viven en chozas con los Negros y los Púrpuras. Parece que los Wankh ya no toleran su presencia.

Reith dejó escapar una risita.

—En Dadiche encontramos a una raza alienígena explotando a los hombres. En Ao Hidis encontramos a unos hombres explotando a una raza alienígena. Ambas condiciones han cambiado ahora. Anacho, ¿no te importaría verte liberado de tu enervante filosofía y convertirte en un hombre cuerdo?

—Quiero una demostración, no palabras. Llévame a la Tierra.

—Es difícil ir andando hasta allí.

—En los Talleres Astronáuticos del Gran Sivish hay una docena de botes espaciales que necesitan solamente ser comprados y montados.

—Sí, pero ¿dónde están los sequins para conseguirlo?

—No lo sé —dijo Anacho.

—Ni yo —dijo Traz.

FIN